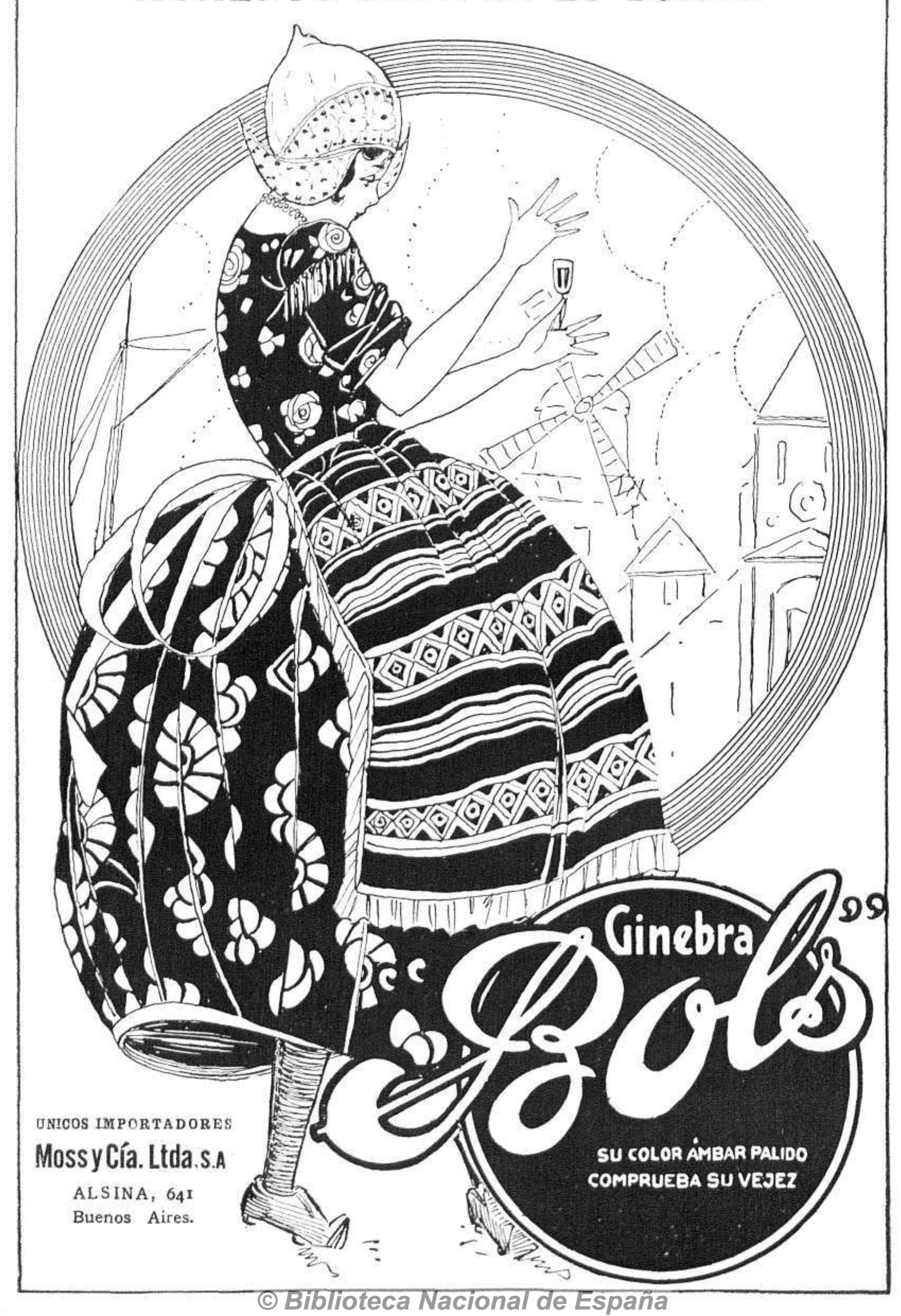
CARAS Y CARETAS



EL NIÑO PRODIGIO

Alvear. — ¿Hablas y haces profecías? ¡Eres una monada!

El niño. — Prepárate. Tendrás muchas intervenciones, muchos desagrados y muchas desilusiones. Y cuando llegue marzo, toma bromuro.


LA BEBE TODO EL MUNDO
EN TODAS PARTES Y EN CUALQUIER MOMENTO SIEMPRE ES BUENA
"Ginebra Bols"
SU COLOR AMBAR PALIDO COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES
Moss y Cía. Ltda. S.A
ALSINA, 641
Buenos Aires.

SOLO DIEZ MINUTOS PARA SALVAR MAS DE CIEN VIDAS

El viento soplaba violentamente produciendo extraños ruidos. Por momentos parecía que la torre de señales Z iba a desplomarse y sería precipitada en el fondo del valle que la rodeaba. Su débil extructura hacía temer semejante cosa. El mes de marzo estaba finalizando, y contra todas las tradiciones no cesaba de llover desde hacía una semana y cada día el frío se sentía más intensamente.

La torre Z se hallaba situada en medio de un ramal de cuarenta millas del ferrocarril Midland, que corría hacia el norte, internándose en los campos mineros de carbón duro del Estado Pensilvania. En los itinerarios de la línea, este ramal era conocido con el nombre de Pipstone Branch, debido a la gran mina de ese nombre que se hallaba en sus adyacencias.

Un solo tren diario de pasajeros cruzaba este ramal, en ambas direcciones. Pero, en cambio, por sus rieles se transportaban millares de toneladas de carbón, a pesar de lo cual el ramal era de una sola vía.

Howard Branton, el adolescente señalero de la torre Z, se asustó un poco cuando el viento hizo sacudir la torre, y trabajaba temblando de miedo. Mirando desde la ventana, podía ver completamente el semáforo verde, que indicaba vía libre en la línea.

«¡Bastante libre!» — se dijo a sí mismo, en el tono de un hombre que quiere pasar una gran parte de su tiempo solo. — «Está bastante libre, muy bien, no había que inquietarse mayormente por ello aquella noche. Este es un lugar desgraciado, para abandonarlo a ... nada para ver, nada para hacer, sino esperar que pasen los trenes números 3 y 6, los que a veces ni se dignan hacer sonar los silbatos cuando pasan por aquí. El superintendente de división ni siquiera se ha dado aun cuenta de que existo. Y ellos me cuentan luego que ser ferrocarrilero es un hermoso cargo para un joven que quiera hacer carrera.

Branton removió furiosamente el fuego en la antigua hornalla que servía de estufa en la torre. La mocedad es edad de camaradería y él se encontraba solitario. Hacía más de un año que trabajaba en la torre Z, y a los veintidós años, ese lapso de tiempo es demasiado largo.

El hecho de que en su población natal viviera una muchacha que se llamaba Susana, quien le había manifestado que no podía esperar durante mucho tiempo, no servía precisamente para enriquecer su paciencia. Susana tenía ojos morenos y un temperamento muy moderno. Se sentía segura de ver el mundo tal como era, y era cierto que exigía mucho, pero Branton trataba de alejar a Susana de su mente por aquel entonces.

Hacía dos horas que había obscurecido y el número 6 corría entre sombras. Fuera de algún corte de vagones con carbón de las minas, era poco probable que a Branton le tocara realizar algún trabajo adicional. Los trenes de carbón no circulaban con horario fijo durante la noche. Cuando se llenaban bastantes, el empleado de la mina enviaba instrucciones por telégrafo al señalero de la torre Z para que averiguara si había vía libre. Este a su vez preguntaba lo mismo a la torre W, que estaba en conexión con la línea principal. La principal función de la torre Z era vigilar y avisar cualquier desperfecto en la vía.

Eran como las ocho de la noche cuando Branton oyó repetir su propio llamado.

«No más tráfico — hablaron los aparatos telegráficos. — Ya os había avisado que podíais encerraros en la torre. Hace una noche desastrosa. Los rieles están cubiertos de nieve endurecida por el frío. ¡Buenas noches!»

Branton devolvió el saludo.

Se volvió hacia el aparato de radiotelefonía, que tanto le ayudaba a pasar las horas tediosas en la torre. Posiblemente Susana estuviera escuchando el mismo concierto en ese preciso momento, olvidando su determinación de pensar en ella lo menos posible.

Esta posibilidad lo confortaba no poco y abrió un diario que el personal de una locomotora le había arrojado al pasar; miró al programa de la sección que corresponde entre Harrisburg y Pittsburgh.

Afuera crecía el huracán en violencia. El viento chocaba contra la torre y hacía cimbrear los árboles casi a ras de suelo. Era una mala noche, la peor que Branton había experimentado en el curso del año que llevaba en el ferrocarril. Estaba contento de que no había trenes por llegar. El repiqueteo del aparato telegráfico dábale la seguridad, asimismo, de que los alambres estaban en su lugar.

El programa de radio esa noche no se diferenciaba del de las otras noches. Branton se propuso escuchar el programa de concierto, leyendo simultáneamente el diario. Entre los números a oirse figuraban las óperas «Pagliacci» y «Caballería Rusticana» en las que participaría el tenor Santelli, a la sazón en Harrisburg.

Colocóse en los oídos el amplificador, cosa que solo acostumbraba hacer cuando alguien del personal de trenes se detenía por una breve conversación, en viaje hacia a algún empalme. El señalero notó que la tormenta había afectado muy poco la transmisión. Escuchó un poco impaciente las historias para la cama, las cotizaciones de la bolsa y las novedades de la moda en el vestir. Luego vino otra serie de comunicaciones. Entre ellas, una decía que la tormenta que se desarrollaba en esos momentos cubría una extensa zona. Había que lamentar vidas perdidas en localidades cercanas. Finalmente, la misma voz, anunció que se iba a iniciar la transmisión de ópera.

Branton estaba asombrado de la claridad con que percibía los tonos de la orquesta desde que la música inició sus acordes. Cargó su pipa y esperó que en Harrisburg se elevara la cortina. Ahora se sentía como si estuviera en el teatro. El rumor de la tormenta penetraba en la torre, y la voz de Santelli lo llenaba de beatitud. Antes de que se diera cuenta de que el período de ópera había pasado, el rugido del viento sacóle de su embelesamiento. La voz del anunciador, avisó de que en el tiempo intermedio de «Pagliacci» que acababan de representar y de «Cavallería Rusticana» se transmitirían noticias informativas.

Branton se puso instintivamente de pie a la primera de ellas:

«Harrisburg, Pensilvania, marzo 28.

Acaban de recibirse noticias aquí, de que cincuenta y ocho mineros han sido sepultados en la mina de Pipestone, que se halla situada a unas cincuenta millas de Altoona, en los campos de carbón duro».

El señalero se abalanzó sobre su llave telegráfica, después de arrojar a un rincón el amplificador radiotelefónico, para no tener que depender de esa pieza auditiva.

Interrogó en el circuito y llamó al empalme.

— No hemos oído palabra al respecto — fué la respuesta de la torre W, después que Branton comunicara lo que había oído.

— Esta tormenta levantará a Caín con los alambres. Yo no puedo conseguir comunicarme con Altoona. ¿Cómo están sus líneas?

— Parece que bien — dijo Branton. — Déjeme saber si puedo oir algo. Trenes de auxilio quizás salgan en seguida, usted lo sabe.

El aparato de radiotelefonía estuvo silencioso por unos minutos y luego agregó novedades:

«Ultimos despachos recibidos del personal superior de la mina hacen abrigar la esperanza de que los mineros sepultados han podido hallar refugio en un viejo corredor, huyendo por las galerías subterráneas. El accidente fué causado por unos desprendimientos en la galería número 1, después de una explosión que se produjo poco después de iniciar sus tareas el turno de mineros de la noche».

«Los propietarios de la mina (decía un despacho ulterior) piden socorro en forma de Pulmotors, (aparatos para producir oxígeno) médicos y trenes de auxilio.

«Un despacho del ferrocarril Midland dice que un tren de socorro se está organizando con toda la rapidez posible. El tren consistirá en una locomotora de gran velocidad y dos coches. En dos horas llegará a la mina».

Branton de nuevo corrió hacia el aparato telegráfico.

Operas y conciertos en lo que a él respetaba habían pasado a segundo lugar, por lo menos durante esa noche. El tren de socorro debería correr forzosamente por el ramal de Pipestone y pasar por delante de la torre Z. Este seguiría la línea principal del Midland en cuarenta y cinco millas. Luego el ramal de la parte de la línea tardaría en ser cruzada alrededor de una hora. Por esta última parte, el tren no podría desarrollar una velocidad mayor de cuarenta a cuarenta y cinco millas por hora, debido a la nieve que cubría los rieles.

«Aviso a todos los señaleros» — anunció el telégrafo:

«Al tren que parte de Altoona a las 9 y 55, para socorrer a las víctimas del desastre minero, debe dársele vía libre con preferencia a ningún otro tren. La torre Z deberá...» Aquí paró de funcionar el aparato telegráfico. Branton trató de obtener conexión nuevamente. Fué imposible. Los alambres estaban fríos. Sin duda en algún punto entre la oficina principal de Altoona y la torre Z se habían roto los hilos en el preciso instante en que Branton estaba recibiendo instrucciones vitales.

Se sintió complacido de que el aparato de radiotelefonía se encontraba aún en perfectas condiciones de funcionamiento. Por fin se le ocurrió que podría seguir comunicando con Altoona por intermedio de la oficina transmisora de radiotelefonía, instalada en Harrisburg. El rumor de la tormenta seguía llenando de pánico el ánimo del joven señalero.

El transmisor de Harrisburg envió otro mensaje diciendo: «que un tren especial de socorro acababa de partir de Altoona con cien voluntarios, nueve médicos y veinte enfermeras que en estos momentos está corriendo a merced de la tempestad con objeto de llegar cuanto antes a la mina de Pipestone».

Minutos después oyóse un vago ruido lejano semejante al de un desmoronamiento, seguido por horribles sacudidas.

Branton siguió escuchando por breve rato el ruido infernal que producían la caída de millares y millares de árboles y la remoción de la tierra, en una cuesta cercana. Al principio creyó que todo este ruido análogo al de descargas de artillería, provenía de las montañas que lo circundaban, y que parecían desplomarse sobre la torre. Iba a dirigirse hacia la puerta cuando los ruidos cesaron.

El señalero miró en dirección de la llave telegráfica para ver si por algún milagro se habían restablecido las comunicaciones, pero ninguna señal vino por los alambres. Sacó una linterna del armario de la torre y abrió la puerta, pero no pudo salir. La fuerza del viento obligóle a retroceder. El huracán sacudióle rudamente todo el cuerpo y golpeóle reciamente en la cara, pero Branton hizo un gran esfuerzo y salió a mirar la vía, caminando unas cien yardas.

Sus peores temores eran una realidad. Parte de las alcantarillas habían sido llevadas por la inundación ayudada por el huracán. La parte final del ramal a Pipestone estaba deshecho.

«...Con cien voluntarios, nueve médicos y veinte enfermeras, con objeto de socorrer a las víctimas del desastre minero...»

El último comunicado de Harrisburg conturbaba su conciencia. El especial pasaría por la torre Z dentro de una hora y después que un tren especial corría por la última parte del ramal, ningún poder humano en la tierra podría detenerlo. Una catástrofe era inminente.

Por un momento Branton pensó producir unas llamaradas con los enseres de la torre a fin de hacer conocer en alguna forma el peligro en que se hallaba el tren especial, y, hasta consideró la conveniencia de incendiar la misma torre, en la esperanza de que tan primitivo procedimiento de señales serviría para llamar la atención de los conductores del tren de auxilio.

Luego se acordó de que los desmoronamientos de la vía habían aglomerado una enorme cantidad de tierra y de nieve, y hacía imposible ver nada desde el lado que venía el tren. El señalero estuvo pensando nerviosamente qué hacer en tan trágicas circunstancias, en medio de la obscuridad de la noche y la soledad de la torre. El puente más cercano distaba más de dos millas, y no quedaba tiempo suficiente para alcanzar algún lugar en que hubiere teléfono, y antes que nada su deber en la torre era permanecer en su puesto ocurriere lo que ocurriere.

Corrió nuevamente a la torre, pero el aparato telegráfico seguía mudo. Branton no podía comunicarse con nadie. La situación era desesperante.

Una gran compañía minera tenía abandonados varios filones que había explotado años atrás, y que rodeaban la torre.

Las partes huecas por las extracciones de carbón habían sufrido durante los últimos tiempos sucesivos hundimientos y esta parte estaba inundada por las aguas de la lluvia, formando un lago de media milla de largo y cien yardas de ancho. Para cruzar esto necesitaba un bote y el único que había por las cercanías quedaba detrás de la laguna.

La fatalidad parecía haberse confabulado con los elementos de la naturaleza para impedirle toda ayuda a los viajeros en peligro. Branton sabía que cruzar a nado la parte inundada era cometer un suicidio, debido a los bloques de hielo que se habían formado con

el frío y la nieve y quien tuviera la osadía de hacerlo, corría el risgo seguro de estrellarse contra uno de ellos, y dar la vuelta por los alrededores de la zona inundada le tomaría mucho tiempo, y sobre todo, volvió a su mente la obligación a que debía sujetarse según las órdenes de la compañía, por las cuales no podía abandonar la torre por razón alguna más de contados minutos.

Mientras Branton estuvo fuera de la torre, se había iniciado nuevamente el programa de ópera. Una muchedumbre en el Harrisburg Opera House, sentada confortable y despreocupadamente, escuchaba las romanzas de los cantantes, mientras un tren corría entre montañas con grave peligro para más de cien personas, en un abnegado esfuerzo por salvar a los mineros sepultados en la entraña de la tierra. La música parecióle a Branton particularmente triste y dióle una terrible sensación de lo irremediable.

El señalero estaba casi sin aliento en su batalla con la tempestad, sintiéndose desmoralizado por la imposibilidad de prestar ninguna ayuda a tantos seres que estaban en ese momento absolutamente ignorantes del peligro que corrían.

Finalmente cayó como vencido en una silla. Al hacer esto tomó con pulso afiebrado la manija reguladora de la distancia de las ondas del aparato radiotelefónico. El canto acababa de dar comienzo, pero en vez del sonido de campanilla que acostumbraba a salir de la garganta del cantante Santelli, sólo se oyó un agrio chillido salido de la bocina, profundamente antipático y fuerte.

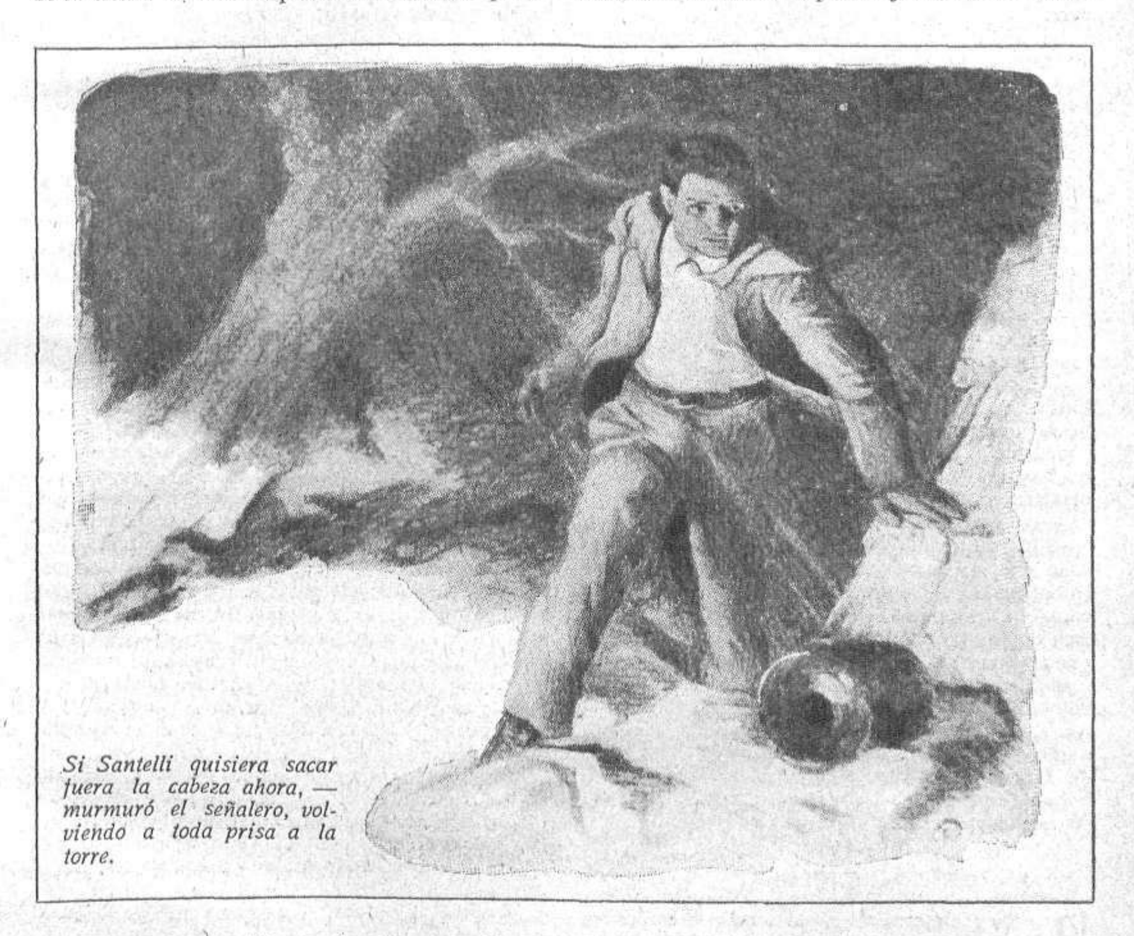
Branton recordó que en ocasiones anteriores el aparato radiotelefónico había producido ruidos horribles ajustando impropiamente el regulador de las ondas. Repentinamente ocurriósele la idea de utilizar estos sonidos.

A una corta distancia de la torre, cruzando un extremo del lago, había una pequeña casa, que parecía remota por las barreras que había para llegar a ella. Habitabála un hombre llamado Tomkins, de temperamento un poco excéntrico, a quien le había ido bien en los días en que la minería era asunto de mucho trabajo y buena suerte. Su hogar era rústico aunque confortable, y lo más importante de todo era que Branton recordaba que Tomkins tenía teléfono, cuyos alambres posiblemente estaban intactos. Sobre todo él poesía el único bote que había por el lugar.

Nerviosamente Branton descolgó un rollo de cable telegráfico de la pared. Juntó los dos extremos del alambre en el receptor y marchó en medio de la noche con el amplificador en los brazos. Desenrolló rápidamente el alambre sobre los rieles cubiertos de nieve en la amplitud que le permitieron las aguas que inundaban la antigua mina. En un segundo ajustó la manija del regulador del aparato radiotelefónico.

«Si Santelli quisiera sacar fuera la cabeza ahora» — murmuró para sí el señalero, volviendo a toda prisa a la torre. Debido al viento que soplaba contra la dirección a que iba dirigida la voz, o por lo que fuere él oyó extraños chirridos en el aparato. Salió corriendo nuevamente de la torre, llevando consigo dos pequeñas sillas, una lata de kerosene y un haz de leña seca.

Detrás de las aguas, conducidos por los murmullos del temporal, se oían ruidos



Si Santelli quisiera sacar fuera la cabeza ahora, — murmuró el señalero, volviendo a toda prisa a la torre.

salvajes magnificados por el amplificador. Branton sofocadamente dejó caer el haz de leña y lo roció de petróleo. Usando su cuerpo para resguardar la llama de la cerrilla, consiguió iniciar el fuego, y en un momento las llamaradas sabían a diez pies del nivel del suelo.

Encima de la leña ardiendo, arrojó las sillas. Escuchó ansiosamente por un momento, haciendo votos para que en esos precisos instantes, en la Harrisburg Opera House, un Caruso como en sus tiempos mejores, apareciera cantando los trozos más resonantes. El especial tardaría todavía unos cuarenta y cinco minutos para alcanzar el empalme del ramal.

«Si a Tomkins se le ocurriera ver las llamas y venir — musitó Branton después de regresar a la torre.

La puerta de la torre abrióse violentamente y Branton saltó de alegría para saludar a Tomkins.

— ¿Qué se quema? — preguntó éste. — ¿Qué es lo que le pasa? — quien seguía con las manos en los oídos para evitarse oir los torturadores chillidos del amplificador.

— Casi me ahogo — siguió diciendo Tomkins — cruzando las aguas. Percibí unos ruidos molestos y miré por una ventana y vi el fuego.

— ¿Estáis celebrando un aumento en vuestro sueldo o se trata sencillamente de una borrachera?

— ¡Las vías deshechas! — gritó Branton.

— ¿Sería un ruido que se oyó hace poco?

— Sí, y necesito que usted me ayude. ¿Su teléfono funciona bien?

— Funciona bastante bien — respondióle Tomkins todavía. — Sin saber mayormente la importancia que tenían los segundos que pasaban. Pero, ¿qué ocurre? Si la vía está deshecha, por esta noche no hay mayor urgencia. Creo que hoy no habrá más trenes. ¿No es así?

— No es así — respondióle Branton.

— Existe un hundimiento en la mina de Pipestone. Un tren especial está en camino. Mis alambres se han caído, a fin de comunicar lo que ocurre al empalme, no puedo comunicarme con nadie. El tren de auxilio pasará por la torre W en dirección nuestra, dentro de menos de una hora. Decidle a la telefonista que trate de obtener comunicación con Altoona y el empalme. Si obtiene comunicación con alguna de ellas trate de conseguir que lo comuniquen con la oficina de radiotelefonía Westinghouse de Pittsburgh. Después comuníquele que retransmita este mensaje a las otras oficinas de la misma compañía y que lo retransmitan a su vez. Y ¡corra, corra!

REDACTÓ un mensaje rápidamente y empujó a Tomkins para que saliera corriendo, que estaba como petrificado en la puerta de la torre. Había una esperanza, una pequeña esperanza, de que el plan se desarrollaría con éxito. Pero Tomkins actuaría rápidamente. Era hombre experto en desastres mineros e inteligente, aunque no lo parecía. Sabía Branton que Tomkins se había encontrado varias veces en hundimientos de minas y que su actuación había sido siempre útil.

— ¡Ya lo conseguí, muchacho! ¡Ya lo conseguí! — entró gritando pocos minutos después Tomkins, — en tono triunfal.

— Contadme — pidió Branton.

— Le he dado a la telefonista vuestro mensaje. Le pedí que si fuere preciso hiciera estallar el alambre con Pittsburgh. Me comunicaron con la oficina de la Westinghouse tres minutos después de decirme que estaban rotos los alambres con el empalme de Altoona, y no se recibía contestación de ese punto.

«Estoy hablando de parte de la torre Z del ramal a Pipestone del ferrocarril Midland» — le dije. «Se ha producido un desmoronamiento en las vías, los alambres están rotos. Un tren especial acaba de salir para socorrer a las víctimas de un hundimiento en la mina de Pipestone, y se precipitará en medio de las vías, en la parte afectada por el desmoronamiento, de no conseguirse prevenirle a tiempo del peligro que corre. Si los empleados consiguen retransmitir la noticia, quizás se consiga evitar una catástrofe».

Durante un tiempo el amplificador que Branton había llevado nuevamente a la torre comenzó a transmitir nuevos trozos de ópera. Estos caían en oídos poco propicios a semejantes temas. Branton no llegaba a participar del optimismo de Tomkins, quien parecía seguro de que el mensaje sería escuchado y el tren detenido. Ambos hombres miraron con curiosidad el amplificador.

«Escuchad — dijo el transmisor, — este anuncio importante, que nos obliga a interrumpir el programa de concierto. La estación de radiotelefonía de Harrisburg acaba de recibir el siguiente mensaje de la oficina de la Westinghouse en Pittsburgh:

«A todas las personas que viven cerca de las vías del ferrocarril Midland, particularmente las que viven en la parte del ramal que va entre Altoona y Pipestone, se le ruega que traten de detener el tren especial que partió con el propósito de auxiliar a las víctimas del hundimiento minero. Parte de las vías están deshechas, se han desmoronado, y los alambres telegráficos se hallan rotos. Quedan pocos minutos para salvar más de un centenar de vidas».

— ¡Aquí está vuestro mensaje — muchacho! ¿Qué os decía yo?

— Nunca lo creí posible — replicóle Branton. — Quedan unos veinte minutos antes de que el especial alcance el empalme. Conozco como unas veinte personas que tienen aparatos de radiotelefonía por ese lugar. ¡He realizado mi trabajo, Tomkins!

En un esfuerzo por aquietar sus propios nervios, Branton preparó café para Tomkins y él. El reloj demostraba que no eran aún las once de la noche. Una de dos. O el personal y viajeros del tren especial había sido detenido y avisado, o corría hacia una catástrofe segura. Ambos hombres miraban ansiosamente de continuo, confiando oir palabras consoladoras. Por fin oyeron la voz del anunciador:

«Por informaciones de quienes oyeron el llamado para detener al tren especial que iba a Pipestone (decía) nos sentimos congratulados de poder anunciar que el tren ha sido avisado al acercarse al empalme de Altoona. No tenemos más detalles. ¡Buenas noches!»

¡A usted se le debe! — exclamó regocijado Tomkins.

PERO Branton no hablaba. Las sensaciones que había sufrido en la hora última habían extenuado su sistema nervioso. Estaba nuevamente solo, pues Tomkins había regresado a su hogar. Los aparatos de comunicación seguían silenciosos. Las horas de la noche pasaron despaciosamente, pero el color del cielo detrás de las colinas, tornóse de negro en gris y de gris en blanco. La lluvia había cesado completamente y el sol naciente llenó el cielo con violentos tonos rojizos. Branton se puso rápidamente de pie y corrió a ver la vía, donde vió escenas de extraña confusión. Traviesas, rieles, alcantarillas habían sido llevadas por la inundación y el temporal. Postes del telégrafo por el suelo, alcantarillas convertidas en escombros y montañas de tierra desplomadas sobre trozos de vía.

Se dirigió luego a la torre, y estaba dedicado a su desayuno cuando oyó el prolongado silbato de una locomotora. Miró por la ventana y pudo ver que detrás de esa máquina venía un vagón-góndola cargado de rieles y otros materiales para la reparación de vías.

«¡Hola!» salúdole el maquinista deteniendo la marcha y dirigiéndose al lugar donde se habían producido los desmoronamientos.

— He oído que habéis tenido alguna dificultad.

— Alguna — respondióle Branton. — ¿Cuánto tiempo se tardará aún en poner la vía en condiciones de tránsito? ¿Y qué ocurrió en la mina? No pude hacer que un alma contestara a mis avisos por el alambre.

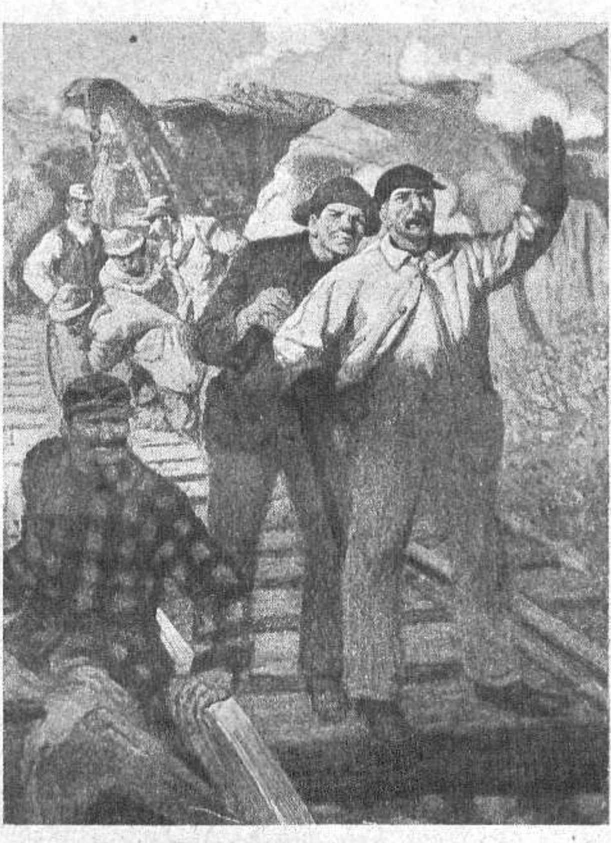
— Creo que tendremos el trabajo terminado al anochecer. No sé nada de la mina. El superintendente de división me ha encargado de entregaros esto. — Y sacando un papel del tafilete del sombrero, se lo alargó a Branton.

Lo leyó con inusitado interés y exclamó: ¿Qué significa ésto?—mientras el maquinista lo miraba con una sonrisa llena de simpatía.

—Yo no sé nada, hijo — fué la respuesta. — Bien, os veré luego.

Volvió corriendo a su locomotora. Branton volvió a leer una vez más el telegrama de su jefe: «Escuche esta noche el programa de Harrisburg».

Después de un par de horas de reposo, Branton volvió a su puesto en las horas de la tarde, y fué sorprendido cuando a las ocho de la noche el ingeniero, el capataz de la cuadrilla de reparaciones y un grupo de obreros aparecieron en la torre.



— *"He oído que habéis tenido alguna dificultad".*

— Hemos puesto un pequeño puente provisorio en la parte más afectada por el temporal — explicó el ingeniero, — ahora queremos escuchar algo de radiotelefonía.

— Entrad sin temor — respondióles Branton. — ¡Hola, Tomkins! ¿Usted también por aquí?

«Van a dar comienzo los despachos noticiosos de Harrisburg» — dijo la voz del transmisor. Los visitantes demostraban gran atención.

«Filadelfia, marzo 29. Un tren especial, con más de cien personas, fué salvado anoche, cuando un agricultor que vive cerca de la torre W, del ramal del ferrocarril Midland que va a Pipestone, oyó el llamado radiotelefónico a fin de prevenir al conductor del tren mencionado que una parte de la vía se había desmoronado y deshecho por el temporal. En manifestaciones hechas hoy, por míster E. H. Merriam, presidente del ferrocarril Midland, se ha anunciado que el mérito de todo esto se debe a Howard Branton, un joven señalero.

Uno de los más horribles huracanes que se recuerdan azotó durante la noche última toda la zona que comprende las montañas de Allengheny. Branton supo que había partido un tren especial de socorro a la mina y se mantuvo en guardia. El............»

— ¡Eh! ¿por qué cortáis la comunicación? — dijo la voz de Tomkins cuando Branton desconectaba el aparato. — ¿A qué se debe esa grande idea cuando recién empezábamos a entrar en excitación?

—Conozco el resto por mí mismo — respondió sonrojado Branton.— ¿Pero qué se ha hecho de la expedición de socorro? ¿Han llegado a la mina? ¿Y dónde los diarios han sacado tanta materia prima?

— Yo les conté parte de ella — admitió Tomkins.

— Me entró tanta curiosidad por la suerte de los mineros, que hablé por teléfono con el director de un diario de Jhonstown esta mañana. Este me dijo que los que componían la misión de auxilio habían continuado el viaje en automóviles y la mayoría de los mineros ya estaban fuera de peligro. Entonces le hice saber lo que habías hecho anoche.

La brigada desfiló silenciosamente por la puerta para continuar su trabajo de reparación de vías.

Branton se encontró de nuevo solo, confuso, pero contento. Después de todo, su oportunidad había llegado en buena forma. Se interrogaba si Susana, Susana la de los ojos morenos, habría oído algo de lo ocurrido. Quizás ella misma escuchó la transmisión de Harrisburg.

Posiblemente un ascenso seguiría a la transmisión radiotelefónica, y posiblemente ella no seguiría pensando que él era tan lento. Sus meditaciones fueron interrumpidas por el repiqueteo del telégrafo que ya había sido reparado:

«Orgullosa y feliz, — decía el despacho — lo he oído todo. ¿Cuándo te veré? — Susana».

— ¿Puedo mandar un despacho de contestación? — preguntó Branton al operador.

— ¡Seguro! — fué la respuesta telegráfica.

— Voy con el primer tren — fué su comunicado a Susana.

HENRY F. PRINGLE



CUENTO ABSURDO

El problema social fué definitivamente resuelto por Guillermo Arides, el anarquista más terrible y genial de los tiempos pretéritos, presentes y futuros.

Cultivador apasionado de las ciencias físicas, había ideado la manera de destruír la humanidad en un segundo, utilizando para ello ignorados flúidos interplanetarios, acumulados y dirigidos con precisión admirable mediante un complicado aparato de su invención. En un momento determinado oportunamente, quedarían aniquilados los hombres y cuantos animales son a él semejantes en su constitución física. Nadie podría salvarse, a no ser él, Arides, y los por él elegidos entre sus más adictos correligionarios de ambos sexos.

Como Arides no había hecho misterio de sus trabajos, fué detenido y llevado ante el juez. Pero cuando expuso tranquilamente su proyecto de aniquilar al mundo, se burlaron de él, le creyeron rematadamente loco y, calificada su locura de inofensiva, le dejaron en libertad. Sus mismos amigos llegaron a dudar de su razón, tal era la magnitud de la empresa. Sin embargo, le secundaban y obedecían, sugestionados por su persuasiva elocuencia de iluminado.

En tal estado de cosas, llegó el día magno, y el apóstol y sus elegidos se congregaron en el amplio laboratorio.

—Hermanos — dijo Arides a sus adictos, — os he llamado por que ha llegado la hora de concluír con la tiranía existente, con todos los privilegios, con todas las infamias. En un segundo será destruída la obra maléfica de tantos siglos, y sobre este planeta no quedarán más habitantes que nosotros, los reunidos en este recinto aislado convenientemente. No tendremos ya más leyes que nuestros instintos. A vosotros quedará encomendada la alta misión de fundar una nueva humanidad. Nuestra libertad será nuestra dicha...

Todos le escucharon en silencio. Las mujeres sentían miedo. Los hombres se mantenían a la expectativa, incrédulos, pero tampoco exentos de temor.

Arides continuó su discurso, yendo al mismo tiempo de un lado a otro de su laboratorio para dar la última mano a sus aparatos. Luego se volvió a los circunstantes:

— ¿Estáis dispuestos? — preguntó. — ¿Os sentís desligados del resto de los hombres? ¿Deseáis, como yo, su destrucción, para que de entre sus cenizas surja una nueva humanidad libre y perfecta?

— ¡Sí! — contestaron todos, subyugados.

— ¡Cúmplase nuestro deseo! — exclamó Arides a su vez, sonriendo beatíficamente, y aproximándose al aparato propulsor, movió una pequeña palanca.

Un grito de espanto se escapó entonces a todos los que circundaban: la atmósfera se había inflamado con resplandor vivísimo, y una violenta sacudida estremeció la tierra.

Arides se volvió a sus camaradas con gesto triunfante:

—¡Consummatum est! — gritó alzando los brazos.

Sus compañeros, ya repuestos, le miraron con estupor. Estaban conmovidos, inquietos, pero la duda se reflejaba en sus semblantes: ¿era admisible que la humanidad pudiese ser destruída tan fácilmente, en un instante?

Arides lo advirtió:

— ¿Dudáis de mi obra? — les dijo; — ¿no os indica nada ese silencio absoluto? ¡Escuchad! ¡La vieja humanidad ha muerto!

En efecto, un silencio de muerte los rodeaba, no turbado siquiera por el rumor del viento en aquel día apacible. El rodar de coches y tranvías, las voces de los vendedores ambulantes, el canto de los pájaros, los ruidos todos, armonía complicada de la vida, que momentos antes llegaban en confusión hasta el amplio recinto, habían cesado.

Un calofrío de terror estremeció a todos.

— ¡Venid a recorrer la ciudad — prosiguió Arides — y os convenceréis!

Le siguieron consternados.

ooo

Las calles y las plazas estaban sembradas de cuerpos rígidos, inertes. Los tranvías habían descarrilado por falta de dirección, un automóvil se había estrellado contra un muro, otro había volcado y las ruedas seguían girando al aire vertiginosamente... Algunos transeuntes se mantenían de pie, inmóviles. Ismael, el más joven de los sobrevivientes, tocó a uno de estos cadáveres y lanzó un grito de horror al verle desplomarse pesadamente.

Arides se sonrió y los animó a continuar la marcha.

Entraron en las tiendas y en las casas que encontraron al paso. La escena se repetía: por todas partes aparecían cuerpos rígidos, inertes, unos que habían caído y otros que conservaban la posición en que los sorprendiera la catástrofe. En las tiendas, comerciantes y compradores, se mantenían agrupados en actitudes diversas, sonrientes unos, otros graves y flemáticos, como si se dispusiesen a continuar su charla. En las casas, los moradores parecían entregados a sus ocupaciones domésticas. A no ser por los cadáveres que se habían desplomado y por la rigidez de los que se mantenían en actitud vital, se podría aun dudar del cataclismo. Una sirviente se inclinaba ante el fogón. Una joven planchaba a su lado. En un gabinete aparecía un señor grave que leía repantigado en un sillón. En otra estancia preparaba su tocado íntimo una dama elegante...

Vueltos a la calle, un cortejo fúnebre, cuyos acompañantes habían caído unos encima de otros, les impidió el paso obligándoles a dar un rodeo:

— ¡Son muertos que acompañan a un muerto! — exclamó Arides irónicamente.

No faltaban gentes asomadas a los balcones, ni manos extendidas de mendigos que pedían limosna sentados contra los muros o en el quicio de las puertas. Aquí y allá se veían perros inmóviles en la actitud de la carrera, avecillas muertas, coches parados como si el cochero se hubiera caído del pescante por un resbalón del caballo... En la puerta de una peluquería el dependiente del barbero se apoyaba contra el marco, sonriendo a una modistilla que yacía tendida sobre la acera...

Al desembocar en una plaza, se vieron forzados a detenerse ante una compacta masa de cadáveres allí agrupados, muchos de ellos de pie y en actitud expectante como si aún escuchasen a un orador silencioso que extendía los brazos desde un gran balcón.

— Ahí están los huelguistas — observó Arides — el del balcón es el Alcalde.

Tuvieron que volver sobre sus pasos, y al doblar una esquina se encontraron con un grupo de soldados que tal vez se dirigían a la plaza para reprimir la demostración de los obreros. Yacían en tierra, fusil en mano, semejantes a un grupo de heroicos combatientes muertos bajo el fuego enemigo. El oficial que los mandaba aparecía recostado sobre sus soldados con la cabeza erguida y la espada en la diestra.

A alguna distancia se levantaba una iglesia y a ella se dirigieron, penetrando decididos en el recinto. Un sacerdote se erguía ante el altar. La luz oscilante de los cirios iluminaba vagamente las caras estáticas y compungidas de los fieles en plegaria. Arides y sus acompañantes permanecieron allí un rato, curioseándolo todo. Se habían acostumbrado al espectáculo y se sentían fuertes ante la general mortandad:

— ¿Has visto ese viejo? — dijo uno de los hombres a su compañera.

— ¡Parece un santo! — contestó ella.

— Por eso está mejor en el otro mundo — exclamó Arides. — Vamos.

Salieron y continuaron su marcha. Calles y calles se sucedían, y por todas partes se reproducía el mismo espectáculo.

— ¿Estáis ya convencidos del éxito de mi obra? — preguntó al fin Arides a sus acompañantes.

— Sí — contestó uno — ya no cabe duda. Pero ahora lo malo será cuando estos cadáveres se descompongan. Tendremos una epidemia.

— Todo está previsto. Podría incendiarlo todo en un momento, pero no es preciso: me basta mandar la misma corriente por espacio de unos minutos para que todos esos cuerpos queden reducidos a polvo. Vamos a mi laboratorio y lo veréis.

Efectivamente, agrupados todos en el laboratorio, hizo Arides funcionar su aparato durante unos minutos. Después volvieron a recorrer la ciudad.

El aniquilamiento era completo. Allí, donde habían estado los cuerpos, sólo quedaban montones de trapos.

Arides dirigió entonces a sus camaradas un largo discurso, diciéndoles que se instalasen donde quisieran e hicieran lo que les diera la gana, de acuerdo con sus doctrinas; que todo era de ellos, y que a ellos les tocaba iniciar una nueva generación libre y feliz.

— Aprovechad cuanto encontréis a mano — terminó — pero no amontonéis dinero, pues que ya no ha de serviros para nada. ¡La tierra es nuestra!

El grupo se disgregó después de breve deliberación, husmeando cada cual un acomodo, con arreglo a sus gustos, y Arides se volvió satisfecho a su casa, llevando consigo a la compañera elegida.

ooo

La nueva sociedad se había instalado y multiplicado a su gusto, no sin algunas contiendas por el reparto de las cosas y por las mujeres, aun cuando Arides había procurado evitar disgustos.

Las luchas más serias se suscitaron cuando tuvieron que comenzar la fatiga de labrar la tierra en vista de que las provisiones se iban acabando. No tardaron, por último, en aparecer la ambición y el orgullo con su séquito de envidias y rencores, y como consecuencia la lucha del hombre por tiranizar al hombre, en la cual llevaron la peor parte los humildes y los débiles. Parecía que la Naturaleza se complacía en imponerse a aquellos rebeldes que habían querido burlarla.

Las doctrinas de Arides ya no tenían eco.

Había luchado Arides para establecer la nueva sociedad con arreglo a su ideal, pero estaba cansado: veía lo inútil del empeño; presenciaba apenado el resurgir de los instintos más brutales entre aquellas criaturas libres que no comprendían que al pretender tiranizarse se convertían en esclavos; había tenido necesidad de imponerse y sabía que le obedecían por miedo, que ya no era un hermano para sus compañeros, sino un enemigo, y que él mismo veía un enemigo en cada uno de ellos... y se arrepentía de su obra.

ooo

Una noche, reunidos todos en torno de Arides, discutían como de costumbre:

— Yo ya no os aconsejo nada, — decía Arides, contestando a una interrogación. — Vosotros pretendéis establecer de nuevo las pasadas costumbres, no queréis vivir en paz, estáis llenos de ambiciones, rompéis con nuestra tradición empezada ayer, restablecéis la propiedad, hacéis que nuestras ansias de perfección sean vanas, continuáis la historia bárbara y despiadada de cien siglos de servidum-

bre y de mando, y deseáis transmitirla a vuestros hijos...

— La culpa la tiene éste — exclamó uno — pues se empeña en apropiarse todo lo bueno que encuentra a mano. ¡Como que se ha instalado en un palacio y no deja entrar a nadie!

— ¡Ese palacio es mi casa! — repuso el inculpado. — ¡Me lo he apropiado como tú te has apropiado otras cosas y allí no entrará nadie porque tengo perfecto derecho a vivir en paz y como me acomode!

— Yo protesto — manifestó otro — de las molestias que me impone Manlio. Se empeña en que yo he de ser su criado, todo porque él es más ilustrado y más inteligente que yo.

— ¿Y qué harías tú, bruto imbécil, si yo no te guiase ? — gritó Manlio.

— Lo malo está — dijo Ismael — en que el trabajo se reparte mal, porque no todos tienen la misma voluntad de trabajar. ¡Si yo produzco diez, quiero mis diez!

— Si tú produces diez — contestó Manlio — debes conformarte con uno y recoger los otros nueve de la producción de los demás.

— Pero si los otros no producen como diez o la producción es inferior o a mí no me hace falta, siempre saldré yo perdiendo en el reparto porque produzco más. Ahí está Sixto que le da ahora por ser poeta: ¿voy yo a darle parte del producto de mi trabajo a cambio de unos versos, que a mí no me sirven para nada y que ni siquiera sé, ni me importa, si son buenos o malos? ¡Eso no es trabajo!

— Yo, por mi parte — interrumpió Esther, la más bella y codiciada de las sobrevivientes — deseo separarme de mi compañero Honorio...

— ¿Por qué?... — exclamó Honorio con mirada centelleante.

— En uso de mi derecho. Arides ha dicho que todos somos libres.

— ¡Di que has perdido la cabeza al verte tan obsequiada por todos!

— ¡Eso es verdad! — asintió Aciscla con ira — a mi hombre lo has trastornado, pero chasco te llevas si crees que yo lo voy a consentir...

— Tiene razón Esther — observó otro — ella es libre, y si quiere separarse de Honorio nadie tiene por qué impedírselo.

— Se separará de Honorio — gritó una voz varonil — pero no para irse contigo...

— ¡Eso lo veremos!

— ¡Ni con el uno ni con el otro! — exclamó otra voz. — Esther me ha prometido ser mi compañera si se separa de Honorio.

— ¿Y crees que yo te voy a permitir que me dejes plantada?... — chilló una voz femenil, vibrante de ira.

— ¡Soy muy dueño de hacerlo!

— ¡Aquí no hay derecho sobre nadie!

— ¡Pero hay deberes!

— ¡Es que Esther parece que se ha propuesto volvernos locos a todos! ¡Querrá ser la reina!

— ¡Lo es por su belleza! — gritó Sixto.

— ¡Ya viene éste con sus ínfulas de poeta!

— ¡No admitimos reyes ni reinas!

— ¡Será de quien se la gane!...

— ¡Mía! ¡A ver si hay quien se atreva a disputármela.

— ¡Yo!

— ¡Y yo!

— ¡Y nosotros!...

La confusión fué espantosa, los puños cayeron como mazas sobre los rostros irritados, y las bocas profirieron toda clase de imprecaciones y denuestos.

Arides se impuso con gesto irritado y voz amenazadora, y los contendientes se fueron cada uno por su lado, refunfuñando como fieras que sólo esperan la ocasión de destrozar al domador.

Aquella noche se retiró Arides a su casa más abatido y desengañado que nunca. ¿De qué le habían servido tantos años de sacrificio y estudio? ¿Qué esperar de aquellas criaturas tan brutalmente egoístas? ¿Qué hacer?... Es verdad que él podía ser el árbitro, el rey, el tirano, lo que quisiera, imponiéndoseles por el terror, pero antes que volver al estado de cosas que tanto había odiado, prefería acabar con todo. La nueva generación se presentaba con instintos atávicos y tan poco podía confiar en ella. Su misma compañera le había abandonado...

Se acostó, pero no pudo dormir: con el desengaño se había apoderado de él la desesperación, sus nervios estaban crispados y un deseo insaciable de destrucción lo poseía y lo inflamaba.

— ¡No hay duda! — exclamó al fin saltando del lecho — el egoísmo, la crueldad, la ira, la envidia, el odio, los instintos bestiales, son fatalmente ingénitos en la naturaleza humana. Debí pensar en transformar, no a la sociedad, sino al hombre... ¿Pero está esto en mi mano?... ¿Y vale la pena de que subsista ese montón de seres que sólo piensan en explotarse, oprimirse y despojarse unos a otros?... ¿No puedo yo aniquilarlos? ¿Y puesto que puedo, no tengo derecho a hacerlo?...

Se irguió con gesto irritado y mirada iracunda, abrió la ventana, contempló durante largo rato el paisaje a la luz de la luna, como si quisiera dar un postrer adiós a la vida, y se dirigió al fin, a tientas, al laboratorio.

Al penetrar en la amplia estancia se le oprimió el corazón: allí estaban sus máquinas misteriosas, los dóciles aparatos a los cuales él había considerado como sus más fieles amigos, pero que también le habían hecho traición: había soñado destruír para edificar después, y sólo le era dado lo primero...

En las sombras, con la certera seguridad del que maneja instrumentos que le son habituales, afianzó poleas, ajustó engranajes, estableció contactos, y asiendo resueltamente la manivela de un volante, lo hizo girar con la energía de un frenético.

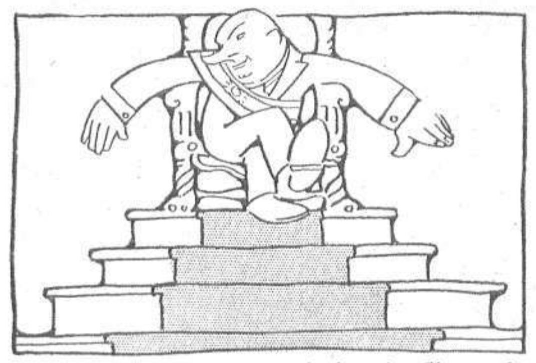
El aire se incendió entonces como si fuese un gas inflamable, violentas sacudidas agitaron el suelo con el estridor de monstruoso terremoto, y la ciudad quedó convertida en inmensa hoguera.



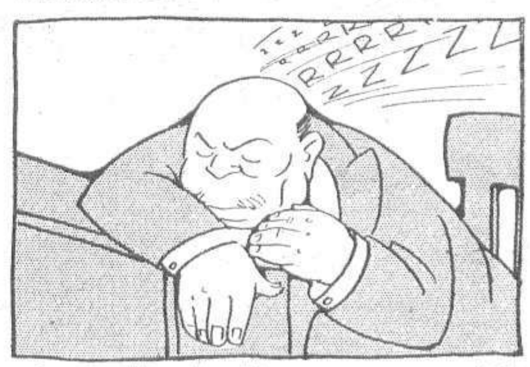
ANGELES VICENTE

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

SITIOS DE VERANEO



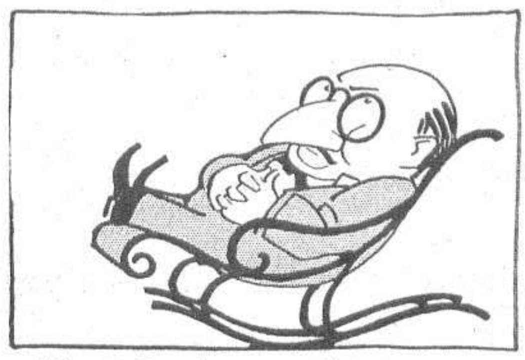
Alvear. — A mí me gustaría ir a las Sierras de Córdoba; pero, como oficialmente no existen tales Sierras, me contentaré con seguir en las alturas.



Loza. — El mejor sitio para veranear es el Ministerio.



Le Breton. — Yo me bañaría con gusto en la fuente de la Plaza del Congreso y, siempre hombre práctico, dando allí conferencias sobre el algodonero.



Gallo. — Por ahora me conformo con veranear en Jujuy



Cantoni. — ¿Dónde voy a veranear? A cualquier lado, excepto a donde quisieron mandarme los periodistas de San Juan.



Noel. — Puesto que el Balneario no podrá abrirse hasta el invierno, me bañaré heroicamente en invierno en unión de la Banda Municipal.



Don Hipólito. — Yo veranearé en la penumbra, como de costumbre.



Elpidio. — Yo, en cualquier parte, con tal que me pueda poner este traje de baño.

Escribanos egresados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales



Ceñor Juan A. Pastrana. Señor B. R. Goyenechea Vélez. Señor Pedro H. Iturralde. Señor Héctor Pinto Carreras. Señor Ezequiel C. Larguia.







Señor Mario A. Alzola Zabaleta. Señor José Novellino. Señor Jorge Allende Iriarte. Ceñor Alfonso Cateula. Señor Parto Texo.

LA FE

No temas nunca en los casos angustiosos decir una palabra optimista. No receles que el destino te contradiga: el destino jamás contradice a los hombres que esperan en él y siempre cumple las promesas que en su nombre hacen los fuertes.

Tu buen deseo ayuda por otra parte a manifestarse, a todas las bellas posibilidades de la existencia.

Las hadas propicias, con los cofres invisibles llenos de mercedes, están siempre esperando la voz segura y afectuosa que las solicite en favor de una vida cara, de un ser querido y precioso.

Pero es indispensable que tu voz al llamarlas no tiemble desconfiada...

¿Cómo quieres que la buena fortuna se detenga a tus puertas si no crees en ella?

Tu fe le abre los caminos de tu morada.

La duda es como un malezal inextricable, por entre el cual no pueden pasar los genios del bien.

Coge tu hacha y corta enérgicamente las malezas: hablo del hacha de tu fe. Verás cuán espaciosa se vuelve la ruta y cómo convida a recorrerla a todas las venturas.

Amado Nervo.

IPERBIOTINA
MALESCI

Tónico Reconstituyente



La IPERBIOTINA MALESCI es un elemento de reparación del organismo; favorece la modificación de la sangre; tonifica y ayuda a conservar la vida, resistiendo a las enfermedades.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci. - Firence (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

VIAMONTE, 871 - M. C. de MONACO - BUENOS AIRES

Escribanos egresados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales


Señor Pedro Prat.


Señor Juan José Canedo.


Señor Carlos A. Rojo Sagasta.


Señor Luis F. Dours.


Señor Aurelio Donndorff.


Señor Luis A. Panigo.

TODOS TENEMOS HAMBRE

Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimiento, hambre de paz...

Este mundo es un mundo de hambrientos.

El hambre de pan, melodramática, soflamera, ostentosa, es la que más nos conmueve, pero no es la más digna de conmovernos.

¿Qué me dices del hambre de amor? ¿Qué me dices de aquel que quiere que le quieran y pasa por la vida viendo en todas partes mujeres hermosas, sin que ninguna le dé una migaja de cariño?

Pues, ¿y el hambre de conocimiento?

¿El hambre del pobre espíritu que ansía saber y choca brutalmente contra el zócalo de granito de la Esfinge?

¿Y el hambre de paz que atormenta al peregrino inquieto, obligado a desgarrarse los pies y el corazón en los caminos?

Todos tenemos hambre, sí, y todos por lo tanto, podemos hacer caridad.

Aprende a conocer el hambre del que te habla... en el concepto de que, fuera del hambre de pan, todas se esconden. Cuanto más inmensas, más escondidas...

LAS MÁSCARAS

Cada año pone en tu faz una nueva máscara.

Este, alegre; aquél, indiferente: el otro triste; el venidero, acaso gesticulante y ridícula.

Cada año pone sobre tu faz una nueva máscara y se va...

Pero tu «yo» impasible, cuya fisonomía sólo conocen los dioses, sabe que él no es la máscara; que él no sonríe ni llora ni gesticula.

Tu «yo», al verse en el espejo, a través de las ventanas cada vez menos luminosas de los ojos, se dice a sí mismo:

«He aquí el antifaz nuevo que me ha puesto la vida».

Y sigue pensando en otra cosa.

Muchas de sus máscaras han quedado para largo tiempo en las fotografías. Durarán más de lo que merecen. Pero ninguna ha sido en ningún momento la expresión exacta de tu yo.

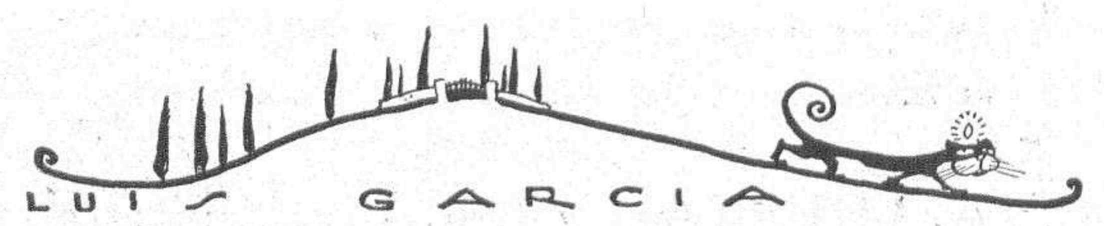
Que esto te enseñe a buscar en los hombres la fisonomía interior, la fisonomía escondida; alguna vez podrás decir: «aquí hubo un ángel y yo no lo sabía».

AMADO NERVO.



JOVENES SERIOS

No pidais a Eleuterio
que se desvíe.
Como es un joven serio
no se sonríe,
ni dice patochadas
inconvenientes
ni elogia las pavadas
de sus parientes.
Altivo y orgulloso,
no abre la boca
y vive silencioso
como una foca;
inventando problemas
insustanciales
que él llama luego temas
transcendentales.
No toca ni el serrucho
ni la guitarra
ni suele fumar mucho
ni va de farra;
ni va de caza o pesca
porque se agita,
y bebe soda fresca
que es exquisita.
La lectura es su goce,
su único anhelo,
y a Platón lo conoce
como a su abuelo.
Habla mucho de Grecia
que le ha encantado
y a Spencer lo desprecia
por lo anticuado.
Todos sus compañeros
son mozos graves
que pasan, altaneros,
como burgraves,
acariciando el sueño
de ser doctores,
con lentes y con ceño
de pensadores.
Tratan diversos puntos
con ceremonia
y hablan de los asuntos
con parsimonia,
huyendo de infecundas
chocarrerías,
para ahondar en profundas
filosofías.
En universidades
y ministerios
hay grandes cantidades
de chicos serios,
solemnes y anodinos
que odian los chistes
y parecen pingüinos
lerdos y tristes.
Así, piensan, acaso,
que harán carrera,
pero, al verlos, al paso,
dice cualquiera:
— ¡Qué modo de exhibirse!
¡Qué estiramiento!
¡Pobres! Deben morirse
de aburrimiento.



DIBUJOS DE MACAYA

MUCHACHITA

Tango de E. DELFINO
POR LA ORQUESTA
= R. FIRPO
DISCO Nº 6230

Discos Dobles "NACIONAL"

LAS ULTIMAS GRANDES NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO

Disco doble «NACIONAL», de 25 centimetros, a $ 3.25

18086 { **Sobre el Pucho.** Tango. (Solo Gardel). González Castillo-Piana.
Desengaño. Tango. (Solo Gardel). Caruso-Canaro.

ROBERTO FIRPO—Orquesta Típica y Jazz-Band

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centimetros, a $ 3.—

6230 { **MUCHACHITA. Tango. Típica. E. Delfino.**
Midnight Rose. Fox Trot. Jazz-Band. L. Pallack.

6232 { **Mi Encanto.** Tango. Típica. F. y J. de Caro.
Zamba de Vargas. Baile Nacional. A. Chazarreta.

6233 { **Bebé.** Fox Trot. Jazz-Band. A. Silver.
Gallo Viejo. Tango. Típica. J. F. Noli.

FRANCISCO CANARO — Orquesta Típica y Jazz-Band

6948 { **Chispa...** Shimmy. Jazz-Band. F. Pracánico.
Pico a Pico. Tango. Típica. A. Canaro.

6951 { **Tu Plegaria.** Tango. Típica. M. I. G.
Marina. Shimmy. Jazz-Band. Con acompañamiento de serrucho. L. Chameck.

ORQUESTA TIPICA "PACHO". (Juan Maglio)

7411 { **América.** Shimmy. (Con serrucho). J. Maglio.
Viejecita Mía. Tango. C. Marcucci.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8014 { **Margot.** Schotis. N. Verona.
In a Tent. Fox Trot. Koehler.

8001 { **Mister Gallagher and Mister Shean.** Fox Trot. (De gran éxito). L. Terry.
Ba-La-Ba. Shimmy. L. Hillier.

IGNACIO CORSINI (Con Orquesta ROBERTO FIRPO)

Disco doble «NACIONAL», de 25 centimetros, a $ 3.25

18410 { **El Pericón de Martín Fierro.** (Especial para baile). González Castillo-Canavesi. Arreglo de A. de Bassi.
Metejón. Tango. Acomp. de guitarras. Goyeneche-Chiarello.

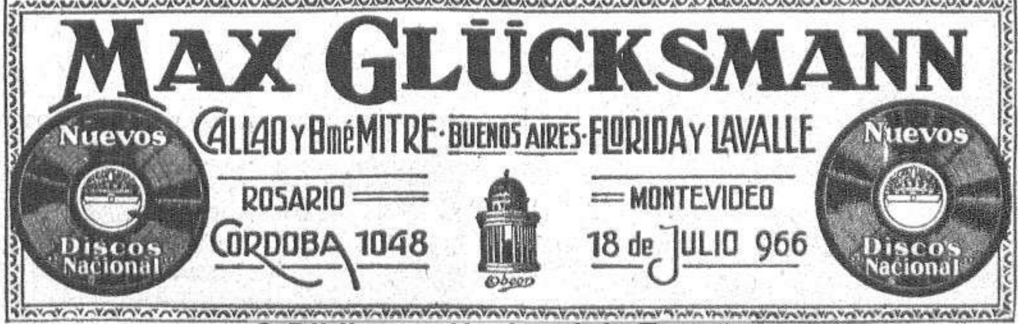
DUO RUIZ-ACUÑA (3 guitarras I. Gómez).

Disco doble «NACIONAL», de 25 centimetros, a $ 3.—

10281 { **Mañana de Mañanita** Chacarera. (Dúo). A. Chazarreta.
Vidala. Canción Típica Santiagueña. A. Chazarreta.

Fonógrafo Glücksmann sin bocina $ 45.-

La máquina parlante más perfecta y más barata. Precio, con 200 púas



Peritos Mercantiles egresados de la Escuela Superior de Comercio Sud







Señor Luis G. Gaffuri. — Señor Arturo Torres. — Señor Alberto Delfini. — Señor Enrique Puricelli. — Señor Carlos Garda. — Señor Luis Piccardo. — Señor Pedro Apecetche.









Señor Antonio R. Cagnacci. — Señor Santiago Bo. — Señor Alfredo Berreta. — Señor Nicolás Gioia. — Señor Antonio Fernández. — Señor Humberto C. Redivo. — Señor Eusebio de Zubas'i.

EL CANTO DE LA FUENTE

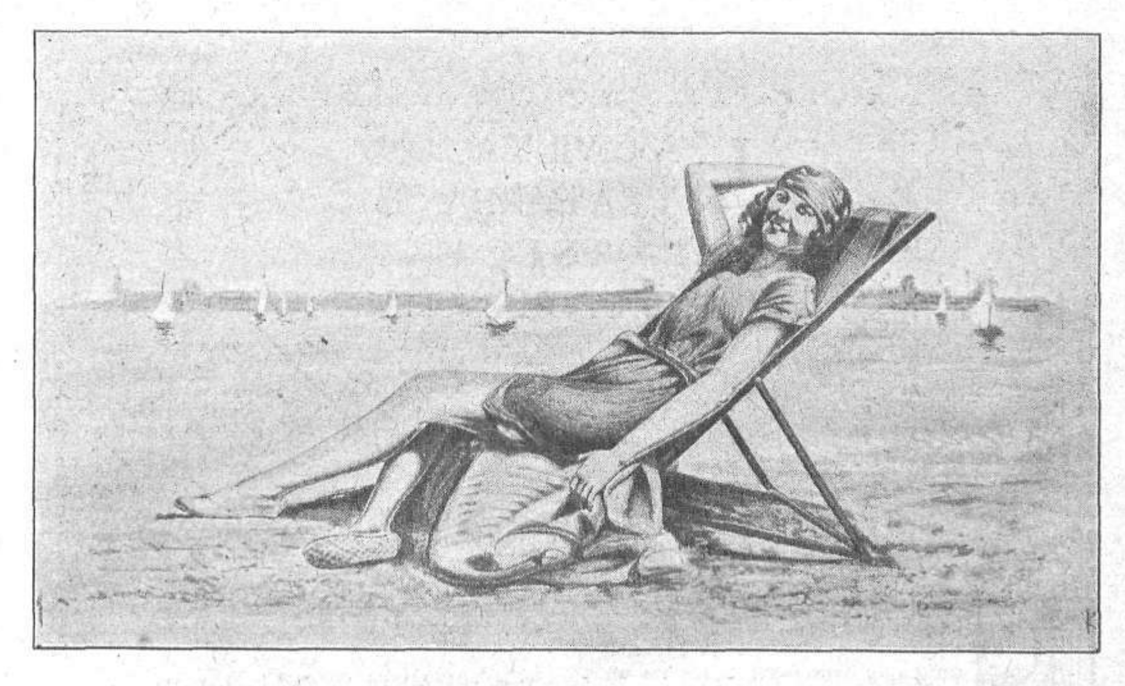
La fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reunen entre los céspedes, y susurrando, con un ruido semejante al de las abejas, que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. Todo es allí grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.—GUSTAVO A. BÉCQUER.

De Avellaneda

El nuevo intendente municipal, doctor Barceló, el presidente del Concejo Deliberante, doctor Groppo, el comisionado del P. E., doctor Legon y el prosecretario, señor Molinari, momentos después de constituírse el gobierno comunal.



El doctor Barceló rodeado por los nuevos funcionarios que cooperarán en la Intendencia, y por un núcleo de amigos que concurrieron a saludarlo el día de su elección.



EL ESTIO Y EL CUTIS

Por Mlle. Alice Delysia

NOS encontramos otra vez en el apogeo del estío con sus días de radiante sol, a veces apacibles y a veces tan francamente pesados que, como cuando hace demasiado frío, dan motivo a nuestra constante disconformidad con las veleidades del tiempo. ¡Qué felicidad si en esto fuera posible un término medio! ¡Si se pudiera vivir como en las representaciones teatrales en esa exquisita tranquilidad con que una actriz, luciendo las últimas creaciones de Poiret o Paquin, se pasea a la orilla de un mar embravecido vivamente llevado a la tela por la concepción artística de un buen escenógrafo! El sol de nuestra tierra, tan fuerte en la estación estival, tiene una manera deplorable de revelar toda mancha, tanto en el vestido como en el cutis. Para beneficio de mis lectoras, daré a conocer los inofensivos y sencillos medios que siempre he adoptado durante mis visitas a las playas, para conservar lo que es para mí de suma importancia: el aspecto joven de mi rostro. He encontrado que la cera mercolizada, esparcida en el rostro y cuello todas las noches, absorbe, poco a poco, la cutícula exterior, dejando el nuevo cutis a la vista. Nada hay más sencillo, más sano y más económico que este tratamiento de resultados verdaderamente maravillosos. Me dicen algunas personas que tienen el cutis algo seco, que prefieren hacerse masaje con cold cream, que se saca con una toalla antes de usar la cera mercolizada.

* * *

OTRO de los fastidiosos inconvenientes que el verano trae aparejados lo es, y no de los menores, la alteración que experimenta el colorido de la tez del rostro, alteración que puede ser variadísima y asumir numerosos tonos, todos ellos tendientes a dar al rostro un aspecto desagradable. Las desventajas de pintarse la cara son tantas que no es necesario enumerarlas: baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro colorete resulta sumamente perjudicial para la salud, la moral y la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud, basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de rubinol, que es una maravillosa substancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes, pues permite a las mujeres hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.

* * *

Cabelleras Onduladas

POCAS personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo, y que es mucho mejor para este propósito que cualquier otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en paquetes sellados, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoos. También se expende, por pocos centavos, en pequeños paquetitos de muestra, que contienen cantidad suficiente como para dos shampoos. La brillantez que el stallax confiere al cabello, es completamente inimitable e indescriptible.

Alice Delysia.



LA CIVILIZACION Y LA BARBARIE A TRAVES DE UNA FAMILIA CHANCHA

PARA

CARAS Y CARETAS

(A MIS INOLVIDABLES AMIGOS Y CONTERTULIOS DE LA CONFITERIA DE PERÚ Y LA AVENIDA)



CELÉBRASE estos días aquí, en San Sebastián, una feria agrícola y pecuaria, muy semejante a la exposición rural que tiene lugar todos los años en Buenos Aires. El concurso abarca las dos zonas del Pirineo, la francesa y la española. Los expositores han enviado magníficos frutos hortenses, muestras de cereales, semillas forrajeras, plantas, renuevos, diversidad de flores. Y la sección ganadera y de zoología doméstica está representada por soberbios ejemplares vacunos de origen suizo y holandés, recriados en estos valles vascónicos. Hay también en la feriaexposición numerosas clases de gallos y gallinas, palomas, conejos, etc. Finalmente, mencionemos con arreglo al Evangelio — los últimos serán los primeros — a los chanchos. Están representadas todas las especies de esta ilustre familia.

Pero hay un chiquero, que es objeto constante de la curiosidad pública, en el cual se ha producido una gran confusión. Vive allí una chancha de opulenta crasitud con seis crías: dos son chanchos; tres son jabalíes, y el último es mixto de jabalí y chancho. El origen de este entrevero familiar es muy sencillo. La madre vivía en un caserío aislado de la montaña. Por el día andaba en el bosque, nutriéndose con las bellotas de los robles. Acertó a pasar por allí un hosco y terrible jabalí. Sin duda a la chancha no le pareció mal el selvático doncel. El amor, según Shakespeare, «nace a primera vista». Después del rápido coloquio, el jabalí siguió viaje por los tenebrosos Pirineos. Del encuentro fortuito son fruto los pequeños jabatos. Y dada la poliandria en que viven las chanchas, no es menester explicar la existencia de los chanchitos y el promiscuo hogar de semejante lechigada. Lo que ya no tiene explicación tan cumplida, es la presencia en el mundo de hijo mixto de chancho y jabalí. La biología es una ciencia llena de misterios, y difícilmente, frente a este caso de engendramiento en colaboración, podría establecer en el organismo obtenido la proporción de naturaleza correspondiente a la civilización chanchil, asimilada por domesticidad a la humana, y aquella otra relativa al salvajismo propio de la raza jabalina. Presumo que los biólogos no podrían sacarnos de este atolladero científico.

•□•

PERO el propósito de este comentario no es el problema biológico, sino el moral. Nos hallamos frente a un hogar, o cotarro familiar, compuesto, por una fatalidad amorosa, de seis hermanos: dos civilizados por completo; tres absolutamente inciviles, y uno vacilante entre las normas de la cultura y el salvajismo más impetuoso.

Los dos chanchitos, por su mansedumbre y perfecta domesticidad, revelan pertenecer a la raza cuya asimilación a la vida civilizada data de los más remotos tiempos. Sea por pereza para mantenerse en rebelión, sea porque, propensos a la adiposidad y al engorde, disminuyen aquella enérgica agilidad que demanda todo espíritu de independencia, parece que el chancho ofreció la cerviz a la domesticidad primero que el caballo, el perro y el burro. Fué el primero en degradarse ¡qué chancho! y en someterse al despotismo del hombre. Iniciaron su domesticación los chinos, 4.900 años antes de la Era Cristiana, según he leído en una puerca monografía, o historia chancha. De manera que los cerdos forman parte de la civilización desde hace la friolera de 6.823 años. Dícese que el chancho es el animal más bruto (yo siempre he creído que es el loro, a pesar de su facultad parlante, y quizá por eso mismo). Pero no parece cierta la obtusidad atribuída al chancho. Lo revela la antigüedad de su concepción filosófica, contemporánea de los faraones, para aceptar las normas de la civilización humana. Un curioso detalle lingüístico nos instruye en la importancia que debió concederse a los chanchos en la época de las dinastías faraónicas. Por remota tradición, en Castilla la Vieja al chiquero se le llama la Corte. Y ello se dice normalmente, en recto sentido, sin ánimo de ironizar; de donde se deduce el eminente prestigio que en otros tiempos tuvieron los chiqueros.

El chancho, como todos los elementos integrantes de la civilización, ha tenido sus períodos de auge y decadencia en el transcurso de la historia. Su primer tropiezo fué al metamorfosearse Set en cerdo para amenazar a la luna.

Esta humorada del amigo Set le costó al chancho, por decisión de Horus, según la leyenda egipcia, ser considerado como animal impuro. Y sabido es que este anatema de impureza lo mantuvieron los hebreos, si bien, como nos cuenta el profeta Isaías, en su ardiente y alegórico estilo, los grandísimos tunos judíos se comían el jamón a escondidas.

Tuvieron luego los chanchos brillantes épocas de rehabilitación moral y carnal. Ellos sirvieron de distintivo militar en algunas legiones romanas. También figuraron como cuño en monedas celtas y galas. Y, por último, los descubrimientos arqueológicos nos enseñan que la pétrea efigie del chancho sirvió de hito o mojón para señalar los límites territoriales de los clanes y las distancias, confluencias y accidentes de los caminos. Este período fué algo así como el Renacimiento de la chanchería.

En América fueron desconocidos los chanchos hasta bien entrado el siglo XV, en que los importaron los españoles. Pronto se aclimataron. Y por uno de esos fenómenos que se producen en el desarrollo de la riqueza pecuaria, ya no fué China la más cochina, dicho sea rectamente, sino Norteamérica, con su Chicago, o gran Chanchípolis, donde si, redivivo el bíblico Set, llega a transformarse en chancho para amenazar a la luna, en vez de la condenación moral que sufrió, se hubiera visto convertido, de modo fulminante, en un largo chorizo.

En Sud América la propagación del chancho no se ha producido en las formidables proporciones que en los Estados Unidos. Yo lo atribuyo a cierto espíritu hidalgo y señoril de la América latina. Ahí da prestigio social ser ganadero, pero no chanchero. Place a todo al mundo que en las crónicas sociales se diga: «Salió para su estancia de Roque Pérez don Roque Requejo.» Pero, ¿cómo tolerar que se escriba: «el señor Roque Requejo salió para su chanchería de Roque Pérez»?

Por otra parte, el apotegma o dicho criollo «el hombre no debe ser chancho» contribuye también a detener el desarrollo de esta industria rural. Pues si bien el criar chanchos no indica que uno lo sea, siempre el avieso juicio de las personas propende a ver cierta connaturalización espiritual con la profesión o género de actividad a que nos dedicamos.

•□•

Y ahora hablemos de este chiquero de lechones y jabalíes. La madre está tumbada, con aquel sosiego que da a la raza una tradición de domesticidad que cuenta 6.823 años. A esto debe atribuírse que no se inmute ante el bárbaro espectáculo de anarquía existente en el chiquero. Los tres pequeños jabalíes, de una ferocidad imponderable, quieren romper las tablas para huir a los montes; arruan (los jabalíes arruan, los chanchos gruñen) de una manera terrible al verse prisioneros; la presencia de los espectadores les encoleriza, y sus ojos, de color de lumbre, lanzan rayos fulminatorios a la civilización; erízase su cerdosa pelambrera, pareciendo con ello sus cuerpos de tamaño doble que el de sus hermanos, los pelados chanchitos; su agilidad no es menor que la del cachorro del tigre, y los ímpetus de su desesperación salvaje superan en violencia a toda especie de fieras. Al acercarse al seno materno, si los chanchitos ocupan el restorán lácteo, los jabalíes les muerden y atropellan cruelmente, los embisten con su recio y largo morro hozador y arrojan por el aire a los civilizados, como el toro lanza al desventurado maleta. Otro tanto ocurre al pretender los cerditos aproximarse a una gamella, donde hay un brebaje de agua y harina de maíz, alimento supletorio del dimanado de las fuentes maternas. Los salvajes los sacan de allí a empellones y tarascadas, voltean la gamella, se derrama el brebaje y ponen el chiquero como el tocador de una princesa. Estas turbulencias por el monopolio del alimento nos descubren el esqueleto de la familia, que según dictamen del filósofo Collins, riñe siempre en el comedor. En esto no varía la racional de la irracional.

Los bruscos metidos de los jabalíes al seno de la chancha, apenas logran sacar de su sopor aquel océano de grasa. Indiferente a la terrible anarquía, no impone su autoridad materna, entregando el tesoro de sus múltiples senos al que más puede. Ello induce a suponer que la chancha, ante lo irremediable de su monstruosa descendencia, delega en manos de los hombres la ardua tarea de civilizar a los salvajes, ya que la civilización es obra de los hombres, y no de los chanchos, aunque algunos chanchos haya en la civilización de los hombres.

Con todo esto, la vida de los chanchitos es un problema casi insoluble, cumpliéndose el axioma de La Bruyère: «en la sociedad, la razón es la primera que cede y se doblega». Exacto. En realidad, la civilización no es más que una cadena de moderaciones. Pero en este caso no se trata de disquisiciones metafísicas, concepciones políticas o disidencias en puntos abstractos, sino de poder vivir, ora del seno materno, ora del brebaje de la gamella. Y este privilegio, en una familia compuesta de salvajes y civilizados, está por entero entregado a la fuerza, triunfando, como es natural, los salvajes.

El porvenir de los chanchos es muy negro.

No se presenta mejor el del mixto de jabalí y chancho. Conmueve la suerte de este infortunado producto del salvajismo y la civilización. Salvando las almas, es un caso parecido al de aquél desventurado Namuncurá, a quien los indios no hacían caso porque estaba medio civilizado, ni le hacía caso tampoco la civilización, porque era medio salvaje. Y es que en punto a normas de vida no caben tales mixturas: o al vado, o a la puente; o a la civilización, o al bosque; o a la calle Florida, o a la toldería. Hay que decidirse.

La situación de este producto mixto de chanchito y jabalí es deplorable. Su aspecto físico causa risa; participa de los signos de la fiera y de aquellos indicadores de la más perfecta domesticidad; sobre la piel colorada, rechoncha y pelada, levántanse, ralas y dispersas, algunas púas cerdosas, que recuerdan el desliz de la que le dió el ser, lo que es que no puede ser peor. Con su carácter ocurre lo mismo. De pronto tiene impulsos feroces; pero al instante cae abatido. No es más que un tigre de talabartería. Su naturaleza chanchil domina a los elementos selváticos heredados. Una civilización de 6.823 años ahoga en él todo conato de rebeldía incivil. Como ofrece alguna resistencia, sus hermanos, los salvajes puros, le golpean y maltratan con más saña que a los chanchitos, como si sospecharan que está por entregarse a una civilización que ellos detestan, acaso justamente.

Y aquí hago punto. Caros e inolvidables amigos y contertulios de la confitería de Perú y la Avenida: ya que somos como chanchos, y seguro de que han de continuar ustedes en esta condición, dedícoles este trabajo filosóficoporcino que ha de contribuír a que todos nos estrechemos aun más en el chiquero de la amistad...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

De Isla Maciel



Comisión Directiva de la Sociedad Unión Empleados y Obreros, a cuyo cargo estuvo la organización del picnic realizado y de la distribución de juguetes entre los niños de los numerosos socios.

EL FERROCARRIL ES LA PAZ

Hasta la aparición del ferrocarril no hemos tenido otra vía de comunicación que la que podríamos denominar «camino providencial». La llanura se atravesaba como se atraviesa el mar y allá donde la naturaleza nos oponía un obstáculo, un río, una montaña, pedíamos a la naturaleza misma el vado o la quebrada que nos permitiera salvarlo. Nadie pensaba en la construcción de puentes y túneles. Con la aparición del ferrocarril empieza en realidad el desenvolvimiento de nuestras vías de comunicación. Atraídas las empresas inglesas por aquella primera concesión del ferrocarril del Rosario a Córdoba (F. C. C. A.) que incluía a título gratuito la cesión de una faja de tierra de una legua a cada lado de la vía y más tarde por las concesiones con garantía del Estado, pronto se aperciben de las riquezas que se les brinda y empieza una era de febril actividad en las construcciones ferroviarias de capital particular.

El Estado, mientras tanto emprende por su cuenta la construcción de líneas con fines políticos más bien que económicos. En plena gestación de la nacionalidad, la anarquía del interior, el caudillismo, han de ser vencidos por el riel y tal es la preocupación dominante de nuestros hombres de Estado. Puede afirmarse que la unidad de la República y el orden interior no quedaron asegurados hasta el día en que las catorce capitales de provincia estuvieron unidas por el ferrocarril.

Señora:

Para que sus vestidos adquieran la característica de la moda, y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

y adquirir uno de sus famosos **Corsés** o **Fajas,** únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección,

Soliciten nuestro nuevo CATÁLOGO



Faja Modelo 115. Especial para sostener el vientre. Con su uso se obtiene cuerpo perfecto y absoluta comodidad. Confeccionada sobre medida en rico coutil de hilo y elástico de la mejor calidad, con 4 ligas de seda

$ 30.—

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

UNION TEL., 38, MAYO 0313

BUENOS AIRES

De San Isidro



Distinguidos núcleos de señoritas y jóvenes que concurrieron a la reunión organizada por el Club Náutico despidiendo el año.

LA CORTESÍA

La vida, por corta que sea, nos deja siempre tiempo para la cortesía, o, como dijo Emerson: «Life is not so short but that there is always time for courtesy».

Huye de las gentes que te dicen. «Yo no tengo tiempo para gastarlo en etiquetas». Su trato te rebajaría. Estas gentes están más cerca de la animalidad que de las otras. ¡Qué digo! La animalidad se ofendería... El perro jamás te dejará entrar a tu casa sin hacerte fiestas con ese meneo de cola «tan honrado», como ha dicho Schopenhauer. El gato mimoso, en cuanto te vea, irá a frotarse contra ti. El pájaro parecerá escuchar con un gracioso movimiento de cabeza lo que le dices. ¡Y si percibe en el metal de tu voz la cariñosa inflexión que él conoce, romperá a cantar!

Dante, en la «Vida nueva», llama a Dios «Señor de la cortesía».

La Cortesía es el más exquisito perfume de la vida y tiene tal nobleza y generosidad, que todos la podemos dar. Hasta aquellos que nada poseen en el mundo, el Señor de la Cortesía les concede el gracioso privilegio de otorgarla.

El hombre feliz, que no tenía camisa, sí tuvo cortesía para recibir a los emisarios del rey enfermo.

¿En qué abismo de pobreza, de desnudez no puede caber la amable divinidad de una sonrisa, de una palabra suave, de un apretón de manos?

La Caridad, opulenta o humilde, lleva siempre el ropaje de la cortesía, y la santidad más alta no podemos ni imaginárnosla sino infinitamente cortés.

¿Os acordáis de San Francisco de Asís? — AMADO NERVO.



Jerez Quina
Tónico Reconstituyente
Volumen neto 1 litro
Pedro Domecq
Casa fundada en 1730
Jerez de la Frontera

Producto de excelente calidad a base de rancios vinos de Jerez.

Llevan como garantía el nombre PEDRO DOMECQ, mundialmente conocido por sus grandiosas y bien instaladas Bodegas del Excmo. Sr. Marqués de Casa Demecq, en Jerez de la Frontera, España.

Fundadas en el año 1730 han llegado a ser famosas por sus genuinos productos, entre los que figura el exquisito

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES
MERELLO-H^{nos}
BUENOS-AIRES

 LEYENDAS DEL MAR 

LAS PALOMAS DE MAMA SATAN

¿Quién fué esa Mamá Satán, espectral y diabólica, que cruza por las leyendas del mar?

Nadie la viera jamás. Pero sus siniestras «palomas», los petreles, vuelan en torno de los navíos, en las soledades de alta mar, anunciando con roncos graznidos la tempestad.

El origen de esta leyenda arranca en el siglo XVIII. La sombra de «Mamá Satán» flota desde hace siglos sobre los mares, como una presencia fabulosa, intangible, sembrando el misterio y el terror.

Sólo se sabe de ella que es el lúgubre heraldo de la tormenta. Los petreles negros revuelan con agudos graznidos en torno de su figura espectral; el viento del océano juega con sus despeinados cabellos.

Viene del Norte, de las riberas del espanto y de la fábula, y detrás de ella se acercan las tempestades, sembrando el naufragio y la destrucción a su paso. Mamá Satán es la esposa del Diablo, la Hermana de la Muerte, la Madre de la Tempestad.

LA PESCA DE TOR

Desde las riberas del Septentrión llega aún hasta nuestros días el fragmento incoherente de una religión que naufragó hace largas edades en las rompientes del Tiempo, casi desvanecida en las brumas del pasado. Escuchemos la parábola de la pesca de Tor.

Tor, el Dios de la Tempestad, que viajaba disfrazado como un hombre, llegó una noche a la casa de un titán llamado Himir, al cual ofreció sus servicios.

El titán burlóse al principio de la magra figura del desconocido, pero finalmente consintió en darle ocupación.

— Muy bien — le dijo — tú serás mi criado. Mañana iremos a pescar; ve y busca los cebos.

Salió Tor, y no tardó en regresar. Himir, con asombro profundo, vió que su flaco sirviente traía sobre los hombros el cadáver de un buey.

Al día siguiente, obedeciendo la orden del titán, partieron en la expedición. Tor empuñaba un remo, y el titán otro. Pero, con sorpresa suya, vió Himir que, tal era la fuerza pujante con que remaba su criado, que apenas podía seguir la ruta. La barca se torcía...

La pesca fabulosa comenzó. Tor arrojó la red al mar, con la cabeza del buey como cebo. La Gran Serpiente, que acechaba desde las verdes profundidades, se precipitó sobre el cebo. La Gran Serpiente, la que anuda sus anillos en torno de la tierra, y mantiene unidos los peñascos y las riberas.

En la tremenda lucha que siguió, el aterrado titán aferrábase a la proa de la barca, que se agitaba como una cáscara de nuez en el furioso oleaje, Tor, por su parte, luchaba con la Gran Serpiente del Mar, entre el bramido de las aguas y el estrépito de los truenos. Los peñascos submarinos se estremecían...

Durante el monstruoso combate, los pies de Tor se hundieron entre las tablas rotas de la barca. La ira de los dioses lo invadió, y levantó su maza para pulverizar a la serpiente, y también a la tierra, si fuera necesario.

Pero fué en ese instante supremo cuando el titán, olvidando su terror, desnudó su cuchillo y cortó las cuerdas de la red. La Serpiente, silbando como el huracán, sumergióse rápidamente en las profundidades misteriosas.

La ira de Tor volvió a estallar, tempestuosa y bárbara. Asiéndose a las maderas destrozadas de la barca, que se hundía, asestó un puñetazo mortal al titán despavorido, que se sumergió también en las ondas espumosas, como la Serpiente.

Entonces Tor, volviendo a hacerse un dios, se dirigió a la ribera, caminando sobre las aguas, rodeada de relámpagos la iracunda frente, mientras las olas besaban sus rodillas.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG



IMPRESION MATUTINA

Esta mañana es
tan transparente y pura
como una miniatura
de Martínez Jerez.

Sobre azul se destaca
la nube de algodón
en mansa evocación
de la oveja y la vaca.

Trasluce la arboleda
en sus berilos raros
los órganos preclaros
del gusano de seda.

No hay un pájaro aún,
y algo afirma en la noria
la lógica suasoria
del sentido común.

La casa asoma lejos,
y en faena tranquila
solícita esmerila
el cinc de sus espejos;

de ella se eleva, escueta,
una línea de humo
que es azul o, a lo sumo,
entre azul y violeta.

Silencioso y sumiso,
con su vara de nardo
por aquí fué Leonardo,
cantando, al Paraíso.

ENRIQUE MARTÍNEZ ESTRADA



La carta del atorrante

Reuter: un remordimiento
Eres para mí, constante;
Mi conciencia de atorrante
No me da tregua un momento.

Por todas partes te veo,
En píldoras o jabón,
¡Y siento una comezón
De convertirme al aseo!...

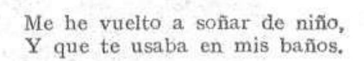
¡Lavarme el cuerpo por fuera...
Por dentro hacerme un drenaje,
Y después de este lavaje
Volver a mi edad primera!...

Estoy viejo, calvo, sucio,
Desde que te renegué,
Fuí un buen mozo, te dejé...
¡Y hoy más que hombre, soy un rucio!

Mi estampa actual te remito
Que me ha sacado un artista.
Creo que nadie, a su vista,
Dirá: ¡Qué chico bonito!

He soñado mucho, sí,
En la dulce y suave espuma;
En la aromática bruma
Que se desprende de ti.

A través de tantos años
Como con el agua riño,


Me he vuelto a soñar de niño,
Y que te usaba en mis baños.

Que era aquel de los amores,
Bien vestido y sin hilachas,
A quien todas las muchachas
Decían que olía a flores.

Y era que tu delicioso
Aroma, me acompañaba,
Y tras mis pasos dejaba
Aquel ambiente oloroso.

¡Hoy en día, hasta las ratas
Disparan cuando me acerco
Y todos me dicen: ¡Puerco!
¡Y *se echan mano a las ñatas!*

¡Oh Reuter! ¡Noble campeón
De la higiene y la belleza,
A que dan noble realeza
Las píldoras y el jabón!

Permite a este arrepentido
Que su ronca voz levante,
Y tus alabanzas cante
Desde el rincón del olvido.

Mañana, mi redención
Será un hecho en la Argentina...
¡Adiós!... ¡Me voy a la tina
Con un pan de tu jabón!



De San Isidro

El intendente municipal, señor Juan F. Urcola, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos, como aplauso por su brillante actuación al frente de la Comuna.



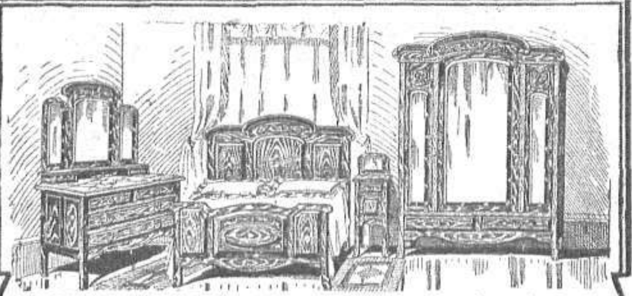
Caracterizado núcleo de vecinos que concurrió al banquete antedicho y que, junto con el obsequiado, realizaron una atrayente excursión nocturna por el Delta.



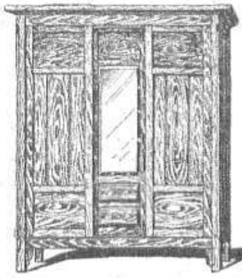
CORRIENTES 1172-80

BUENOS - AIRES

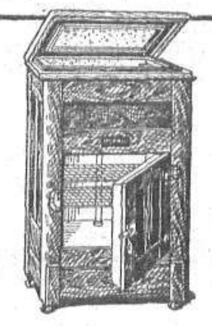
La construcción de nuestros locales de venta ofrece la oportunidad de instalar o renovar el moblaje de un hogar, en condiciones excepcionales de precios módicos.



JUEGO DE DORMITORIO 3 cuerpos, gran formato, roble macizo, lustre claro u obscuro, finamente tallado bajo relieve, lunas biseladas, herrajes de bronce, mármoles seleccionados. Compuesto de: 1 ropero, 1 «toilette», cómoda, 1 cama 2 plazas con elástico patentado, 2 mesas de luz con espejos y 1 toallero, a.......................... $ **485.—**

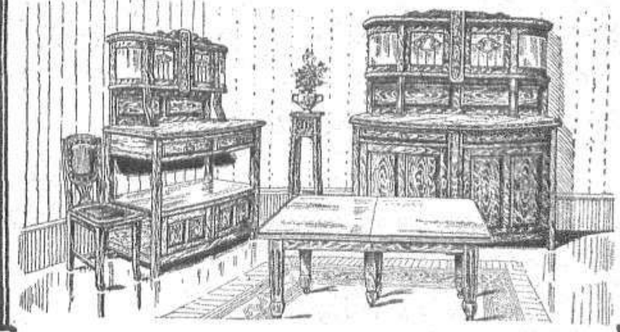


GUARDARROPA de nogalina, maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame**....................... $ **85.—**

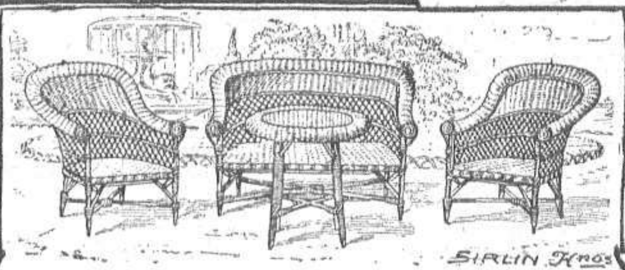


HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración. Tamaños:

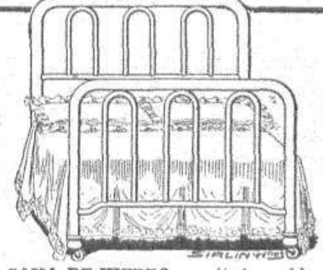
N.º 303	105 × 54 × 37...	$ 75.—
» 304	107 × 58 × 42...	» 85.—
» 305	110 × 60 × 44...	» 115.—



JUEGO DE COMEDOR de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar, y 6 sillas tapizadas en cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. El juego completo, rebajado, a.................. $ **430.—**



JUEGO 1407. En mimbre tupido, amplio formato reforzado, modelo de gran aceptación, barnizado en color crema o natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillas, 2 hamacas y 1 mesa, a.............. $ **70.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plazas, pesos 35.—; 1 plaza, a...................... $ **25.—**

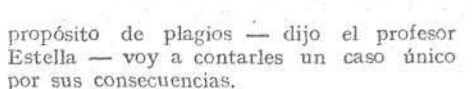
PARA LOS DEL INTERIOR.

Los pedidos recibidos por carta, merecen toda nuestra atención, siendo atendidos en la misma forma como si lo fueran realizados personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic. Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS, DEBIENDO HACERSE MENCION DEL ARTICULO QUE INTERESA PARA ENVIAR EL CATALOGO CORRESPONDIENTE.



RUPTURA DE RELACIONES

A propósito de plagios — dijo el profesor Estella — voy a contarles un caso único por sus consecuencias.

— ¿Buenas o malas? — preguntó el pintor Manet, uno de los amigos sentados a la mesa del Café.

— Excelentes — repuso el profesor Estella con cierto matiz de ironía: Un desenlace en el verdadero sentido de la palabra... Ya verán ustedes.

Y empezó su historia:

Hace de esto cinco o seis años. Yo era entonces profesor de literatura en una Escuela Normal de Señoritas que es donde ocurrió la cosa. No recuerdo ahora con qué motivo; pero por *a* o *b*, lo mismo da, celebróse al mediar el año un Concurso literario entre las alumnas de la Escuela. Organizó el certamen la directora, una señorita muy activa, ahora ya jubilada. Ella misma hizo las bases, obtuvo el regalo de los premios y nombró a los jurados. Desde luego, entre estos últimos me hallaba yo en mi calidad de profesor de la materia.

El Concurso era un concurso como todos. Temas en prosa y verso. Libres y obligatorios. Todo bajo seudónimo. Primeros, segundos y terceros premios, etc., etc.

Vencido el plazo para la recepción de los envíos — trabajo del cual se encargó la misma directora — nos reunimos los componentes del Jurado. Fué un 21 de septiembre si mal no recuerdo.

Acerca de las composiciones en prosa casi no hubo discusión. La directora, que las había leído todas, hizo el elogio de tres «por su alto valor pedagógico y social» y nosotros les asignamos, respectivamente, las tres recompensas acordadas a los trabajos en prosa.

No sucedió lo mismo con las composiciones en verso. Aunque éstas en verdad no eran muchas, eran sí muy malas. Apenas si dos o tres merecían considerarse. Una vez leídas todas yo propuse para el primer premio una titulada «La Abuelita»: cuatro estrofas en verso de himno, que si no eran una gran cosa estaban, en cambio, bastante bien logradas. Eran discretas, finas y sentimentales sin exageración. Pero la directora se opuso alegando que era muy poco cuatro estrofas para un primer premio. Proponía como de más mérito un Canto a la Primavera, perfecto modelo de poesía de Juegos Florales. Por su parte varios jurados señalaban para el primer premio un Soneto a la Raza.

Ya se sabe, el gusto de los catedráticos como el de toda la gente es muy divertido. Así que durante un largo rato no pudimos ponernos de acuerdo. Al fin de muchas razones retóricas pude yo convencer a mis distinguidos colegas de que debíamos votar «La Abuelita» para primer premio; el Canto a la Primavera para segundo; y el Soneto a la Raza, para tercero. No conseguí unanimidad. Sólo cuatro votos sobre siete, pero daba lo mismo. Abrimos, pues, los sobres de los seudónimos y la autora de «La Abuelita» resultó una discípula mía: Elena Calvi, una muchacha bastante bonita en la que, por cierto, yo nunca había sospechado aficiones poéticas. ¿Pero no estaban los Concursos literarios para revelarlas? ¿Qué mayor éxito entontonces que mi descubrimiento?... Con todo soporté sonrisas y felicitaciones que estaban muy lejos de señalarme como un Cristóbal Colón.

Sin embargo, no dejé de afirmar en ningún momento que nos habíamos decidido por los mejores versos. Una verdadera originalidad del Jurado puesto que al mismo tiempo eran los más breves.

Dos días después se publicaba el fallo y los versos del primer premio en un periódico de Palermo. El fallo, como el de todos los jurados, era sintético: enumeraba los premios acordados sin aducir fundamentos. En cuanto a la composición, primer premio, decía así:

LA ABUELITA

Tres años hace murió abuelita!
cuando la fueron a sepultar,
deudos y amigos en honda cuita
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curiosa y grave me aproximé
y al verme cerca me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente, rápido pasa!
tres años hace que muerta está,
llovieron penas, y nadie en casa
de mi Abuelita se acuerda ya.

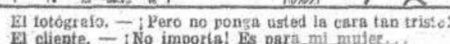
Yo solo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza
se ahonda el nombre que se escribió.

Esto fué un domingo; al día siguiente ya se presentaban en la dirección varias discípulas acusando de plagio a la autora.

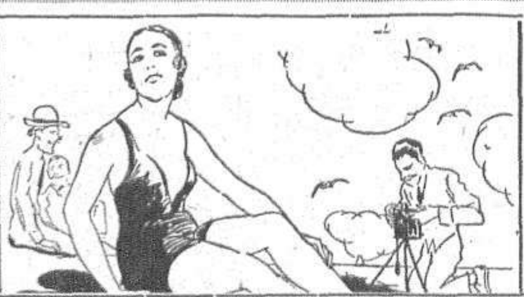
Como a mí no me tocaba dictar clase hasta el miércoles, no aparecí hasta ese día en la Escuela. Cuando llegué — durante un recreo, como siempre — noté que a mi entrada se hizo un silencio extraordinario como si todas las chicas que se hallaban en el «hall» suspendieran sus conversaciones para asombrarse de mi presencia.

— Debe ser — pensé — la protesta por la injusticia. ¿Quién que haya mandado a un concurso no cree, si han dejado de premiarlo, que hubo favoritismo? Pero pronto salí de mi error. No bien hube entrado en la dirección para firmar, cuando la directora se adelantó hasta mí. Y luego de saludarme, toda confundida, me dijo:





El fotógrafo. — ¡Pero no ponga usted la cara tan triste!
El cliente. — ¡No importa! Es para mi mujer...



ULTIMO CLISE

Ella. — ¿No estoy muy descubierta?
[illegible] luego se vela muy fácilmente la placa?

— ¿Pero no sabe usted lo qué pasa?

— No, señorita.

— Pues que hemos premiado a Gutiérrez Nájera.

Y se quedó mirándome a los ojos como si yo estuviera en la obligación de echarme a llorar.

Mas al ver que nada me ocurría, exclamó:

— Pues nos hemos lucido con su gusto, señor profesor.

— Ya lo creo — le dije yo. — Mucho peor habría sido dejar sin premio al señor Gutiérrez Nájera. ¿No le parece?

Pero la directora no estaba para ironías y me extendió una Antología hecha por Amado Nervo donde estaban los versos en cuestión. Yo comprobé el plagio y me sonreí: La muchacha sólo había cambiado en toda la composición el género de un adjetivo: Curiosa, en vez de curioso, en el sexto verso. Lo demás al pie de la letra.

La directora que me dejó hacer el cotejo se quejó cuando terminé:

— Lo peor es que hemos publicado esos versos. Todo el mundo murmura.

— Y la señorita Gutiérrez Nájera, Calvi, quiero decir, ¿qué opina?

— Nada completamente. Como si estuviera ajena a todo.

— Curioso, ¿eh?

La directora no pudo menos que sonreírse del equívoco que envolvía mi alusión a la palabra cambiada.

— Sí, *curioso* — me dijo.

Y agregó:

— Nosotros no hemos querido decirle nada a la pobre chica. Lo hemos esperado a usted para ver qué se le ocurría.

¿Qué se me podía ocurrir a mí en ese caso? Pues llamar a la mal premiada y decirle que vamos a aclarar en el periódico donde se publicaron los versos que por un error de imprenta estos aparecieron con su nombre en lugar del correspondiente al poeta de Méjico. En fin, decir que los versos premiados son otros que ya se publicarán...

A la directora le pareció una solución, pues salió a llamar a la muchacha.

No tuve más remedio que aprontarme a hacer el inquisidor.

La chica no tardó en presentarse. Quedamos solos en la Dirección.

Era, como ya dije, una muchacha bastante bien parecida, muy blanca, de grandes ojos azules y un aire de inocencia que contrastaba fuertemente con la situación de ladrona en que se hallaba.

— Señorita — empecé — como usted sabe, una poesía suya ha sido premiada en el Concurso literario de la Escuela. Pues bien, ahora sucede que ella no es del todo original. ¿Qué me dice usted al respecto?

La muchacha me miró asombrada, como diciéndome: Nadie le ha rogado que la premie sino le pareció muy original.

Pero de palabra nada me contestó.

— Señorita—insistí,—¿recuerda usted sus versos?

— No, señor.

— Pues bien, parece que ellos son muy parecidos a otros de un poeta mejicano.

La muchacha bajó los ojos. Después me preguntó:

— ¿Está usted seguro?

Moví la cabeza afirmativamente:

— Seguro.

La chica volvió a mirarme sorprendida y palideció. De pronto, como sin querer, se le escapó un grito:

— No puede ser.

Esta exclamación tan inesperada me sacó fuera de mí. Sin poder contenerme le dije:

— Bueno, señorita, parece usted una persona de mala memoria. Voy a convencerla por sus propios ojos.

Y sacando la Antología de Amado Nervo le señalé en la página 101.

La muchacha tomó el libro entre sus manos y enrojeció al punto. Luego, soltándolo, se dejó caer en un sillón y escondió el rostro en la falda. Yo esperé algunos minutos a que reaccionara; pero ella conteniendo la respiración, ahogaba sus gemidos.

— Señorita — le dije — ahora ya no tiene remedio. Lo hubiera usted pensado antes. Vea en que trance se ha colocado.

La muchacha levantó los ojos, pero al encontrar los míos fijos, rompió de nuevo a llorar mascullando entre dientes unas palabras que no alcancé a oir.

No pude más y exclamé:

Olvide todo, señorita. Comprendo. Fué una mala ocurrencia. Nada más. Olvide todo.

Y dispuesto estaba a arrodillarme — yo, su profesor — y a pedirle una mirada de perdón a sus grandes ojos azules.

Mas ella reaccionó a tiempo y enjugándose las lágrimas, me dijo:

— *A usted se lo confieso todo. Estos versos* me los dió mi novio como si fuesen de él. Por eso yo los presenté al Concurso.

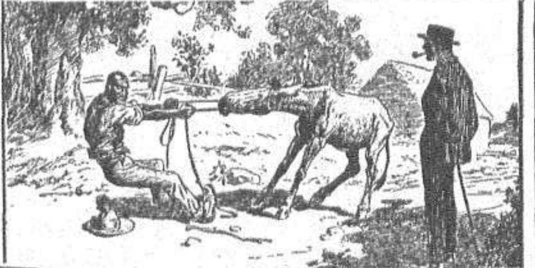
Y rompió de nuevo a llorar.

En este momento hizo su entrada en la salita la directora y suponiendo una confesión de plagio, como era natural, dijo a la chica:

— Váyase y que le sirva de lección.

La muchacha no volvió a la escuela en ocho días. Cuando lo hizo ya ninguna de sus compañeras se acordaba del plagio. El motivo de las murmuraciones era otro, las consecuencias: Elena Calvi había roto con su novio.

SAMUEL GLUSBERG



El observador. — ¿Cómo se llama el animal, Tiburcio?
Tiburcio. — Nora... Como mi mujer...



El hijito del viejo marino. — ¿Y cómo hago ahora, papá, para hacer una tempestad?



Grupo de alumnos del Conservatorio Musical que han obtenido su diploma después de rendir brillantes exámenes.

PATRICIOS. — Familias que concurrieron a la fiesta campestre organizada por la comisión directiva del Club Patriciense, celebrando la entrada del año.



De sabor agradable, sin ser dulce.

Estimula el apetito.
No es la más barata.
De esmerada fabricación.

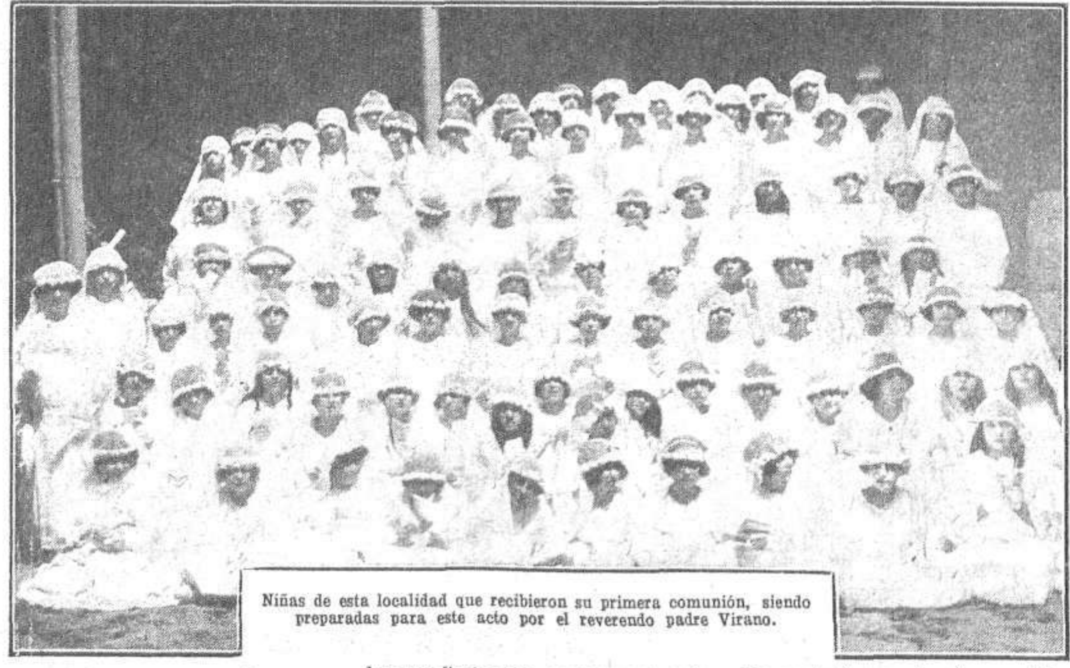
Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes es lo mejor.

Venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

1170, BARTOLOME MITRE, 1174

TELEFONOS: U. T., Rivadavia, 1990 — C. T., Central, 133

De Banfield



Niñas de esta localidad que recibieron su primera comunión, siendo preparadas para este acto por el reverendo padre Virano.

LA CORTESÍA

Huye de las gentes que te dicen: «Yo no tengo tiempo para gastarlo en etiquetas». Su trato te rebajaría. Estas gentes están más cerca de la animalidad que las otras. El perro jamás te dejará entrar en tu casa sin hacerte fiestas con ese meneo de cola tan honrado. El gato mimoso y elástico, en cuanto te vea, irá a frotarse contra ti. El pájaro parecerá escuchar con un gracioso movimiento de cabeza lo que le dices, y si percibe en el metal de tu voz la cariñosa inflexión que él conoce, romperá a cantar.

La cortesía es el más exquisito perfume de la vida, y tiene tal nobleza y generosidad que todos la podemos dar; hasta a aquellos que nada poseen en el mundo, «el señor de la cortesía» les concede el gracioso privilegio de otorgarla. — AMADO NERVO.



todos los records anteriores de velocidad

entre Barcelona y Madrid

671 kilómetros en 10 horas, 52 minutos y 58 segundos en un Studebaker Big-Six, modelo de stock. Record anterior 13 horas.

Datos sobre el recorrido

Coche: Studebaker Seis Grande, modelo Standard de fábrica.
Conductor: Señor Rafael Bianchi.
Fecha: Noviembre 2 de 1923.
Trayecto: Barcelona a Madrid, España, vía Tarragona, Zaragoza, Pilar La Muela y Alcolea.
Distancia: 671 kilómetros.
Tiempo empleado: 10 horas, 52 minutos y 58 segundos, controlado y verificado por el Real Automóvil Club de España.
Promedio de velocidad: 61,8 kilómetros por hora.
Record anterior: 13 horas.
El tren expreso entre Bercelona y Madrid emplea cuatro horas más que el nuevo record Studebaker.

El señor *Rafael Bianchi, conduciendo un Studebaker Seis* Grande, modelo stock, batió el 2 de noviembre de 1923, todos los records anteriores de velocidad entre Barcelona y Madrid. La distancia entre estas dos ciudades es de 671 kilómetros y fué cubierta por el Seis Grande en 10 horas, 52 minutos y 58 segundos, de una sola vez. El record anterior era de 13 horas.

Durante el año 1923 los coches Studebaker han mantenido su prestigio. Citamos a continuación algunas hazañas realizadas en distintas partes del mundo:

Primeros Premios ganados por Studebaker en 1923.

EL GRAN PREMIO	Marzo 26	Buenos Aires
CIRCUITO SUAREZ	Mayo 29	Coronel Suárez
PREMIO AERO CLUB	Julio 9	Mar del Plata
CIRCUITO BALCARCE	Octubre 21	Balcarce
CIRCUITO MORTEROS	Octubre 28	Rafaela
PIKES PEAK	Octubre 8	Colorado E. U. A.
COPA ORESTE NERI	Noviembre 18	Santa Fe

RECORD DE VELOCIDAD SUDAMERICANO (Carreteras) Octubre 25. 8.800 kilómetros recorridos en siete días por el Seis Liviano, en Syracuse, E. U. A., el 10 de noviembre.

"Qué decir de las condiciones y resistencia del coche que ha soportado tan ruda prueba? Sólo la solidez del Studebaker y la elasticidad y potencia de su motor podían salir airosos. Pero esta marca, como saben nuestros lectores, la producen las fábricas más importantes del mundo en coches de seis cilindros, y tiene ya demostrado en todos los continentes que, en pruebas de resistencia y rendimiento, y por las malas carreteras, alcanza siempre los mayores triunfos". Del «A B C» de Madrid, Noviembre 8 de 1923.

Studebaker se dedica exclusivamente a la fabricación de coches de seis cilindros — 13 modelos distintos, sobre tres tipos de chassis, — el Seis Grande, el Seis Especial y el Seis Liviano. Los modelos Studebaker 1924 representan un notable acontecimiento y a la vez un triunfo para Studebaker en sus 72 años de existencia. Véalos y pruébelos antes de comprar cualquier automóvil.

Studebaker Corporation of America

Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

Buenos Aires:
Avenida de Mayo, 1235

EL ÍDOLO

Los dioses han muerto...

El ídolo en cuestión es un marfil indostánico, que antaño me vendió un cingalés, por treinta rupias, en Monte Livinia, de Ceilán, en la terraza del famoso hotel en que se come el mejor curry de toda la tierra. Representa una mujer en cuclillas, con seis brazos amenazadores, cuyas seis manos tienen sujetas por la garganta seis cabezas cercenadas. Semeja una Tanagra, de gusto asiático, bastante horrible. ¿Me figuro que no creen ustedes, ni con mucho, en las pataratas de transmigraciones y metempsícosis? Si es así no hablemos más del ídolo, pues *razonablemente* nada tiene que ver en la aventura que voy a referir.

Es una aventura que pasó hace trece años. Para mayor precisión diré: una aventura que me ocurrió el lunes 2 de marzo de 1903, en Salónica, en Macedonia, en un callejón del bario alto judío. Por nada del mundo la hubiera publicado en vida de Churah Sungh que, conmigo, fué el héroe de ella. Pero Churah Sungh murió antes de la guerra, en su capital de Saharajonpur — muerto sin sucesión. — Así, pues, da ya lo mismo conservar o romper el silencio.

Como es sabido, Churah Sungh, al morir, era Rao de Saharajonpur, bajo la soberanía del emperador de las Indias. En 1903, sin embargo, era tan solo príncipe heredero y, conmigo, daba la vuelta a Europa. Nos conocimos unos seis años antes, en Ceilán... Por cierto, el mismo día precisamente que compré el ídolo en Monte Lavinia... Almorzábamos. Churah Sungh, elegantísimo, con su traje de príncipe de viaje y el turbante de mil colores, no lograba hacerse entender de los camareros indígenas, descompuestos y atolondrados.

— Rao Sahib — dije en urdu — ¿quiere usted un intérprete?

El se echó a reir y contestó en inglés:

— ¡Pues ya lo creo que quiero! Yo soy un pundjabi: no sé la jerga de estos salvajes del sur. Pero ¡por Júpiter! ¡Usted habla todas las lenguas!

Y quedamos amigos. Una hora después compré el Idolo. Y entonces fué él quien puso sus conocimientos a mi servicio:

— ¡Hombre! — dijo mirando el objeto — ¡hombre! ¡mi abuela!

— Su... ¿qué?

— Mi abuela, tal como suena. Kalí, la diosa de los seis brazos. Y nosotros, Raos de Saharajonpur, descendemos en línea directa de Kalí. Aunque, como puede usted ver, hemos degenerado.

Riéndose se golpeaba los hombros, de los que colgaban los brazos musculosos, pero, como es natural, dos solamente.

Era un príncipe indostánico como hay muchos: alumno de Sandhurt, oficial inglés; barnizado a la inglesa de pies a cabeza. Muy indio, sin embargo, ¡mucho! pero por dentro.

Y vamos al caso: El 2 de marzo de 1903, a las ocho de la noche, Churah y yo salíamos del hotel de la calle Paralela, de Salónica, para ir a cenar en casa del general comandante de la gendarmería internacional. Hacía dos días que estábamos en Salónica. Regresábamos de una excursión por el distrito de Mitrovitza. La revolución de los *comitadjis* estaba en su apogeo. ¡Gente mala si la hay, bandidos desalmados de los que Europa se compadecía cuando tenía tiempo de desperdiciar lágrimas!

El caso es que mis artículos, publicados en el *London Herald*, me habían valido — durante la excursión citada — una docena de cartas con amenazas y un tiro, disparado a través de un seto, y que me falló por dos pulgadas: los *comitadjis* no digerían las verdades crudas que les servía en el *London*. Después del tiro, propuse a Churah Sungh que se separara de un compañero peligroso como yo, pero él me zarandeó de lo lindo:

— ¿Por quién me toma usted, amigo? ¡Por Júpiter! ¡Creo que soy un *gentleman*!

Juraba siempre en inglés, por supuesto. Y lo cierto es que era un gentleman irreprochable, inglés, como ya he dicho, hasta los pelos, pero indio por dentro, indostánico hasta la médula de los huesos.

Aquella noche caminábamos juntos, primero por la calle Paralela, empedrada de grandes losas, luego por las callejas que escalan la ciudad alta, empedradas de guijarros puntiagudos. La noche era más obscura que un infierno, el cielo estaba encapotado y los faroles brillaban por su ausencia. Las personas que conocen Salónica y saben la clase de laberinto que es, comprenderán sin esfuerzo que al cabo de media hora de andar inútilmente y de tantear a ciegas, me perdí.

— Churah Sungh — dije, confuso — no sé dónde estamos. Lo mejor sería, quizá, subir hasta las terrazas altas y desde allí veríamos la ciudad.

— ¡Subamos, por Júpiter! Lo fastidioso es que vamos a llegar tarde a la cena.

En efecto, estaba escrito que llegaríamos tarde. Cuando embocábamos, al azar, una calleja más obscura y tortuosa que una topera, recibí por detrás un tremendo golpe en la nuca y caí tan largo como era, sin decir ¡ay! Cinco minutos después recobré el sentido y pude ver en seguida que continuaba en tierra, en el mismo sitio, pero amarrado como un Cristo. Al abrir la boca para pedir socorro, un tipo con cara bestial de búlgaro me apoyó en la garganta la punta de un

cuchillo que pinchaba de modo más que regular. Me callé.

Estaba echado sobre el costado derecho y el verdugo sentado sobre sus talones, frente a mí, así es que solo veía un hocico feroz y un cuchillo. Por cierto que no era menester ver más, pues estaba seguro de haber caído en manos de los comitadjis y no me forjaba grandes ilusiones acerca de mi suerte; los granujas me habían fallado en los caminos macedónicos, pero me tenían allí y no me soltarían fácilmente.

Pasó un cuarto de hora. Se acercaron pasos y en la hoja que seguía pinchándome el cuello se reflejó la luz de una linterna. Unas manos me cogieron y me adosaron a la pared. Lo primero que vi fué a Churah Sungh, amarrado como yo y como yo adosado a la pared. Y — libertada de pronto su naturaleza indostánica de la envoltura inglesa, como le ocurría siempre en los momentos de emoción intensa — estaba en cuclillas, separadas las rodillas y horizontales las piernas, como se pueden poner tan sólo los hombres de Asia; en cuclillas, del mismo modo que mi ídolo...

No tuve tiempo de hacer grandes reflexiones. El hombre de la linterna me alumbraba el rostro. Otro — eran unos ocho o diez — llegóse a mirarme de hito en hito. Este, menos sucio que sus acólitos, parecía también más cuidadoso del incógnito: llevaba un antifaz negro, muy ajustado, que solo dejaba ver los ojos.

Durante un minuto interminable me estuvo mirando en silencio. Luego, de repente, sacó del bolsillo dos números del *London Herald* y desplegándolos puso un dedo en mi firma.

— Usted, ¿Harold Forth? — me preguntó en mal inglés.

No contesté nada. El callar le bastó sin duda, pues refunfuñó con sorna. Otro perillán se acercó a él y le mostró a Churah Sungh. Se encogió de hombros y pronunció unas palabras que no entendí, pero el gesto que las acompañaba era claro. Por lo demás, y como suplemento de certeza, nos comunicaron la condena en inglés. El hombre enmascarado dijo, como mejor pudo:

— El comité búlgaro de Salónica los ha condenado a muerte. Van a ser ejecutados.

El cuchillo seguía pinchándome la nuez. Gritar era completamente inútil. Además, las casas que nos rodeaban, negras como tumbas y enrejadas como fortalezas, quitaban toda esperanza de socorro alguno. Dicen que la inminencia de la muerte sobreexcita las funciones cerebrales. Es muy posible. Sin embargo, en aquel momento, no pude observarlo. Al contrario, sentí una resignación estúpida e inerte. Recuerdo que tuve frío en los riñones y que pensé luego de modo vago que un inglés, que iba a ser asesinado como yo, debía dar a sus asesinos una lección de valor, muriendo desdeñosamente y erguida la frente. También pensé a intervalos y sin motivo alguno lógico, en una serie incoherente de cosas y de personas: en mi padre, que había visto morir en la cama — en la playa de Brighton — en una jugada de poker que gané la antevíspera y, no sé porqué, en el ídolo...

En el momento en que dos manos brutales me ponían de rodillas, tuve otra idea aún. Fué probablemente una reminiscencia de antiguas lecturas, pues en los libros las cosas ocurren así: volví la cabeza hacia Churah Sungh:

— Rao Sahib — dije — ¿me perdona usted de ser la causa de su muerte?

No me contestó. Le miré: no estaba desvanecido. Vi sus ojos, blancos y negros, ojos indostánicos, que refulgían en la sombra de modo extraño. Y oí que salmodiaba no sé qué rezo incomprensible en una de esas lenguas sacerdotales del norte de la India que sólo entienden los santones y los reyes de aquellas tierras.

De repente, los verdugos le cogieron. Querían matarle el primero. Le vi, en cuclillas aún, erguido el busto, igual, exactamente igual que el ídolo. Dos bandidos le sujetaban por los hombros. Otro se adelantó, cuchillo en mano. El enmascarado, que miraba, dió un paso para ver mejor...

Y entonces ocurrió una cosa misteriosa y terrible.

Los dos hombres que mantenían a Churah Sungh, lo soltaron de golpe y se llevaron las manos a la garganta, como si quisieran arrancarse una garra invisible. Al mismo tiempo gritaban, pero ya con voz ahogada y ronca y el grito doble terminó en un estertor horrible. El hombre enmascarado y el hombre del cuchillo, atacados igualmente — atacados, si así puede decirse — forcejeaban también y se ahogaban con sobresaltos. Era... sí... era como si Churh Sungh estrangulara con sus manos a los cuatro miserables. ¡Y, sin embargo, yo veía claramente sus manos, sus *dos* manos agarrotadas a lo largo de su cuerpo!...

Las cuatro caras convulsas se estiraron y luego se volvieron negras. Los cuatro cuerpos contorsionados cayeron, flácidos. Yo los vi caer — muertos. Hacía ya un buen rato que el resto de la banda había huído, aullando de miedo.

Y en el silencio sobrenatural que siguió, recuerdo haber visto casteñetear sus propios dientes.

Una hora más tarde un sereno nos desató, sanos y salvos. Como éramos amigos del general comandante de la gendarmería internacional, no se instruyó sumario: los muertos eran cuatro comitadjis conocidos que la policía buscaba.

Churah Sungh jamás dijo la menor palabra a nadie de la aventura.

Y si hoy la refiero, es porque Churah Sungh ha muerto sin descendencia; que la raza de los Raos de Saharajonpur está extinguida y que, por consiguiente, ya no existe un solo descendiente de Kali.

C L A U D E F A R R E R E

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

De Moll-Las Marianas



MOLL. — Alumnos de la Escuela N.º 19 después de la fiesta que le fué ofrecida por la directora, señora María Laura de Gabrieli, al finalizar el curso escolar.

LAS MARIANAS. — La señora Crispina Pérez de Abaunza, rodeada del personal y alumnos de la escuela que dirige, N.º 18, en la fiesta de final de curso.



SOBRE UN INSTRUMENTO BARATO!!!

desde que ponemos al alcance de todos

LEA y recuerde estas ofertas sensacionales.



DOS INSTRUMENTOS MUSICALES ARTISTICAMENTE PERFECTOS

que permitirán a cada aficionado o profesional, obtener el máximo de melodía y perfecta ejecución, aportándole a cambio del pequeño sacrificio para su ejecución, un caudal sinfín de placeres y satisfacciones.

ESTA REGIA GUITARRA VALENCIANA

que representa gran valor artístico, estando concluída con maderas extrafinas de caoba o jacarandá; con doble cenefa en los aros; tapa de abeto armónico de los Alpes, con doble filete alrededor y finas incrustraciones de nácar en la boca: la entregamos en elegante y sólido estuche con solo un desembolso de........ **$ 25** moneda nacional al contado y diez mensualidades consecutivas de **$ 12.—** cada una.

UN PRECIOSO VIOLIN TIPO DE AUTENTICO STRADIVARIUS CREMONENSIS

y de otros famosos Maestros representando real valor artístico: Lo entregamos con arco fino y regio estuche forrado en terciopelo con solo un desembolso de **$ 20** m/n al contado y diez cuotas mensuales consecutivas de ***$ 9.—*** cada una.

SOLICITE HOY MISMO EL PROSPECTO Y LA FORMULA DE SOLICITUD

Nuestras Cuerdas Armónicas

dan doble valor a los instrumentos. Pídase un encordado de ensayo para convencerse. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado con porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para guitarra

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a pesos................ **2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas de seda violeta, a.... **$ 3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a pesos.......................... **4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente.............. **$ 10.—**

Cuerdas para Violín

Encordado fino, para estudio, a pesos,.......................... 1.90

Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata, a................ **$ 2.60**

Encordado **"Concertola"** de gran concierto, 4.ª de plata, a........ **$ 3.40**

Comprando los tres encordados en una sola vez.................... **$ 7.50**



Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

De San Andrés de Giles



Asamblea de tamberos que tuvo lugar con motivo de la fundación de la Cooperativa, auspiciada por S. E. el Ministro de Agricultura de la Nación, y de la que resultó la siguiente comisión definitiva: Presidente, señor Pedro P. Saubidet; vice, señor Antonio M. Ferretto; tesorero, señor Juan Echenique; síndico, señor José Mac Donnell; secretario, señor Pedro Flores.

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA Y DE LA NATURALEZA.

Cuando en el gran templo de la naturaleza vemos el sol que se sumerge en el ocaso saludado por la última plegaria de todos los seres; cuando las primeras estrellas aparecen como miradas de ángeles que nos buscan en la tierra; cuando en los días de primavera una voluptuosidad infinita embriaga los campos, y la savia late en los troncos, y la primera hoja brota en las yemas de los árboles, y las campanillas levantan sus cálices llenas de miel entre la hierba, y las mariposas vuelan como las ilusiones de aquel amor universal; cuando en la inmensidad del mar la quilla de nuestra nave rompe las olas que hierven y la leve lona recoge el viento que brama, y a nuestros pies vemos las estelas, y las espumas, y los animales embrionarios y fosfóricos que brillan como mundos en las gotas de agua, y sobre nuestra frente el celeste abismo de lo infinito, ese otro abismo que llevamos en nuestro pecho y que se llama corazón, nos habla, con la elocuencia de sus sentimientos, de Dios; pero cuando recorremos la historia, cuando vemos que donde cae un pueblo se levanta otro, que la muerte, que tanto nos aterra, es también un principio de perfección, pues del sepulcro donde se pierden las civilizaciones nacen otras nuevas, y en el ocaso donde se apagan unas ideas brotan otras, siendo la destrucción de pueblos y de instituciones la prenda de la inmortalidad de toda la especie humana, no podemos menos de alabar a Dios y de reconocerle como eterno guía que dirige, ilumina y vivifica toda la historia. — EMILIO CASTELAR.

EL TESTIGO



LA cosa no está pa rairse!—dijo, con tono sentencioso y cierto balanceo de la cabeza el sargento de recorrida Lucas Pirueta, al poner el pie en el estribo para montar en su malacara. Y como siempre que se le daban órdenes para realizar comisiones urgentes se olvidaba de algo, agregó, dirigiéndose a uno de los milicos que aún no había montado a caballo: — A ver, vos, nariz de culata e trabuco portugués: ¡Andá de un brinco y traime los espuelines que se me han quedao en las botas coloradas que están secándose en el jogón!... ¡Movete, che!

El milico entregó las riendas de su rabón al compañero que quedaba, y con paso casi de marcha fúnebre, por lo lento y acompasado, hizo rumbo hacia donde lo mandaban.

El sargento Pirueta tenía por sobrenombre «Maíz frito», a causa de su modo de hablar atropellado y que a veces no se le entendía lo que decía; pero a este defecto unía la gracia genuinamente criolla para salpicar su conversación y hasta sus órdenes con apodos y salidas que provocaban la carcajada franca de sus subalternos. Por lo demás, Pirueta era un tipo veterano en achaques policiacos y sabía eludir prudentemente el bulto y evitar el compromiso de una «de a pie», dando un largo rodeo antes de presentarse a imponer su autoridad en el lugar donde era requerido con urgencia. Pero, eso sí, dejándole hablar, sus actividades peligrosas no tenían límite y sus hombradas se podían contar por ristras...

LA tardanza del enviado llama la atención de «Maíz frito». Sin embargo, no se enoja, porque entra en sus planes demorar cuanto le sea posible el cumplimiento de la orden superior relativa a la aprehensión del presunto autor de un hecho sangriento ocurrido la noche anterior en el suburbio de la ciudad. Y como se trata de habérselas con un malevo de renombre, Pirueta siente que ciertos escrúpulos y recelos le asaltan con la violenta agresividad de una real «batata».

Echa pie a tierra porque ve que regresa el que fué a traer los espolines.

— Aquí están — dice el milico, entregándole un pequeño paquete.

— ¿Y pa qué te apuraste en dar la güelta? — exclama Pirueta con sonrisa irónica. Y desenvolviendo el paquete saca dos escarpines húmedos y bastante deteriorados. — ¡Pucha que sos mulita! — dice mirando con lástima al milico. — Te dije clarito los espuelines y te me venís con estas medias más jediondas que pito de barrendero municipal, y que tampoco son de propiedá del infrascrito.

II

CUANDO «Maíz frito» y sus dos milicos, previo el consiguiente rodeo, llegaron a la casa en que se decía hallarse el individuo que tenían orden de conducir a la jefatura de policía, sólo pudo comprobar la ausencia y la falta de noticias sobre su paradero. En cambio, y para no volver sin alguna demostración de su diligencia, condujo a un vecino que se permitió hacer comentarios risueños respecto a la cachaza y la falta de vigilancia de las autoridades encargadas de cuidar de la vida e intereses de la población. Y a pesar de las disculpas y protestas del buen hombre, Pirueta lo entregó a la superioridad para las averiguaciones pertinentes.

Entretanto, y por procedimiento análogo, cayeron a la jaula dos o tres sujetos más, cuyos antecedentes no muy claros eran el mejor fundamento para cometer una arbitrariedad en obsequio a la vindicta pública, tan celosa y exigente siempre que se trate de colocar en la picota al prójimo más inofensivo y pacífico.

El sumario policial fué rápido, y juntamente con el cuerpo del delito (una cuchara de albañil) se elevó al Juzgado del Crimen, «con la nota de estilo», según informaba un órgano de la prensa local.

III

LA ambulancia policial tuvo ese día que hacer tres viajes al Juzgado del Crimen, porque hallándose incomunicados (presuncionalmente) los tres individuos detenidos para esclarecer el hecho, no era prudente que se les condujera juntos, encerrados en el mismo vehículo a prestar declaración, con riesgo de que, si efectivamente eran culpables, se pusieran de acuerdo en negar su participación en el crimen.

Hay que manifestar sinceramente que también entre los funcionarios de las policías de todas partes suele haber algunos talentos...

Cuando la ambulancia regresó al Departamento llevando al segundo preso, tocóle el turno al vecino que «Maíz frito» había conducido con la misma facilidad que a un cordero a los tientos y sin hallar la resistencia que el verdadero culpable le habría presentado.

El juez se hallaba instalado, con la solemnidad de estos casos, en su butaca; impasible como una esfinge, grave como una peritonitis, silencioso como un pavo al horno. Parecía hasta que su actitud característica de imperturbable seriedad en ese momento se había triplicado. Sin embargo, para un observador, este exceso protocolar de «su señoría» se debía a una causa muy sencilla: el estreno del traje de eterna levita color aceituna brasileña que empaquetaba su esférica persona, y cuyos faldones se abrían coquetamente abanicándole las posaderas cuando abandonaba el juzgado para dirigirse con paso elástico a su domicilio. Retacón y desgarbado, al verle en la calle cualquiera le tomaba por un feliz empresario de construcciones por licitación.

HAGA pasar al testigo — ordenó el juez al secretario. Un hombre de edad provecta entró acompañado de un vigilante que luego se situó haciendo centinela fuera de la sala.

El secretario dió comienzo a su tarea, mientras el juez iniciaba el interrogatorio con las preguntas de estilo: nombre, edad, nacionalidad, religión, oficio, etc., etc., pero al interrogar sobre «si sabía leer y escribir», el testigo contestó:

— No sé leer, pero sé escribir.

Su señoría se movió dentro de su levita y creyendo haber oído mal, repitió la pregunta. El testigo a su vez también repitió lo dicho.

— No sé leer, pero sé escribir.

El secretario frunció las cejas. El juez compuso el pecho filosóficamente y prosiguió el interrogatorio hasta que después de la lectura se invitó al testigo a que firmara su declaración.

El hombre tomó la lapicera, mojóla en el tintero, después se pasó la pluma por el cabello, volviendo a soparla en la tinta, hasta que al fin hizo un gran garabato ilegible al pie del acta.

— ¿Y esto qué es? — preguntóle el juez con tono severo.

— Es mi firma, señor...

— A ver: ¿qué dice aquí en este garabato?

— Usía sabrá...

— ¡Cómo es eso!... ¡Diga lo que ha puesto aquí!... ¡Léalo!

—Pero, ¿no le declaré ya que no sé leer? — contestó sonriendo el viejo criollo.

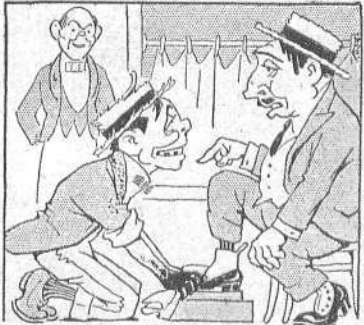
JUAN CRUZ MIGUEZ

SARRASQUETA ESCRIBE A SU PRIMO



Sarrasqueta escribe a su primo, que está en Europa, dándole noticias de su vida.

«Querido primo: mi suerte ha mejorado y ahora estoy muy bien; vivo con gran lujo y confort...»



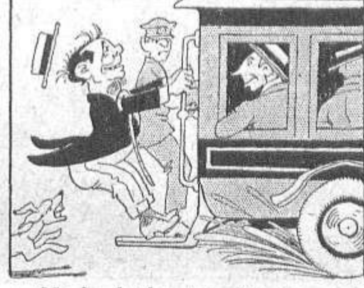
«Gozo de un descansado empleo, pues se trabaja sentado, que produce mucha plata sin necesidad de ensuciarse las manos, porque yo soy limpio y honrado.»



«Paseo muy paquete, luciendo mi elegancia y causando la admiración de las damas, por la calle Florida y demás sitios de moda. El otro día di el golpe en el Paseo de Julio.»



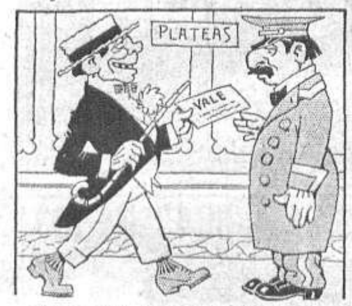
«Como, en los más caros y lujosos restaurantes, los platos más finos y exquisitos, desde el mondongo a la italiana hasta los porotos a la sombra del jamón.»



«Me he hecho tan cómodo, que jamás camino a pie; siempre lo hago en un poderoso auto, atropellando a los desgraciados peatones.



«Para viajes tranquilos, paseo en elegante victoria, arrastrada por dos briosos corceles de pura sangre intoxicada.



«De noche frecuento los teatros, donde soy ya muy conocido. Algunos no me conocen bien, pues creen soy portugués, sabiendo todos que soy criollo puro.



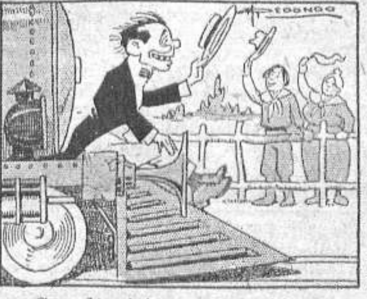
«En cuestión de conquistas, dejo chico a Don Juan Tenorio. No sólo las Ineses sino hasta las Brígidas, se rinden a mis abrasadoras e irresistibles miradas.»



«A la salida del teatro tomo chocolate con masitas en la más chic de las chocolaterías, alternando con la más selecta concurrencia.»



«Desde allí me traslado al Club del que soy punto fijo y socio honorario para tirar los pesos que me sobran en el distinguido y noble juego de la morra.



«Cuando viajo en tren, tiene que ser en la clase de primera de lujo especial, y no estoy satisfecho si no voy por delante de todos.



«Por último, mi patrona me dijo «Andá bañate», y aquí estoy, en este lujoso balneario cuyas saludables aguas son sulfuroso-epilépticas bicarbonatadas al bromuro y radiotelefónicas.»

De Puerto Belgrano

Plana mayor del Hospital Naval de la base de Puerto Belgrano y conscriptos de la clase 1901 últimamente licenciados.

NOTAS SOCIALES

Han pasado los Reyes Magos... La leyenda maravillosa ha de revivir siempre, merced a la luz inextinguible del ensueño, al ferviente anhelo de la ilusión humana... Los Reyes han pasado derramando sus dones, y si vimos elevarse hacia el espacio infinito los ojazos llenos de luz de los niños ávidos de distinguir el cortejo deslumbrante que bajaba a la tierra desde las alturas, más de una de nosotras ha de haber querido percibir también en la serenidad augusta del espacio, un destello de luz nueva, que pudiera iluminar intensamente el resto del camino de su vida: que pudiera caldear el corazón, elevar la inteligencia de estas pobres ignorantes criaturas humanas que vivimos ávidas de progreso, de esperanza, de serena alegría...

Felizmente, para contento y satisfacción nuestra, los niños han tenido su parte de ilusión y de placer: para ellos fueron pródigos los Reyes, y la previsora bondad de los pudientes, quiso que disfrutaran de esas alegrías, los pobrecitos que carecen durante el año entero del halago de un juguete, de una golosina. Sin embargo, en la crónica de esta ciudad del ruido, que sabe ser pródiga y generosa, no se ha anotado aún una manera nueva de celebrar la fiesta tradicional de los Reyes Magos... Refiere la crónica que ha llegado casualmente hasta mi mesa de trabajo, que a orillas del Pacífico, en una de aquellas ciudades mineras de leyenda, las damas chilenas pertenecientes a familias favorecidas por la fortuna, han querido asociar a los hijos de los humildes a la fiesta íntima del hogar, a la fiesta en que se elige al Rey de la Mesa, en medio de ruidosa algazara... Y si es dar prueba de amplia y generosa confraternidad, el vestir los árboles de Nochebuena con mil brillantes chucherías, para lo pichoncitos sin nido, recogidos en los asilos, para los enfermitos de los hospitales, me parece una iniciativa encantadora el que la dama pudiente invite a su mesa a los niños más pobres de su barrio, haciéndoles festejar al lado de sus hijos, el día en que revive la leyenda maravillosa de los Reyes Magos. ¡Sus ojazos muy abiertos habrán admirado por vez primera la mesa resplandeciente, y hasta tal vez algunos de ellos podrá alcanzar la dicha de recibir el dije oculto en la dorada torta!

Por largos meses les acompañará la visión luminosa de aquel instante en que sintieron calor de nido, en que disfrutaron de las ventajas de la vida; y la visión inolvidable ha de estimular su actividad, su inteligencia, y hasta los más sanos sentimientos del corazón, para forjarse un destino mejor, animados por la confianza que floreció prodigiosamente al calor de un hogar que les ofreciera hospitalidad amplia y cariñosa.

Han pasado, pues, los Reyes Magos, derramando sus dones sobre estas pobres criaturas humanas, ávidas de ilusión y de alegría. Guardaban sus cofres maravillosos, joyas, perfumes, ensueños... y en la estela de luz que dejaron a su paso, floreció, al decir de las gentes indiscretas, más de un nuevo idilio sentimental.

Así se cuenta el romance de una encantadora figura juvenil, que lleva nombre compuesto, siendo uno de ellos el que inmortalizó la seductora princesa, hija de Herodías... Sin embargo, los suyos, como sus amigas íntimas, acostumbran llamarle por un cariñoso y suave diminutivo del primero de sus nombres; su apellido ha sido ilustrado por el jefe de su hogar, personalidad eminente en la ciencia argentina. La belleza morena de la encantadora jovencita recuerda el tipo morisco, a pesar de los reflejos tan dorados de la obscura cabellera; su voz posee un timbre extrañamente fascinador cuando modula las palabras o cuando canta con singular expresión... El hecho es que ha sabido subyugar al acaudalado y simpático joven, cuyo nombre referente a una poderosa empresa naviera, pero cuyas aficiones se cifran en manejar audazmente el auto descubierto que devora la distancia desde las Avenidas de Palermo hasta la vieja quinta criolla rumbo al Sur, residencia de verano de la familia de *ella*...

Después, se insinúa que parece muy inclinada a dejarse convencer por el perseverante admirador una interesantísima figura de porteña que lleva también un nombre hebreo, substituído por un breve y extraño apodo: de ojos claros y cabellera casi obscura, encarna su tipo señalada personalidad. Alegre y dispuesta siempre para toda diversión mundana... la constancia de un cariño sincero, suele conmover al as más irreductible... y el sentimiento que se creía sólo amistad firme y leal, se transforma casi sin transición...

¿Encerraron, tal vez, los primorosos cofres de los Reyes Magos algún hechizo poderoso? El hecho es que el joven hacendado que lleva el romántico y castizo nombre de los Infantes de Aragón y un apellido compuesto, ilustre en la historia nuestra por las armas, el talento y la erudición, vive también horas intensas de ensueño y de ilusión: los Reyes Magos han pasado, derramando sus dones...

La dama duende.

Buenos Aires, Enero 8/924.

SRA. NIEVES POURTALÉ DE NORRIÉ



Cuyo trágico fin acaecido en circunstancias conocidas, ha consternado a nuestra sociedad donde era tan estimada por sus virtudes.

PARFUMERIE

L· T· PIVER

PARIS

POLVOS





POMPEÏA



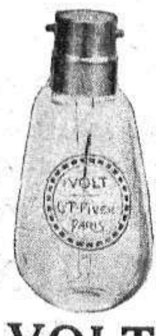
AZUREA

Ultimas Creaciones en

Polvos, Lociones y Extractos.



MISMELIS



VOLT



ESMÉ

PERFUMES SUAVES Y PERSISTENTES


RUIZ
Ruiz
Jerez
UNICO AGENTE
LUIS DUFAUR

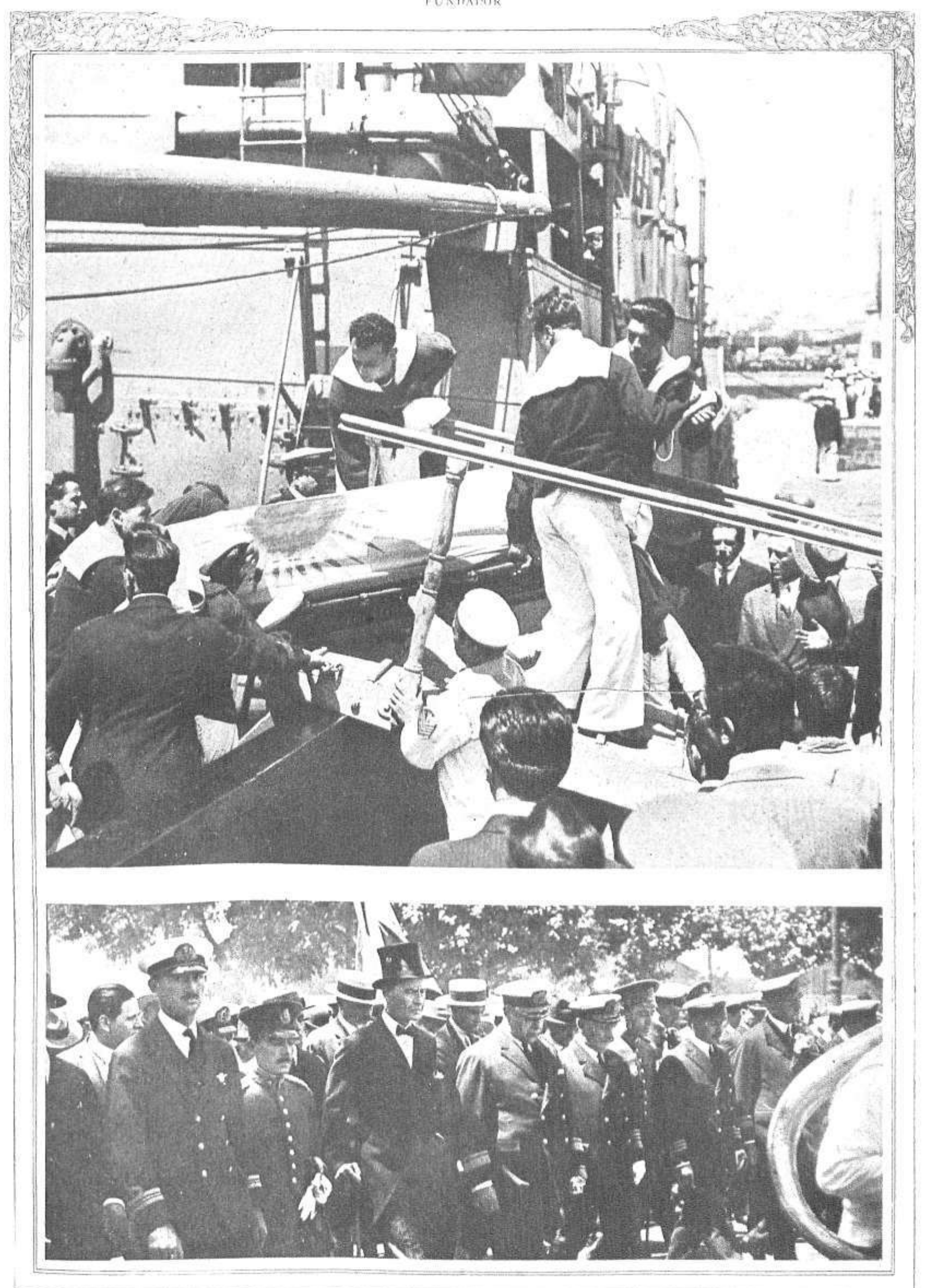
BUENOS AIRES, 19 DE ENERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1320

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Llegada de los restos del teniente de fragata Esteban Zanni

Momentos en que el ataúd con los restos del infortunado aviador, muerto trágicamente en Italia, fué desembarcado del "América", acto impresionante que fué presenciado por miembros del Gobierno, representantes diplomáticos, delegaciones de nuestros principales Círculos, destacado elemento militar y un gran gentío, que se congregó en la Dársena Norte para asociarse al significativo homenaje póstumo. — El Ministro de Italia, el Ministro de Marina, el jefe del Estado Mayor de la Armada, marinos de alta graduación y personas de la familia en [illegible] a su última morada.

EN EL

CLUB ATLETICO SAN ISIDRO

HERMOSA FIESTA INAUGURAL DE LA TEMPORADA

Señoritas de Aizpuru, Pacel y Boggio.



Familias de los doctores Fuentes y Noceti.



Un grupo de conocidas asociadas.



Señoritas y jóvenes sentados alrededor de la pista de patinaje donde se realizó el baile.



Señoritas Cartwright, Ortner y señora Montaner, que asistieron a la fiesta.



Señoritas Ramos, Jaeschke, Vélez, Lamberti y Uriburu, otras de las distinguidas familias de la sociedad que dieron realce a la brillante reunión con que abrió su temporada estival el prestigioso Club.

ENLACES

Señorita Sara Espora Rocca con el teniente Dardo Rivas Augé, en la residencia de la novia.



Señorita Mercedes Cazenave Matte con el señor Alberto A. Maciel Rua, en la Basílica de San Francisco.

Señorita Haydée de Pablo Pardo con el doctor Ernesto E. Casadó, en la Basílica de Nuestra Señora de la Merced.

LAS CLÁSICAS REUNIONES EN

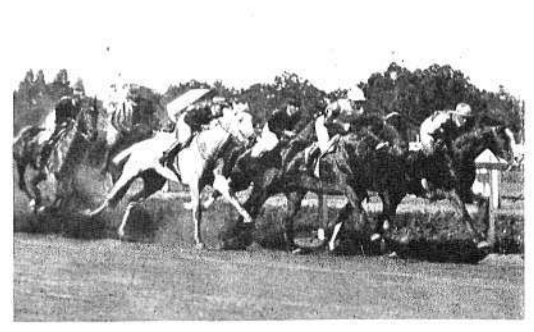
EL GRAN PREMIO JOSÉ

Distinguidas familias de la sociedad uruguaya en la tribuna oficial, comentando el resultado del clásico. El esplendor alcanzado este año por este acontecimiento hípico no ha tenido precedentes en las anteriores temporadas

Un grupo de conocidas señoritas asomadas a uno de los palcos de la tribuna de socios desde el cual siguieron las incidencias a que dieron lugar las lucidas carreras.

EL HIPÓDROMO DE MAROÑAS

PEDRO RAMÍREZ



Los competidores en el primer codo: Carlos Alberto a la cabeza, seguido por Mameluke, Sisley, Stayer, Juventas y Pincel.

Sisley, vence por un pescuezo a Stayer II tras una encarnizada lucha, marcando en recorrer los 2.800 metros el tiempo de 2'55" 3 5.



El Presidente de la República contesta a las aclamaciones que se le prodigan después de haberse corrido en el Hipódromo el importante premio.

La multitud aclamando con entusiasmo al bravo hijo de Flores, montado por B. Gómez, al regresar al pesaje.

Temporada en Mar del Plata

LAS PRIMERAS SILUETAS DE VERANEANTES


Señoritas de Villamil.


Señoritas de Elizalde y Arias.


Señoritas de Mac Donald.


Señor Leslie y señora.


Señoritas de Parada y señor Alemán Suárez.


Señor Deane y señora Nelson de Deane


Señoritas Elisa Aguiar y Sara Bella


Señoritas de Mac Donald.


Niña Felisa Arias Herrera Vegas y señorita Leonor Arias.

VITTONE-POMAR EN MEJICO

LA COMPAÑIA TEATRAL ARGENTINA OBTIENE UN FRANCO EXITO EN LA CAPITAL AZTECA



Un charro mejicano y una "china" argentina estrechándose la mano en la lucida fiesta organizada en honor de un grupo de los primeros

Una escena de "El último gaucho", la obra argentina estrenada con muchísima aceptación por los artistas de esa compañía

Tumbando un novillo para ponerle un "pretal" y "jinetearlo", faena en que se distinguió el "che" Gallardo del celebrado conjunto artístico.

Gauchos argentinos y charros, típicamente ataviados, fraternizando en una exhibición en que, por ambas partes, se derrocharon cortesías, majezas y habilidades ante numero[illegible]

Dos "chinas": una del Sur y otra del Centro de América, hermanas en espíritu y en simpatías y las dos muy expresivas.

La catástrofe del Gleno

NOTA GRÁFICA DEL DESMORONAMIENTO DEL DIQUE CUYAS AGUAS ARRASARON LA REGIÓN



El poeta Gabriel D'Annunzio visitando el lugar donde ocurrió la catástrofe motivada por el desmoronamiento del dique, que desbordó las aguas del lago sobre la población de Darfo y otras.

INTENSA impresión ha causado en todo el mundo la desgracia que afligió a Italia, que tan rudamente se vió castigada por la fatalidad al precipitarse sobre una de sus ricas comarcas cerca de 90.000.000 de metros cúbicos de agua contenidos en el lago de Gleno, teniendo que lamentarse la pérdida de numerosas familias, lo que dió lugar a desgarradoras escenas, y casi 200 millones de liras por los daños causados. El monarca y los miembros de su gobierno recorrieron las regiones inundadas y prestaron su valiosísimo concurso en las obras de salvamento.



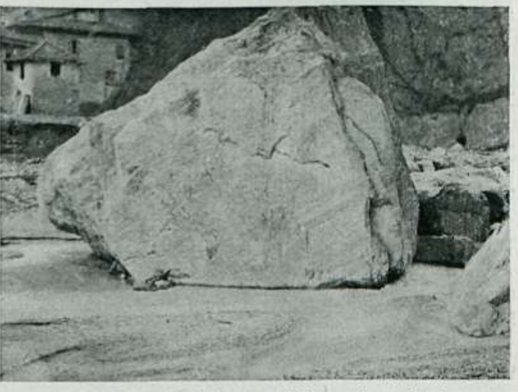
Restos de una usina eléctrica destruída por el tremendo desastre del Valle de Dezzo en que perecieron más de 500 personas.



El rey Víctor Manuel III y su comitiva contemplando, en uno de los sitios devastados, la rotura de un enorme trozo del muro de contención del gran lago artificial.



Peñascos arrancados y arrastrados por la inundación que destruyeron los caseríos del Valle de Dezzo.



Grandísimos bloques de piedra empujados por la corriente y arrolladores como cañonazos, que causaron terribles destrozos.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



Figuras de actualidad.

Profesor Martín Doello Jurado

Director del Museo de Historia Natural,

por Alonso

Activo investigador, naturalista de reconocida capacidad, cuyos trabajos han merecido siempre justos elogios, y entusiasta cultor de las riquezas paleontológicas de nuestro suelo, su designación es el reconocimiento de una vasta y amplia labor.



PRECIOSO VESTIDO DE VERANO CON FRUNCIDOS EN UN COSTADO Y EN LOS BAJOS.

NOVEDOSA «TOILETTE» DE NOCHE, EN «MOIRÉ NOIR», DE GRAN ATRACTIVO Y SENCILLEZ.

ORIGINAL MODELO BLANCO DE ELEGANTE CONFECCIÓN, CON LAZO DELANTERO DE LA MISMA TELA.

ALBO Y VAPOROSO TRAJE ESTIVAL, SIN MANGAS, DE ARTÍSTICA Y COMPLICADA FALDA.



HOMBRES CÉLEBRES

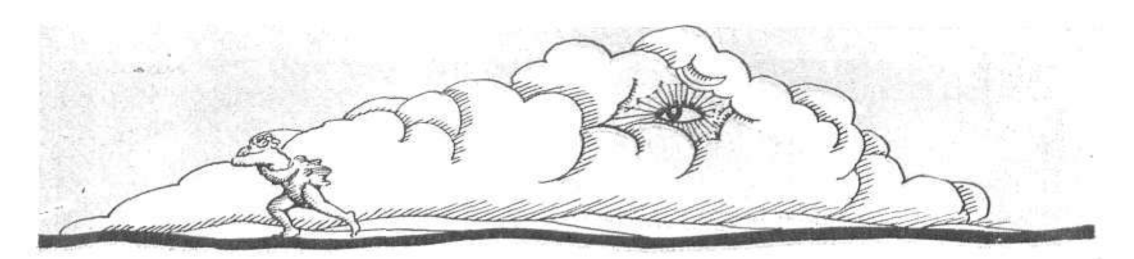
CAIN

Hijo primogénito de Adán y Eva, fué el primer niño del mundo, según la Biblia. Al nacer Caín dijo Eva: «He adquirido un hombre por Dios». Cuando nació Abel, segundo pibe, Eva no dijo nada.

Caín dedicóse a la agricultura, como su padre Adán, quien desterrado del Paraíso, labró la tierra para comer «el pan con el sudor de su frente». Abel se hizo pastor de ovejas.

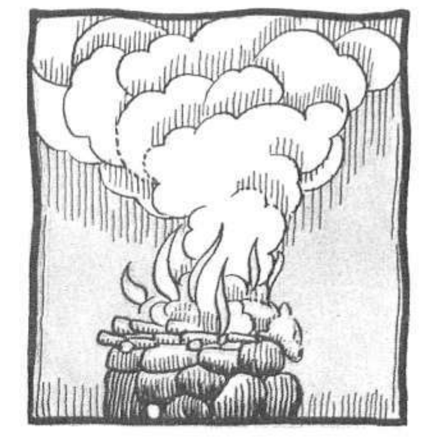
Un día Caín para agradar al Señor ofrecióle, como presentes o regalos, frutos de los que cosechaba. Abel también ofreció a Dios una cantidad de los primogénitos del ganado y las grosuras de estos animales. Dice la Biblia que el Señor miró los presentes de Abel y no los de Caín. El hermano mayor se puso envidioso y colérico. Entonces el Señor le preguntó porqué estaba así, añadiendo: ¿No es cierto que si bien hicieras serás recompensado; y si hicieras mal estarás luego a las puertas del pecado?»

Caín no entendió la advertencia divina, e hipó-



critamente le dijo a su hermanito: Abel, ¿querés que vamos un ratito al campo? Y en medio del campo lo asesinó.

«Y dijo el Señor a Caín: ¿En dónde está tu hermano Abel?» El respondió: —No lo sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano? Y díjole: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca y recibió de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando la labrares no te dará sus frutos; vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra.» Y dijo Caín al Señor: «Mi iniquidad es muy grande para merecer el perdón. He aqu que me echas hoy de la haz de la tierra, y me esconderé de tu presencia, y seré vagamundo y fugitivo en la tierra; por lo que todo el que me hallase me matará.» Y díjole el Señor: «No será así; antes bien, todo el que matare a Caín siete veces será castigado. Y puso el Señor a Caín una señal para que no lo matase todo el que lo hallase.»



Así fué. Caín vivió errante y fugitivo en las comarcas que había al Oriente del Edén o Paraíso. Como aun no se supo dónde caía el Edén, no puedo, niño curioso, decirte la longitud y latitud de aquellos pagos, que se llamaban el país de Nod. Siguió labrando la tierra y tuvo un hijo llamado Enoch. Después fundó la primera ciudad a la que puso por nombre Enoch, en honor de su primogénito. También fué padre de Irad, Maviael, Matusael y Lamech.

Este Lamech es el inventor de la bigamia legal, porque se casó con dos mujeres, Ada y Sella. Ada tuvo a Zabel y Zubal; Sella a Tubalcaín. A Zabel, cuyo nombre recuerda al de su tío abuelo Abel, se le considera como padre de todos los hombres dedicados al pastoreo y habitantes de carpas. Zubal se le tiene por progenitor de todos los citaristas y organistas, es decir, de los músicos. De Tubalcaín, cuyo apelativo trae a la memoria el de su abuelo Caín, descienden todos los herreros y forjadores del cobre.



La Biblia no dice cómo murió Caín. Solamente vuelve a ocuparse de él cuando se producen las palabras misteriosas que un día dijo Lamech a sus dos cónyuges: «Y dijo Lamech a sus mujeres Ada y Sella: Oid mi voz, mujeres de Lamech, escuchad mi dicho: yo he muerto a un hombre por mi herida y a un mancebo por mi golpe. Siete veces será vengado Caín, más Lamech setenta veces siete.»

Una tradición hebrea explica estas frases afirmando que Lamech salió de cacería acompañado de un muchacho. Este al ver que los altos yuyos se movían denunciando el paso de un cuerpo, creyó que se trataba de un animal. Así se lo dijo a Lamech y éste disparó una flecha contra el bulto. El presunto animal era Caín que de esta manera pagó su fratricidio con la muerte. Lamech lleno de rabia mató entonces de un cachiporrazo al inocente mancebo.

Hay personas que ven en toda la historia de Caín un sentido oculto, y por eso la han explicado de distintas maneras.

Adán fué recolector en el Paraíso y agricultor cuando lo echaron de aquel envidiable y cómodo hogar. La dentadura del hombre hállase construída para triturar y masticar vegetales. Antes de cazar animalitos, criarlos y comérselos, obligado por la esterilidad de la tierra o la reclusión forzosa en cuevas y habitaciones, observó cómo las semillas se reproducían. Imitando a la naturaleza sembró frutos. Pero el de agricultor es un oficio penoso y lleno de angustias y pérdidas. Las inundaciones, el granizo, los parásitos, las aves y otras cosas amenazan y destruyen la paciente obra del labrador. El inventor del pastoreo y de la cocina carnívora, Abel, aunque otra cosa digan los hacendados y ganaderos criollos; trabajaba menos y con menor peligro. Así que el Señor miró, es decir, acrecentó los ganados de Abel, y le dió malas cosechas a Caín. Caín es todo un pueblo de agricultores en lucha con Abel, otro pueblo de pastores. La agricultura venció en la primera de las guerras a la ganadería y fundó la primera ciudad.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



LA NEURÓTICA

— Si yo fuera supersticiosa — dijo ella — tendría ahora mucho miedo.

— ¿Miedo de qué? ¿No estamos aquí, al borde de este gran peñasco, y no somos jóvenes y felices?

Se aupó de donde estaba tendido y se acercó a ella con tierna solicitud.

—¡Oh, sí!

— ¿No somos uno, dos en uno, Enid?

— ¡Ay, sí, querido!

Se miraron en el fondo de los ojos, profunda y dulcemente; luego, dándose la mano, dieron algunos pasos por entre las rocas que bordeaban aquel trozo de mar, mientras las olas se estrellaban en incesante vaivén, levantando montañas de espuma.

Un aire tonificante, cargado de sales marinas, oreaba aquel rústico paraje.

— No hay que temer a la marejada. No hay razón alguna para que abriguemos miedo en día como éste.

Sonrió ella melancólicamente.

— Sí, por eso; todo está sosegado.

— Precisamente, y no te comprendo muy bien. Explícame lo que quieras, querida.

— Eres un niño — murmuró ella burlándose mimosa. — No me hagas mucho caso, Dick. Ya sabes: mi vida, hasta ahora, no ha sido muy feliz que digamos.

— Lo sé, pero yo estoy dispuesto a hacerte feliz para siempre.

Enid asintió con un gracioso gesto afirmativo.

— ¡Oh, sí! Lo pasado, pasado. Estaba mirando, pensando frente a este hermoso mar verde y murmurador, y pensaba...

— ¿En nuestra noche de bodas... el último jueves?

— Sí; en nuestra dulce luna de miel; y todo es tan dichoso en torno nuestro, todo tan bello y apacible que, a veces, tengo miedo, por espacio de un minuto nada más... tengo miedo de tanta felicidad.

El hombre se acercó más a su compañera.

— ¡Pobrecita paloma mía, tan sensitiva!

— Porque te quiero, te quiero y te quiero.

— Oye: ¿no divisas aquél hombre que parece un muñeco encima de aquella roca saliente?

Miró ella en la dirección señalada y se dió cuenta de que un ser humano, desde el pico de un peñasco, se entretenía en contemplar la movible sábana inmensa de las aguas.

— Lo reconozco a pesar de la distancia. Es aquél hombre que se hallaba en el «hall» del hotel esta mañana. ¿No recuerdas? Por cierto que tiene una cara muy parecida a un perro danés.

— No me acuerdo de ese detalle, pero me asombra cómo puedes particularizarlo desde aquí.

Rióse ella, orgullosa de su magnífica vista.

— Por las piernas, tonto. Lleva unas polainas de paño *inconfundibles. Fíjate* bien.

— No logro distinguírselas. Veo un bulto y nada más.

— ¡Ah! Es que estás medio adormilado.

Ambos disfrutaban plácidamente del espléndido paisaje a orillas del mar.

— Puede ser, querida. Me encuentro tan bien y es tan delicioso este clima, que estoy como aletargado. Sin embargo, no duermo; estoy pensando.

— ¿En qué? — preguntó ella con curiosa seriedad.

— ¡Bah! En tía Luisa, por supuesto. Dame tu mano. ¡Diablo! No hay un ser viviente en una milla a la redonda. Bueno; el amigo del peñasco no podrá vernos; yo me inclino a creer que no existe, que es un producto de tu vívida imaginación; y, después de todo, ¿no eres mi esposa? Enid, ¿qué me has prometido el otro día? ¿Por qué me sorprendes y me apenas con tus cosas?

Con un ademán soñador le tendió ella sus manos, que él estrechó con efusión. De nuevo se sentaron. Enid paseó su mirada por el mar, por el cielo y por las rocas; sus íntimos pensamientos, en nervioso trémolo, volvieron a encauzarse hacia la tragedia. Musitó con voz insinuante:

— Dick; suponte que aquel hombre — el de la roca saliente — cayera al agua. ¿Podrías salvarlo?

— Claro que lo salvaría, pero no lo deseo.

— Acaso no te fuera posible nadar en tal despeñadero, porque...

— Me avergonzaría de no poder — dijo él animosamente. — Podría. Pero no va a caer, pierde cuidado. ¿Para qué te figuras tan trágicas escenas?

— Yo no podría nadar allí y casi me alegro de que tú tampoco.

— Enid; te estás volviendo morbosa.

Hizo un mohín de contricción la mujer.

— Lo sé y lo siento mucho.

— Así lo creo, querida.

— Pero no, Dick; ahora no me siento morbosa, como tú dices; sólo me siento interesada por lo que acontecería. ¿Crees que obrarías bien? No, no debieras salvarlo... dejándome a mí.

Calló, sin terminar su pensamiento.

— No, no estaría bien; sería un suicidio — agregó.

Dick se despojó del sombrero y alzó sus azules ojos hasta los de ella, tornándose muy serio.

— Tú me dejarías obrar, eso es todo — dijo él simplemente.

Ella lo envolvió en una mirada apasionada e intensa.

— ¿Por qué? ¡Ah! ¡Y pretendes amarme como yo te amo! Amame, ámame como yo te amo; es todo lo que debes hacer, querido mío. No hagas de mi vida una insufrible tragedia, pretendiendo matarme por cumplir con un convencional deber instintivo, porque no eres lo bastante bravo — lo bastante bravo en tu amor hacia mí — para ponerte a salvo de un trance difícil en que peligre tu vida, que es mía, no importa lo que pensara el resto del mundo. Además, probablemente la vida de ese hombre no vale nada, pero aunque lo valiera por su esposa y sus hijos, resultaría igual en este caso, no debes salvarlo... *tú sabes* que no podrías nadar entre las rocas. ¡Y entonces mi abandono sería horroroso!

Quebróse su voz en lánguido desmayo. Dick, mostrando una secreta angustia en su juvenil y despejada faz, rodeó su talle con sus brazos.

— Querida, querida mía. Me apenas con tus cosas — le susurró procurando calmarla. — Vaya, no veas visiones ni te mortifiques. ¿Te sientes mejor ahora?

Enid sonrió entre suspirante y llorosa.

— ¡Pobre Dick mío! — balbuceó arrepentida. — No sé lo que me pasa esta mañana. ¿Por qué no me acaricias?

— ¡Ah, mi pequeña y delicada tórtola! Así y así... ¿Te sientes mucho mejor?

— Sí, pero — insistió ella abrazándole con pasión: — ¿lo harías?

— ¿Haría el qué?

— ¡Oh! No me mires tan severamente. Nada más quiero saber si lo salvarías.

— Sí. — contestó el hombre con sequedad.

Suspiró Enid sin decir una palabra. Dick, pretendiendo que se le explicara lo inexplicable, añadió:

— Entiéndeme, tontita. ¿Qué otro remedio me quedaría? ¿Quisieras que me tildara todo el mundo de bestia cobarde y egoísta?

— ¡Ay, no, queridísimo! Yo quiero que seas lo que eres: el más bravo y generoso hombre del mundo — exclamó ella con entusiasmo.

— Entonces, ya ves, ¡oh ilógica chiquilla! ¿Tengo razón?

— Yo soy la que digo tonterías, perdóname.

Dick, ya tranquilizado, se desvió algunos metros para tumbarse en un lugar favorito.

— Que nada nuble nuestra dicha. Estamos en el mejor de los mundos, querida mía — dijo recobrando sus habituales buenos ánimos.

Contestóle ella, recitando con dulzura:

«Dios está en los Cielos y la Tierra está en paz».

— ¿De quién es ese pensamiento? ¿Shakespeare?

— No. Browning.

— ¡Oh! Nunca creí que Browning escribiera cosa tan simple y tan fácil de comprender.

Enid contempló con visible ternura a su marido.

Durante algunos minutos, en pleno silencio, ambos parecían sumirse en la quieta majestad de la naturaleza. Los ojos de ella, como obsesionados, miraban hacia la roca saliente sobre la cual una figurilla humana se movía, inclinándose sobre el mar.

— Parece una mancha negra en medio de la tersura matinal — pensó a media voz.

— ¿Rezas acaso, corazoncito? — preguntó Dick.

— No, me parece que me voy a dormir componiendo un soneto.

— Admirable, *darling*.

Y mientras, a escasos cuatro metros de distancia, el hombre se adormecía arrullado por la suave brisa, la mujer, también adormilada, irresistiblemente, a intervalos, levantaba su vista para dirigirla, con gesto nervioso, al punto movible de la roca saliente. Vió un tenue hilo obscuro que se desprendía sobre la supuesta cabeza del hombre. Indudablemente acababa de encender su pipa. Luego la figurilla anduvo en dirección contraria al mar, como ya dispuesta a retirarse de su observatorio. Pero, de repente, otro brusco movimiento y el bultito de nuevo desandaba lo andado, aproximándose a la orilla. Parecía achicarse, redondearse, como en busca de algo que sin duda se le olvidara. Enid, semejante a una persona bajo la directa influencia de un magnetizador, estiraba el cuello ansiosa sin perder detalle de lo que ocurría en la lejana y minúscula escena. La figurilla, situada en el preciso borde del peñasco, deslizóse... cayó, desapareció por la cortante. La ansiedad de Enid llegó al paroxismo, a la extrema enfermedad nerviosa.

Conteniendo el aliento, la mujer pudo ahogar cuantos gritos pugnaban por salir rajantes de su garganta, temiendo despertar a Dick.

Un alarido agudo hirió sus oídos como la hoja de un puñal, alarido de muerte y desesperación inconfundible. Eso fué todo. Menos de un minuto duró la tragedia presentida.

Rígida, muda y lívida, miró a Dick, que permanecía tumbado e inmóvil, sin duda en el mundo de lo inconsciente. Se alegró en el alma. Un desfallecimiento, una flojedad le invadió el organismo; sintióse laxa, fría. Después de la enorme tensión de sus nervios, el cansancio y la debilidad eran su consecuencia natural. Nublósele la vista, y por espacio de no se sabe cuántos minutos permaneció como aletargada.

Cuando de nuevo recobró su conciencia, todavía atónita, tardó en recordar, en comprender. Incorpórose sobre el césped, ladeó su cabecita para darse cuenta de la vecindad de su marido; pero, con desagradable sorpresa, observó que éste había desaparecido de su sitio.

Paseó inquieta su mirada alrededor del agreste paraje y se levantó, dando algunos pasos de roca en roca mientras lo llamaba con fuerzas:

— ¡Dick! ¡Dick!

Sonó la voz varonil en respuesta, y en seguida la figura del joven emergió de uno de los abruptos ángulos rocosos.

— Aquí estoy, querida; allá voy, no te apures. Estabas durmiendo y te abandoné unos momentos para visitar esta parte de la orilla. ¿Te ocurre algo? ¿Has tenido una pesadilla? — añadió mientras pálido y como fatigado se llegaba a ella y le tomaba las manos.

— ¡Sí, sí, querido! ¡Oh! ¡Un terrible sueño! No me abandones, no me dejes sola. Vamos, vámonos al hotel ahora mismo. Ayúdame a caminar, bien mío.



Los vecinos de Fordinbam deploraban sinceramente que la joven señora Penrose sufriera tanto de los nervios, opinando algunos que sin duda se debía a su temprano matrimonio, que no le probaba. Muchos de ellos conocían desde la infancia a Dick y a sus padres; perfectamente se acordaban de su nacimiento, de su adolescencia bulliciosa y del animoso espíritu de que siempre hiciera gala. Resultaba, pues, evidente que alguna pena oculta o algún mal incurable atacaba la salud de su bella y exquisita esposa, haciendo de su juvenil enlace una incesante tortura.



Repentinamente perdió el equilibrio y se despeñó.

Por su parte, Enid, a medida que el tiempo pasaba, más imposible veía la posibilidad de «confesarse» con su marido. Durante semanas enteras, presa de una melancolía abrumadora, apenas salía de sus habitaciones; y aunque correspondiendo con tiernísimas miradas a las infinitas atenciones de Dick, que al parecer sufría tanto como ella, no lograba restablecerse.

La familia de Dick, de rancio abolengo según constaba en el archivo de la casa solariega que ahora ocupaban y en el gran salón de cuyas paredes pendían retratos de graves varones e ilustres damas, fincara siglos hacía en aquel condado, y sus generaciones sucesivas contribuyeran a escribir más de una página de la historia patria.

Contemplando tales pinturas, Enid pasaba horas y horas en la noble galería artística.

Una fría mañana de febrero allí la encontró su marido, ensimismada ante uno de los gloriosos abuelos de Dick, a quien éste se parecía muchísimo.

Ella, al verlo algo agitado, le preguntó con interés:

— ¿Qué te pasa, Dick?

— Ese propagandista del socialismo, Barker, que ha llegado al pueblo para soliviantar con sus doctrinas desprestigiadas a mi vecindario. Sin embargo, — agregó sonriéndose, — confío en que no será muy afectuosa la recepción que le hagan. Aquí abunda el buen sentido.

— Espero que sea como dices.

Alzó sus delicadas manecitas y señaló algunos viejos cuadros representando personajes de mirar sereno e inteligente.

— Estos vigilarán por nosotros, querido — sentenció entre mimosa y seria.

— Y nosotros debemos ayudarles también — comentó él.

— Hace frío aquí, tengo frío. Vámonos a la biblioteca ¿quieres?

Salieron en silencio de la estancia.

— Avivaré la chimenea, querida; estarás muy bien.

— Me gustaría conocer a ese hombre, a Barker — dijo ella de repente.

— Es bien fácil — rió él — se exhibe bastante por esas calles para poder verlo. No es nada modesto, por cierto...

En efecto; aquella misma tarde, paseando por el bosquecito de la finca, Enid caminó y caminó distraída hasta la vecina arboleda. Unos pasos resonaron detrás de ella, produciendo ese ruido peculiar que producen las pisadas entre los arbustos y hojarascas. Volvió su cabeza y vió a la pequeña figura de hombre con gorra de viaje y polainas. Detúvose nerviosa, casi sofocada, no sabía porqué, con el propósito de que el hombre pasara delante; y cuando, a pocos metros de distancia, de nuevo pudo contemplarlo, reconoció asustadísima que su rostro era el mismo del hombre que cayera, profiriendo aquel grito salvaje, desde la roca saliente al mar.

El intruso dióse cuenta de la impresión causada y mientras se acercaba más, con pasos seguros, sus hombros se encogieron despreocupadamente, frunciendo los párpados al mirarla con fijeza.

— Supongo que usted pensará que no tengo derecho de andar por aquí, pero yo rehuso conceder a nadie tales prerrogativas porque me considero tan libre como cualquier hombre para cruzar cualquier terreno, y a este vecindario le explicaré...

Fué interrumpido por la mujer, la cual, lanzando una aguda exclamación, gritó:

— ¡Usted! ¡Es usted! ¡Oh, gracias a los Cielos!

La extrañeza leíase en el chato y curtido sem-

blante del hombre, que se limitó a mirarla con creciente curiosidad.

— ¡Usted está vivo! ¡Vivo! ¡No se ahogó usted! — volvió a hablar ella con singular vehemencia.

Rápidamente la reconoció el desconocido.

— ¡Hola! ahora recuerdo — dijo con brusquedad y mirándola con insistencia. — No, afortunadamente no me ahogué; pero si hubiera sido por su ayuda o por la de su bravo marido, a estas horas estaría en la eternidad.

— ¡Oh, no, no! El estaba durmiendo y yo... yo...

— Usted estaba sobre una de aquellas rocas, me acuerdo muy bien. La distinguí paseando sus miradas por todo el paisaje, incluso por donde yo estaba. Caí, pero por milagro me sostuvieron unas matas. Y grité bastante fuerte para que usted me oyera y despertara a su «bravo» marido. Porque no lo despertó, ¿eh?

Enid dió algunos pasos atrás. Todo su aplomo, todo su orgullo y energía se vinieron abajo. Miró en torno, temerosa, como buscando protección ante la actitud insolente del propagandista.

— Yo no quise decirle nada... que usted se había caído — habló ella con tono vergonzoso.

— ¡Ah! ¿Con qué no quiso usted *asustarlo?* ¿No le importaba a usted que un semejante pereciera? Muy bien; he aquí una linda historia para contar al vecindario, donde goza de tan falsa reputación de pequeño héroe. Una bonita historia, a fe mía, que hará reir a más de cuatro. Y entonces como su esposa...

— Deténgase — le interrumpió ella con tal energía, que el hombre, a su pesar, calló unos momentos.

— Haré lo que he dicho, nadie me lo impedirá — dijo en seguida con terco ademán. — Ya comprendo el porqué me dejaban ahogarme. Como nadie lo iba a saber, no había necesidad de arriesgarse intentando salvarme.

— ¡Silencio!... ¡Cállese usted! Cualquiera puede oirle y pensar erróneamente.

Se estableció una breve pausa. Los ojillos del hombre examinaban a la mujer en tanto que ésta intentaba buscar alguna expresión que solucionara la entrevista.

— Bueno; yo prometo no decir una palabra si usted sabe recompensarme.

Enid lo miró sin comprender.

— Quiero alguna plata. ¿Me comprende ahora? Entrégueme usted cincuenta libras y mi lengua enmudecerá. Asunto concluído. ¿Acepta?



Derecha a su casa, Enid, ligera y radiante, iba pensando que no era una asesina. ¡El hombre vivía!

Seguramente que ahora se repondría, respirando feliz, libre su conciencia del taladrante remordimiento. No podría aun explicárselo a Dick porque abrigaba el temor de que, a partir de tal confesión, una sombra se interpondría entre ambos; pero, de todas maneras ¡el hombre no se había ahogado!

— ¡Ah! Parece que resucito — exclamó al tiempo que penetraba en su hogar solariego.

El hombre se marchará con la promesa de recibir a cierta dirección de Londres el cheque de las cincuenta libras. Muy bien. El personaje de la cara de perro danés respiraba en este mundo; eso era lo primordial. Le enviaría la plata inmediatamente y el negocio quedaba enterrado.

Al encontrarse con Dick se echó en sus brazos, acariciándole con efusión, diciéndole que se sentía inmensamente mejorada y que esperaba restablecerse por completo en muy pocas semanas.

Se besaron como dos tórtolos.



Cuatro días después recibió ella una simple esquela en que Barker le reclamaba diez libras, y aunque molesta por la conducta del hombre, que faltaba a su compromiso, se las envió anunciándole que por ningún concepto le enviarla un penique más, primero, porque no disponía de cantidades sin consentimiento de su marido, y segundo, porque lo consideraba injusto.

La contestación, que no tardó en recibir, la hizo palidecer asustada. El chantagista decíale que si no obraban en su poder, antes de cuarenta y ocho horas, otras diez libras, publicaría en cierto diario de circulación la «linda historia» en la que el marido aparecería como un cobarde egoísta ante conocidos y desconocidos.

Bien se le alcanzaba a ella la sima moral que significaba acceder a este grosero pedido, al que con toda seguridad se seguirían otros y otros. Sus pobres nervios volvían a insurreccionársele y la efímera paz que disfrutara convertíase ahora en sufrimiento y angustia.

Resolvió no contestar por algunos días, entregándose en manos del tiempo salvador y acaso en espera de una segunda amenaza.

Al día siguiente, Barker estaba en el pueblo y vigilaba sus pasos con el objeto de importunarla a la primera ocasión. En el mismo bosque y cerca del lugar donde tuvieran la primera entrevista, el hombre se enfrentó a Enid y le pidió *por última vez* más plata.

En difícil y desagradable trance se veía ella. No lejos, a menos de cien metros, Dick, que la acompañara en el paseo, habíase detenido para arrancar ciertas ramas de un corpulento árbol, mientras que ella se adelantara para ir recogiendo flores silvestres. Ya se escuchaban los pasos del marido... El hombre de la cara de perro danés insistía en su cínica reclamación. Una mano, con violento zarpazo, cayó sobre su cuello aferrándose a la solapa y sacudiéndole el cuerpo como si fuera una pluma.

— Oí una voz extraña. ¿Qué te estaba diciendo, Enid?

La aludida, dándose cuenta de la importancia de sus palabras, habló con sincera claridad.

— Es el hombre con cara de perro danés que andaba aquella mañana por encima de la roca saliente frente al mar, y que cayó al agua cuando tú dormías... y yo no quise despertarte por temor de que, por intentar salvarlo, te ahogaras.

Y continuó explicándole, sin omitir detalle, la primera entrevista casual con Barker y sus consecuencias.

Dick la escuchaba mortalmente pálido, con la mirada brillante. — ¡Oh, por Dios, Dick! ¡No me mires así, que me asustas! — exclamó.

— No te alarmes, querida.

Se volvió al hombre que tenía agarrotado por el pescuezo y le dijo:

— A ver las cartas recibidas.

Barker vaciló, murmurando una sorda amenaza de publicidad.

Dick le miró con desprecio para replicarle.

— Conmigo no valen esos juegos. Lo meteré en la cárcel, por chantage, granuja, además de sacudirle el polvo como jamás se lo han de sacudir otras manos. Enid: ¿cuántas cartas le escribiste?

— Dos, Dick.

— Vengan, canalla.

— No las traigo conmigo — respondió el amenazado.

— Vamos a verlo.

Y levantando el bastón le mandó a ella:

— Espérame en casa; en seguida acabo; no te impacientes, querida. Esto es un simple juego.

— ¡Oh, Dick, por Dios, yo...!

— Por favor, Enid.

Obedeció la mujer.

En su coquetona salita, pensativa y nerviosa, tendióse en un sofá aguardando con impaciencia el regreso de él.

Cuando le vió llegar se puso de pie para recibirle.

—¡Dick... Dick mío! — murmuró dolorida, — siento mucho que por mi causa hayas sufrido y...

Vaciló, envolviéndole en una mirada que era todo un poema de amor y arrepentimiento.

El joven, sin decir una palabra, la tomó en sus brazos con delicada vehemencia y clamó entusiasmado:

—Mi amor, mi queridísima... ¡yo también lo vi caer!

Oyó ella esta confesión como en sueños, y descansaba tan en paz, tan dulcemente sobre el varonil pecho de su marido, que transcurrieron algunos momentos antes de que, reaccionando, le preguntara:

—¡Pero si estabas dormido!

—No, no dormía. Yo pensé que tú dormías — explicó Dick pasándose la mano por los ojos, como evocando algo. — ¡Parecía increíble! ¡Barker aquel hombre! Y tú... tú le viste caer. ¡Ah! Ahora comprendo y te compadezco. Todos los meses pasados vienes sufriendo tú sola... ¡Oh, mi adorada y pobrecita muchacha!

Con gran reconocimiento en sus bellos ojos húmedos, de nuevo inquirió ella, mientras le acariciaba:

—Dime, querido, entonces cómo...

—El cielo sabe lo que me mortificaba mi secreto, el secreto que juzgaba enorme cobardía confesarte, pues creyéndote yo dormida e ignorante de la que pudo ser tragedia, me resistía a confesarte mi «heroica debilidad» al acordarme de tus palabras, y no quise rememorar lo pasado.

La voz de Dick advertíase alterada, mas supo dominarse y hasta sonreir ante su delicada mujercita.

—¡Lo que por mi culpa te he obligado a hacer... a no hacer! — deploró ella al leer en aquellos varoniles ojos la bravura de su sacrificio de hombre generoso, arriesgado y deportista por excelencia.

—Muchas veces estuve a punto de confesártelo todo para disipar entre ambos la más ligera nube de reserva; pero tu delicada salud ataba siempre mi lengua. Pensaba que lastimaría tu corazón al confesarte que yo...

—Continúa, Dick, continúa.

—Que yo no dormía y tú sí. Resultaba cruel contártelo. Oí perfectamente el grito agudo que profirió al caerse. Y no te puedo explicar con claridad mis pensamientos. El primer impulso fué abalanzarme al agua en su socorro. Otro segundo y poderoso impulso me contuvo. Era una traición dejarte allí durmiendo. ¿Cuál sería tu despertar conociéndote como te conozco? Y es tanto el cariño que te profeso, tan a lo vivo me imaginé tu angustia... En fin, socorro por socorro, consideré el tuyo más urgente y... fuí cobarde — terminó diciendo él con voz apagada.

—¡Tú!

—Después — cuando ya era tarde — pude asomarme a la orilla mientras tú reposabas al parecer, y nada pude distinguir.

—¿Y cómo logró salvarse?

—No llegó al agua; su caída fué corta; quedó enredado entre unas fuertes matas salientes a las que pudo agarrarse hasta conseguir deslizarse por la hendidura inferior del peñasco. ¡Ah, querida! — concluyó exclamando con simpático y decidido gesto. — Si otra vez nos viéramos en trance parecido, ¿tú, acaso tú?...

Sacudióse la cabeza como si fuera a entrar en un combate mientras vigilaba la respuesta.

—No volveré a comprometerte de nuevo hasta tal extremo. Has hecho bastante, querido mío. La próxima vez me toca a mí — replicóle ella adivinando su pensamiento y cruzando sus manos sobre la nuca del joven.



Dick lo agarrotó por el cuello y lo sacudió como si fuera una pluma, mientras ordenaba a su esposa que lo aguardara en casa algunos momentos nada más.

M A R G A R E T
W E S P R U P

TRAGEDIA

POR

BERTRAND BLOCH

Mister Twombley, cajero de Milville Trust Company, estaba sentado detrás de su pequeña casilla de rejas, sonriendo a los amistosos depositantes y planeando, mientras éstos desfilaban, un robo al banco.

Los instrumentos musicales de bronce de la banda del circo habíanle inducido a esta determinación; como también un cielo azul, fuera de lo común, aunque mister Twombley no se daba cuenta de estas causas que habían obrado tan poderosamente en su ánimo. El creía que su decisión era un producto de sus íntimas interrogaciones y de un hondo autoanálisis. Y esto era verdad en parte. Habían pasado seis meses durante los cuales su alma se sentía insatisfecha; era creciente su disgusto con levantarse temprano del lecho, cantar los salmos de siempre, creídos por las gentes y con la corbata plastrón que usaba él, Arthur Twombley.

Durante veinte años su alma, un alma que a los diez y nueve años estuvo llena del romántico ardor de Rolando, fué lentamente convirtiendo sus sueños en festivales de fresas y reuniones de comentarios bíblicos. Pero en el año cuarenta de su existencia resolvióse a despertar su espíritu, y reclamó vigorosamente lo que a éste, a su juicio, le debía.

Lo que Arthur Twombley se dijo a sí mismo no era nada parecido a lo escrito más arriba. Sólo se dijo a sí mismo que se hallaba harto de su honrada pobreza. Algunos hombres pueblan su imaginación con loterías escarlatas o placeres color de vino y rezan para que semejantes fantasías se tornen realidad, mientras su vida transcurre completamente gris. Otros están esperanzados en fortunas doradas y absurdas a encontrarse en medio del arroyo, y son recibidos en el hogar con trompeterías de triunfo, obteniendo luego la presidencia en los banquetes.

Twombley, en realidad; nadie tan digno de ello como Twombley.

Bien; ya estaba enfermo de Milville, y su profunda fe en su persona, enfermo de creerle cuanto decía sin preocuparse de examinar la verdad de sus palabras, tanto por parte de mujeres casadas como por hijas, dinero y paraguas; enfermo de ser invariablemente electo para desempeñar cargos subalternos para cualquier posición en la vida social y económica de la población, para los cuales era imprescindible habilidad y honradez, y cuya actuación era agradecida siempre con esta desoladora frase en el informe anual: «...nuestro amigo Arthur Twombley por su incesante dedicación y dignos servicios».

Su cabello se volvía cada vez más ralo y su respiración más dificultosa. Un poco tiempo más y ya sería muy tarde. Durante meses no pensaba en otra cosa, pero no se determinaba a nada.

Vino un día, en que el cielo estaba más azul que nunca, en que los tonos de la banda del circo pareciéronle la música del dios Pan. Los blancos caminos que iban a la colina parecían implorar piernas que los danzaran, y la banda del circo también había acometido música bailable.

Los cafés de París, las estrechas calles de Nápoles, estaban detrás de las colinas. Las aguas del Mediterráneo eran azules, ellas decían que eran tan desusadamente azules como el azul maravilloso del cielo ese día; los pastores con sus túnicas rojas y rodillas desnudas, vendían vino en cántaros en las montañas de Grecia, y producían bellísimos sonidos con la flauta, tan bellos como los acordes de la banda del circo, y aun más suaves... ¿Qué temperatura reinaría ahora en Benarés? se preguntaba suspirando.

Vino la noche, apacible e incitante; la música de la banda seguía sonando en sus oídos. Míster Twombley arrojó su cigarro con un gesto de desdén, y entró al banco en que era cajero, con la intención de robar. ¡Qué impresión de estupor causaría el hecho en el ánimo de los buenos, confiados y resignados vecinos de Milville! El veía caras de desconcierto e incredulidad.

Dirían, sin duda, que en su caso debería haber una mujer de por medio; de otra manera no podrían explicarse su conducta.

Siempre decían eso. En parte tenían razón, pero no era por una mujer, sino por muchas; bellas mujeres, hermosas mujeres, las mujeres de Francia, de Italia, o del Este. Pero aún había más que contar que eso. Eran...

Oyó un sonido, un sonido proviniente de la caja de caudales. Se dirigió al lugar apresuradamente. Vió a un individuo avanzando hacia él. Luego vió al desconocido mejor. Traía un enorme trozo de hierro en la mano y gritándole en tono que a míster Twombley le pareció homicida. Lo primero y lo único que sintió fué un golpe indescriptible en la mandíbula; luego, ya sin sentido, no pudo informarse de los atentados sucesivos a su cráneo y su espalda, hasta que lo arrojaron contra un muro de mármol.

Cuarenta y ocho horas después, se despertó.

Se encontró en una cama blanca del hospital. Estaba solo, pero cerca de su habitación oyó los pasos rápidos y apagados de las enfermeras. Miróse a sí mismo, y notó que su cuerpo y su cabeza estaban vendados. En la silla, a su lado, vió un periódico.

Febrilmente alargó con gran dolor su brazo y consiguió cogerlo. Miró ansiosamente la fecha.

Dos días habían transcurrido desde que lo dejaron sin sentido...

Leyó un nombre, su propio nombre.

TWOMBLEY PREMIADO

Olvidando sus dolores físicos, se puso a leer en posición nada cómoda:

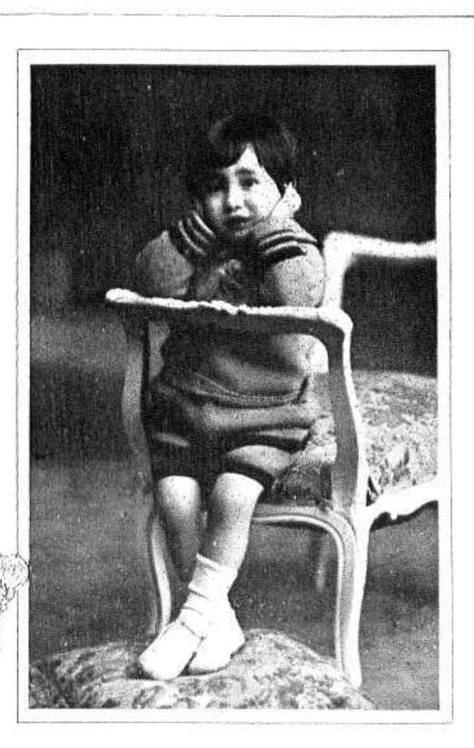
«En la reunión especial celebrada hoy por el directorio de la Milville Trust Company, fué aprobada la siguiente resolución: Se acuerda que en reconocimiento de sus leales servicios como cajero de esta institución al sorprender a un grupo de bandidos que pretendían robar a este banco, en la noche del 15 de julio, el salario anual de éste será aumentado en doscientos dólares, aumento que se hará efectivo cuando míster Twombley salga del hospital. Después de adoptada esta resolución, todos los miembros del directorio elevaron una ferviente plegaria para que el cajero herido reanude cuanto antes sus tareas.»

Página Infantil

Martha y Susana

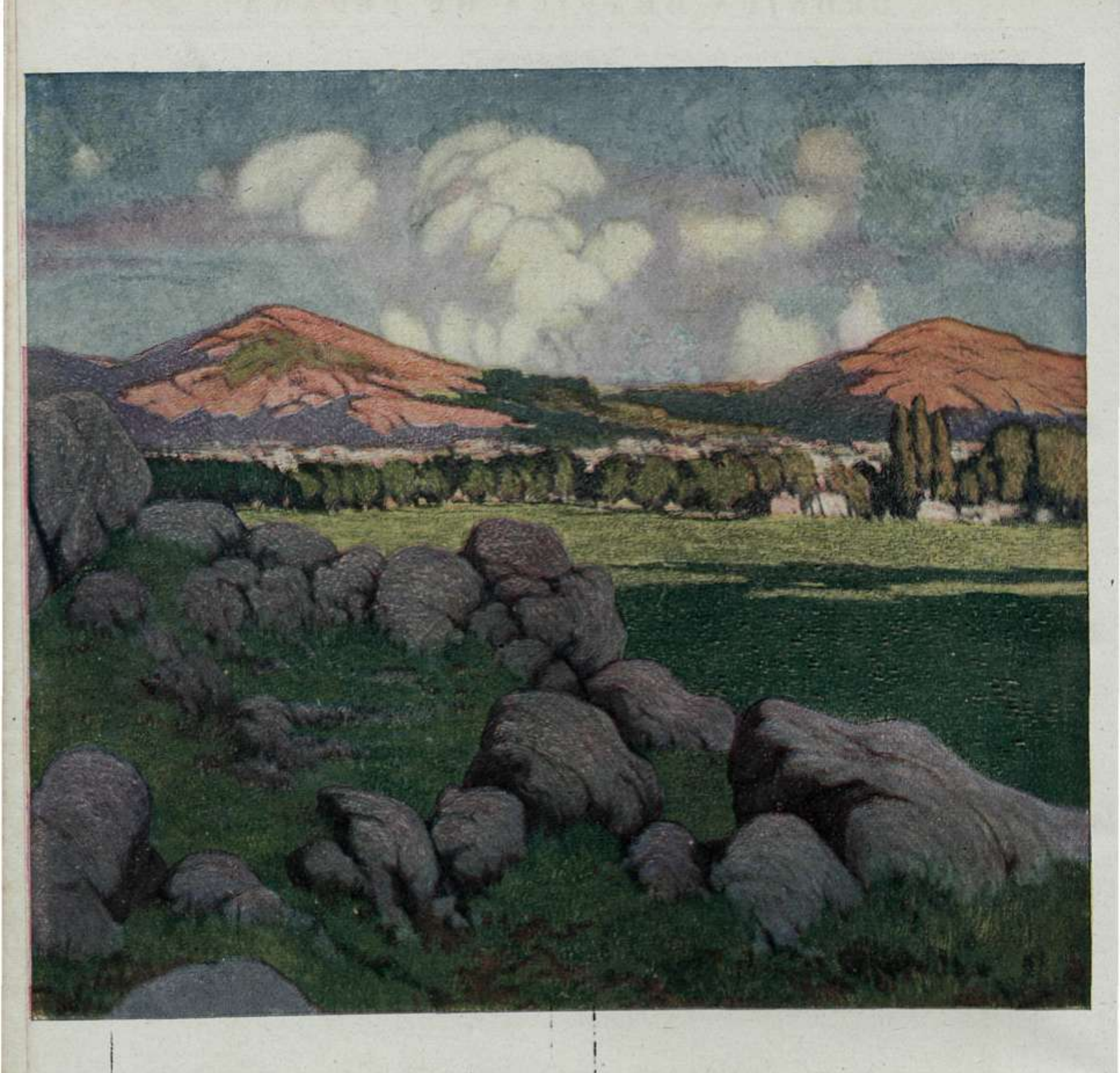
Bavera





Jorge M.ª [illegible]

Pablo Quintana



ARTE ARGENTINO

PRIMAVERA EN LA SIERRA

OLEO DE ATILIO MALINVERNO



La reina Victoria Eugenia visitando el Hospital de la Cruz Roja de Barcelona a su paso por la ciudad condal. La gentil soberana, al recorrer las salas del benemérito establecimiento, tuvo frases de aliento y de consuelo para los enfermos, que la saludaban emocionados.



El principe de Asturias y su hermano el infantito don Gonzalo presenciando el desfile del regimiento del Rey.

El abanderado del Regimiento en la solemne "Fiesta de la Infantería" verificada en el patio del cuartel.



El principe de Asturias repartiendo los premios del certamen organizado para lucimiento del patriótico festival.



El Presidente del Directorio Militar, general Primo de Rivera, rodeado de jefes y oficiales de todas las armas, a la salida del te celebrado en el Palace Hotel para celebrar el día de la fiesta de la Infantería, cuyo programa fué muy brillante.



Bajo palio y rodeado por la Real Guardia de Alabarderos, los altos dignatarios de la Iglesia conducen procesionalmente el diploma pontificio de la promulgación de la ,,Bula de la Santa Cruzada" a la catedral de la Almudena.

CARRERA AUTOMOVILISTICA

ROSARIO-SANTA

TRIUNFO DEL CORREDOR

TRÁGICO VUELCO DEL COCHE



Raúl Riganti y su ayudante J. Juncadella, triunfador de la jornada, que hizo el recorrido en 3 horas, 30' 07" en máquina Hudson.



Eduardo Zunino acompañado de su ayudante F. Frenichevich, 3er. lugar, tiempo 3 horas, 51' 01", con máquina Nahs.



Llegada del competidor Zunino a la linea divisoria fijada entre Alberdi y Rosario, manejando su coche. — Un numeroso público siguió con gran curiosidad la salida y el regreso de los automovilistas que tomaron parte en la importante prueba verificada bajo los auspicios del Club Gimnasia y Esgrima



El ganador Riganti pasando a toda velocidad de vuelta por Paganini.



El corredor E. Pedrazzini, con su ayudante Juan Galetto, guiando un Ford.

COPA "ALFREDO KADE"

FE-ROSARIO

RAÚL RIGANTI

GUIADO POR JUAN C. CASAS



Mariano de la Fuente y su acompañante Carlos Noni, ganadores en 4.º lugar con Studebaker, en 3 horas 51' 49''.



Bernardo Duggan y su compañero Ismael Azuala, que alcanzaron el 2.º puesto con un Hudson en 3 horas 46'.



El malogrado corredor y conocido "sportsman" Juan Carlos Casas al firmar el "control" en el punto de partida dos minutos antes de emprender la carrera que le costó la existencia a causa de un rapidísimo viraje.



El coche número 17, marca Hudson, guiado por el señor Casas a quien acompañaba Zaverio Derenzi, 7 minutos antes de volcarse.



Estado en que quedó el automóvil al sufrir el mortal accidente y en el mismo lugar donde volcó. — El trágico fin del distinguido caballero que disfrutaba de generales simpatías en la sociedad, ha causado en todos los centros una dolorosísima impresión, constituyendo su sepelio una nota de duelo muy sentido.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL CHIAVAZZA

La intervención a Jujuy



Doctor Carlos F. Gómez, nombrado por el P. E. comisionado federal en aquella provincia.



Doctor Domingo Calarco, designado secretario a cargo del ministerio de Gobierno.

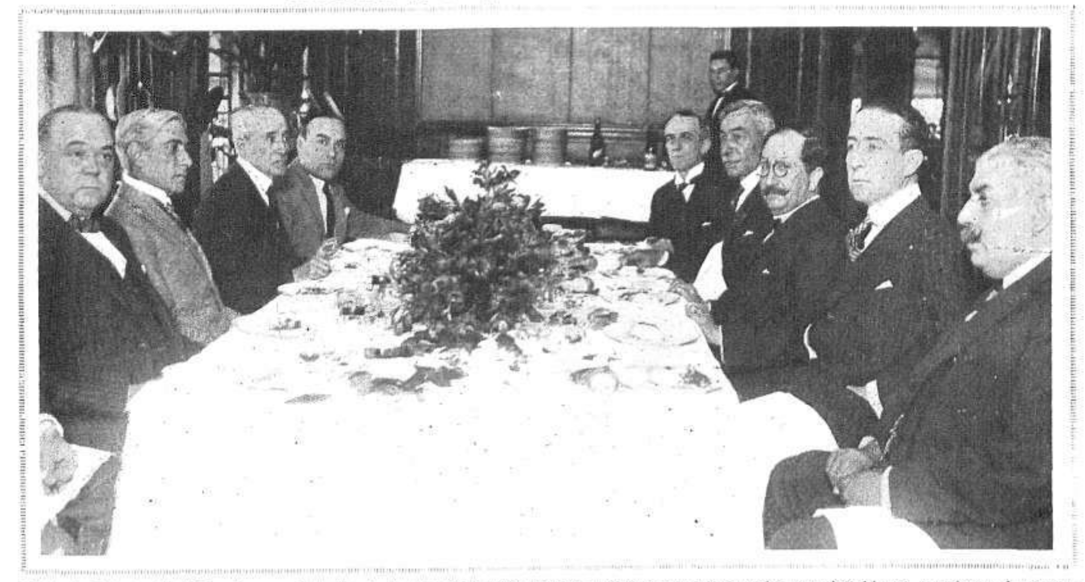


Doctor Enrique Pérez Catán, que desempeña las funciones de secretario de Hacienda.



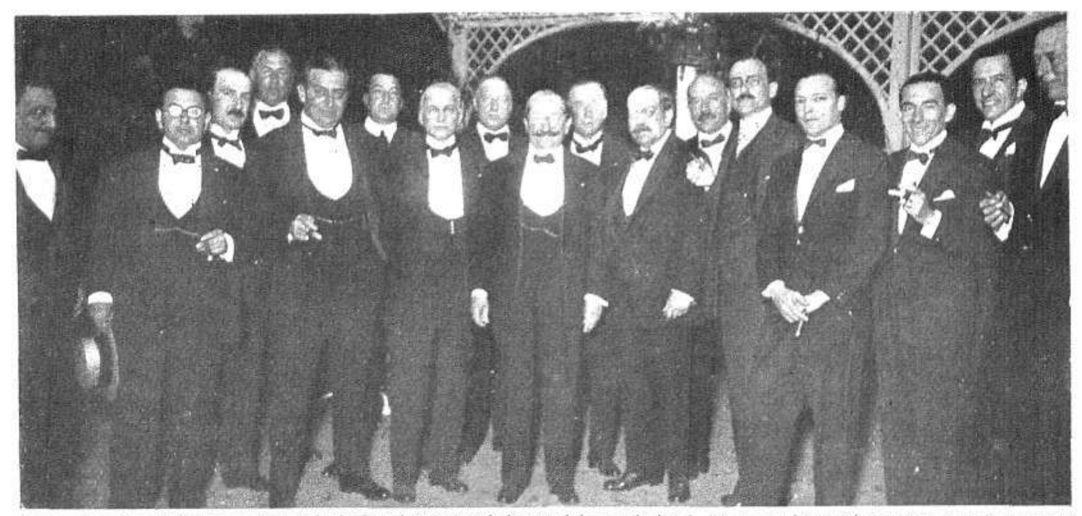
Coronel Luis E. Villanueva, jefe de Policía, que secunda a los anteriores.

Banquete de los gobernadores de Territorios



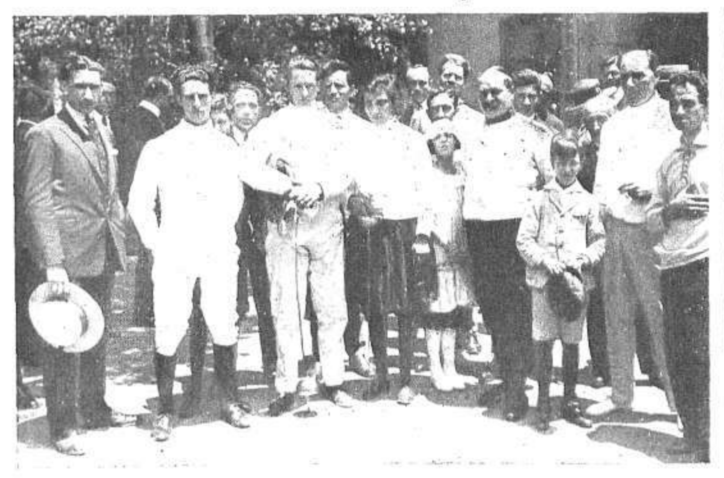
El doctor Vicente C. Gallo y los mandatarios de los Territorios Nacionales recientemente designados por el Gobierno, a quienes el primero ofreció un almuerzo en el curso del cual se cambiaron opiniones acerca de la alta misión que cada uno desarrollará en su cargo, expresando el ministro sus puntos de vista al respecto.

En honor del Ministro del Interior



Destacadas personalidades que fueron invitadas al banquete dado por el doctor Carlos A. Carranza al jefe del Gabinete, reunión que tuvo un exclusivo carácter social.

En el "Cercle de L'Epée"



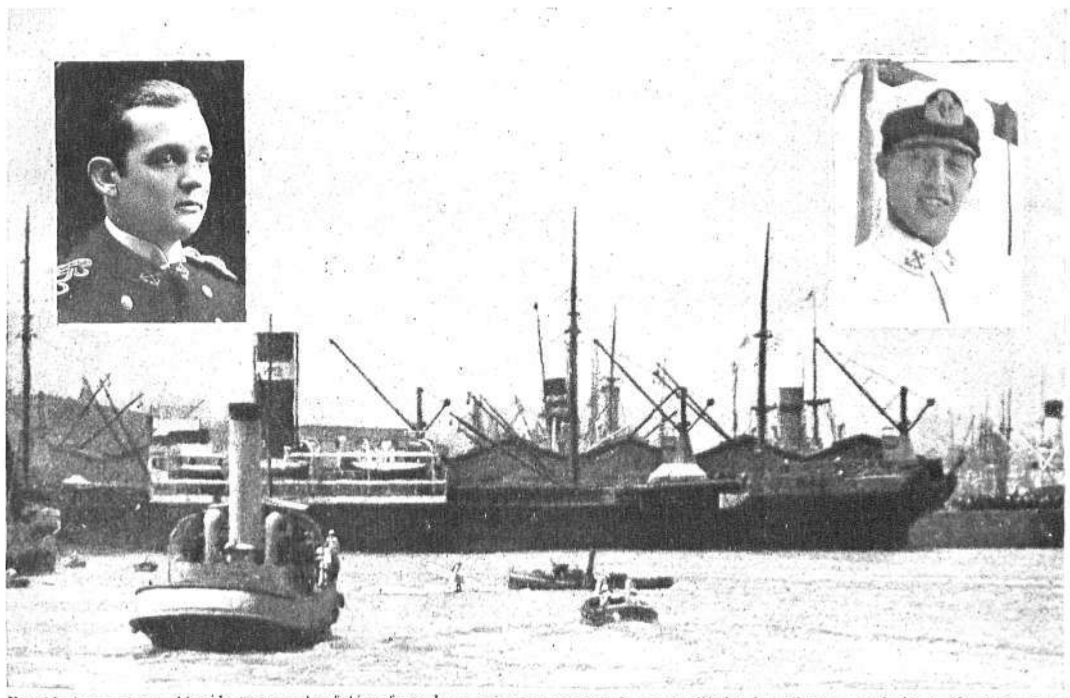
La profesora de esgrima, señora Melina Guadabascio Vita, que sostuvo varios interesantes asaltos con algunos miembros de la deportiva institución, de la que ha sido nombrada socia honoraria.

Sr. Samuel Sáenz Valiente



Prototipo de la caballerosidad, miembro de una de las más viejas y vinculadas familias porteñas, era el extinto una noble y gallardísima figura de nuestra sociedad. Su actuación como hacendado contribuyó al progreso de nuestra riqueza nacional.

Accidente de aviación en la Dársena Norte



Notable instantánea obtenida por nuestro fotógrafo en los precisos momentos de ser auxiliados los pilotos, uno de los cuales aparece en el agua al lado del aparato destruido. A la izquierda: El alférez de fragata Guillermo Gregores, que tripulaba el aparato de la Escuela de Volación Naval. A la derecha: El alférez de fragata Isaac F. C. Cadaval, que acompañaba al primero. Por suerte, la caída del aeroplano en el río no tuvo otras consecuencias que pequeñas contusiones para sus dos tripulantes y el destrozo de la máquina. Los citados pilotos ejecutaban evoluciones en homenaje a la memoria del compañero Zanni, al ser desembarcados sus restos.

En la Sociedad de Educación Industrial



Alumnos que se recibieron como constructores en compañía del profesorado del Colegio, al terminar el banquete con que celebraron el acontecimiento

FOTOS DE BELL Y VARGAS

Cobarde asesinato del comerciante Juan Floro Finocchio



La víctima de la alevosa agresión.

En una forma tan misteriosa como cobarde, un individuo se presenta en el corralón del señor Finocchio, se encara con él y pide hablarle a solas, dirigiéndose ambos a una pieza interior saliendo a poco el desconocido empuñando un revólver todavía humeante y desapareciendo en un automóvil, según la versión de un obrero, mientras fallecía a consecuencia de dos balazos, el que fuera presidente de la Asociación de carros de la Capital.



Interior del garage: en el lugar señalado con una cruz cayó exánime el señor Finocchio al recibir dos balazos, uno en el corazón y el otro en la pierna derecha.



Patio del corralón donde fué atacado su dueño de una manera tan rápida como traidora. — Grupo de curiosos comentando el sangriento suceso acaecido pocos momentos antes.

Intenso drama por cuestiones de intereses



Francisco D. J. Bustos, muerto.



Angel Elías Marciel, gravemente herido.

Un verdadero tiroteo tuvo lugar entre dos vecinos, que se cambiaron nueve balazos en el interior de su domicilio en la calle de French N.º 2479, muriendo uno de ellos instantáneamente y resultando el otro herido de gravedad. La tragedia se desarrolló después de una acalorada discusión sostenida entre ambos en el patio de la casa donde habitaban.

Incidente sangriento entre dos vigilantes



Juan Pesicone, el agente agresor.



Angel Blanco, el agente muerto.

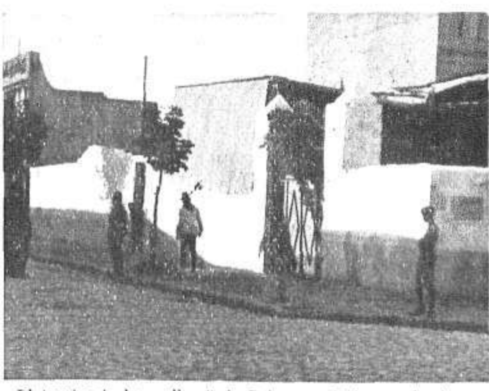
Creyéndose denunciado por su compañero de la parada próxima cuando fué sorprendido por el sargento de ronda, el agente Pesicone, al parecer alcoholizado, se dirigió en su busca y sin atender a las pacíficas razones que el otro le exponía, le agredió con el machete y luego de una ruda lucha cuerpo a cuerpo, le disparó un tiro en la ingle que le causó la muerte.

P O L I C I A L

Los atentados de una siniestra Maffia



El comisario Diolindo Muñoz, que actuó en el suceso.



El tambo de las calles 3 de Febrero y Balcarce donde se dirigieron los tres ,,maffiosos" a exigirle dinero a Luis Dainotto.



El subcomisario Enrique Alejandrez, de eficaz participación.



El tambero Luis Dainotto, que repelió la agresión.

En Rosario una tenebrosa y vengativa «maffia» que ya intentara anteriormente sacarle dinero y uno de cuyos presuntos miembros fuera muerto por Dainotto después de una violenta discusión, de nuevo lo amenazó de muerte presentándose en su tambo y exigiéndole una fuerte cantidad. El amenazado, sin alterarse, dijo que iba por la suma pedida y entonces, desde una pieza contigua, armado de una escopeta y una pistola, hizo fuego sobre los malhechores, los cuales sorprendidos, se dieron a la fuga perseguidos por el tambero que seguía disparando, resultando herido de muerte Tomás Tarallo y siendo capturado Nicolás Ballestrelli. En cuanto al tercer cómplice, la policía sigue de cerca sus pasos. Dainotto se entregó sin resistencia a las autoridades declarando haber obrado en legítima defensa de su persona e intereses.



Nicolás Taralla, muerto por el asaltado.



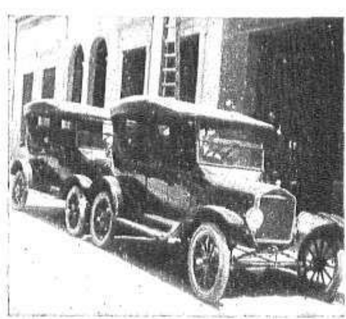
Nicolás Ballestreri, "maffioso" que fué capturado.

Secuestro de automóviles robados por una banda de ladrones

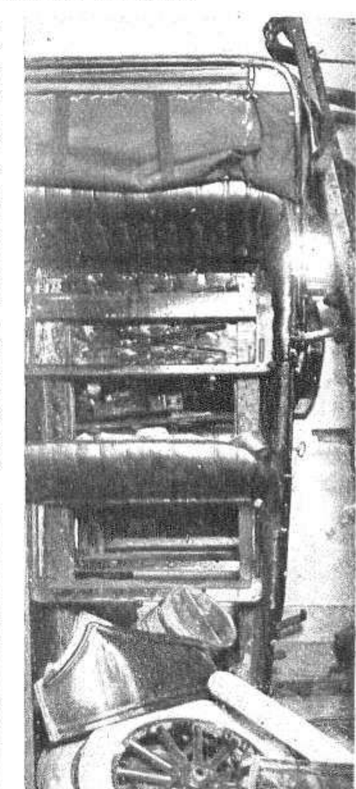
Prosiguiendo en sus activas investigaciones relacionadas con los robos de automóviles por una bien organizada y audaz banda de ladrones, el personal de la comisaría 43.ª allanó otro «garage» situado en la calle Bolivar 1063, incautándose de un automóvil y de dos camiones cuyo valor alcanza a 30.000 pesos, declarando el dueño del establecimiento que los había recibido ignorando su procedencia.

Estos secuestros, así como los realizados no hace mucho por la policía son el producto de las fechorías cometidas por la gavilla llamada del «Francés» que operaba en gran escala, logrando esconder muy curiosamente los coches robados, como puede verse en las fotografías, transformándolos después hábilmente para luego venderlos sin que pudieran ser reconocidos. Los detenidos hasta ahora, siguen proporcionando informaciones que darán por resultado nuevos hallazgos, pues se presume fueron muchos más los automóviles de que se apoderaron los secuaces de «El Francés» durante los meses en que «trabajaron» con éxito por las calles de la ciudad y sus alrededores.

Curiosa posición en que fueron encontrados por la policía dos automóviles Ford completamente desarmados.



Coches nuevamente armados después de ser secuestrados por la policía.



Otro de los automóviles hallado hábilmente escondido en una pequeña habitación del garage allanado.

PROFESORAS DEL CURSO 1923, EGRESADAS EN ROSARIO



La Sta. Dabat, subdirectora de la Escuela Normal N.° 2, con las exalumnas que obtuvieron el grado de maestras en los exámenes del año.



Grupo de señoritas del 4.° curso C., de la Escuela Normal de Profesoras N.° 1, que recibieron el diploma.



Las egresadas del 4.° curso A. de la misma escuela, celebrando con un te su habilitación docente.



Las nuevas profesoras del colegio de Nuestra Señora del Huerto, reunidas en el Bar Cifré para estrechar lazos de camaradería y festejar la terminación de sus estudios.

REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
EXEMPLARIS CIVITAS DERTUSA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA
FREIXAS Y Cía. Buenos Aires
Depurado con los nuevos procedimientos de refinación sistema José Bau.
PURO DE OLIVA





El aceite BAU ha costado, siempre, algo más que todos los otros aceites. Pero el aceite BAU permite que los platos valgan todo lo que cuestan los comestibles.



ESPECIALIDADES





He entrado el otro día en una casa de comercio, dispuesto a comprar una tarjeta postal. En esa misma casa de comercio se venden artículos de fotografía, de óptica y de ortopedia. Grandes y dibujados carteles anuncian marcas — «las mejores marcas», — de placas y de películas, de fajas abdominales, espalderas, bragueros, piernas, pies, brazos y manos artificiales, lentes, anteojos e impertinentes. ¡Todo desconcertante! Tuve tentación de preguntar al rubio y suave personaje que me atendió, perfectamente colocado detrás de su mostrador, cómo era aquella mezcla y qué punto de contacto puede tener en un comercio una pierna de artificio con una tarjeta postal, una cajita de películas con una espaldera, un monóculo con una muleta, pero no formulé mi pregunta porque, al fin, aquel buen señor, rubio y suave, no se desconcertaba por estar ya habituado a la mezcla, pero ignoraba seguramente lo mismo que ignoraba yo.

Con mi tarjeta postal en el bolsillo, abandoné el «negocio». Antes de marcharme por aquella acera revuelta, aun se fueron mis ojos hacia adentro del escaparate. «ESPECIALIDADES», rezaba un cartel con letras gordas. Especialidades del dueño de esta casa, pensé. ¡Vaya uno a saber qué serie irreconstruíble de circunstancias hicieron de este hombre un especialista ortopédico, fotográfico y óptico!

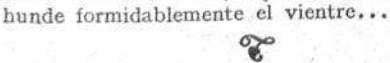
En las noches, en las primeras noches de su profesión, cuando todavía no habíase amoldado definitivamente su YO interior al trabajo manual de su YO externo y para todos, qué mixtura abracadabrante de películas y cartones fotográficos habrá desfilado por su imaginación reflejando en un frío color sepia, con cierto olorcillo a engrudo, a tinta china y lápices de retoque, aquellas largas teorías de miembros humanos de artificio y el caucho de aquellas espalderas y rodilleras, aquellas caretas para intentar nuevas conformaciones de semblante, a las que podría aplicarse los vidrios combos de un enorme par de anteojos, como esos que quisieran poseer los habitantes de una casa de pensión cuando sirven la sopa...

¡Qué angustias habrá sufrido en las primeras noches de su industria, el sueño rebelde, perseguido por monstruosos lentes de aumento encajados en unos impertinentes formidables que se acercaban a una cara de cera de esos maniquíes fajados a trozos que usan los ortopédicos en sus vidrieras, semejantes a carnicerías de engañifa donde se mercan cuerpos humanos desangrados perfectamente, a pedazos!... ¡Y en una sucesión fantástica de tarjetas postales, con mujeres audazmente escotadas, habrá hallado pechos postizos que se venden como pecheras de camisa para usar con el frac! ¡Y, en otras, bailarinas con el pollerín escaso, de largas piernas bien enfundadas en seda, bellamente modeladas a fuerza de goma convertida en pantorrillas magníficas! Y después, brazos, caderas, cuellos, orejas, narices, ¡el infierno femenino hecho goma elástica, lona, cintas!

Mi camino no tuvo atractivo suficiente como para distraer mi imaginación de aquellas desconcertantes y obsesionantes especialidades hacinadas en la tienda donde adquirí una tarjeta postal.

Y por la noche, en el sueño, han bailoteado incansablemente todos aquellos trozos de maniquíes que se reunían por arte de encantamiento en determinados momentos para formar los más monstruosos seres de «carne y hueso» que he visto en mi vida. La danza de miembros artificiales convertidos de pronto en individuos, no de «ambos sexos» sino cada cual del suyo, sin confusión posible, conforme corresponde, traíame a los ojos de mi pesadilla, entre el girar y más girar, hombres y mujeres que yo he conocido y hasta querido en los días de mi vida vulgar. ¡Esta era aquélla! Su busto escultural, por el que creo haber suspirado más de una vez; su pecho, que creo haber llamado un poco campanudamente, el «reclinatorio digno del más exigente de los dioses»; sus piernas, que creo haber «adivinado» siempre magníficas, «como las de Diana»... eran pura ortopedia. Busto, pecho, piernas: ¡goma, goma, goma!... ¡Y éste era aquél, el hercúleo! Goma, goma y más goma. Una pierna remendada en dos partes, como la pata de una silla vieja. Los músculos de los brazos, los hombros redondos, la espalda perfecta, ¡relleno de sastrería científica!

Dábanme luego un par de lentes de aumento, «para que viera mejor» y una máquina fotográfica para que sacara instantáneas y películas, papel, reveladores, fijadores, lápices y pinceles de retoque, engrudo, tarjetas, todo cuanto pudiera necesitar si hubiera querido «guardar un documento gráfico» de aquella danza de mamarrachos ortopédicos fijos sobre los cuerpos de personas conocidas, y hasta queridas, que uno admira por ahí sin suponer que llevan una rodillera como caballo de carreras, pechos postizos como camisa de frac, fajas abdominales que les hunde formidablemente el vientre...



A la otra mañana, con el sol, se borró de mi mente todo cuanto se refería a aquella casa de comercio y de especialidades. La danza también se borró. Las caras amigas, mohinas por el descubierto secreto, a su turno se fueron... Sobre mi mesa estaba la tarjeta postal. La llené con mi letra más menudita, la dirigí a una personita que estoy seguro no usa todavía remiendos, y me fuí a depositarla en un buzón...



PROTASIO LUCERO





SOLAR Y BRISADO

F COMESTIBLE

EL ACEITE COMPLETO DE JUGO DE OLIVA

F Un aceite mediterráneo que hacía falta en el mercado.

F Aceite natural de oliva, exento de sangrías y de inyecciones.

F Optimo. — Calidad óptima. Clasificación superlativa.

F L'olio mediterraneo che mancava al mercato.

F L'olio naturale d'oliva esento diqualsiasisalassooiniezioni.

F Ottimo. — Qualita ottima. Classificazione Superiore.

F L'huile mediterranée qui manque au marché.

F L'huile d'olive naturel, pas saignée ne injecté.

F Optime. Qualite optime. Clasification supérieure.

Receptores: La Olivarera del Mediterráneo. - Bs. Aires.

LA VIDA EN CEILÁN

En Ceilán se encuentra una de las pocas tribus más primitivas que existen en el mundo. Son los seres que más se aproximan al hombre de las cavernas. Siguen viviendo, en efecto, tal como vivían hace dos mil años. Sus costumbres no han variado y otro tanto puede decirse de sus características raciales. Una de éstas es que jamás se ha visto a ninguno riendo.

Diversos hombres de ciencia han estudiado a los individuos de la tribu para tratar de explicarse esa extraña peculiaridad, que parecería proscribir de tales indígenas toda sensación de alegría. En sus experimentos han llegado hasta hacerles cosquillas en las plantas de los pies. Pero sometidos a semejante prueba permanecieron impasibles. No se les notó ningún movimiento derivado del cosquilleo, ni a sus labios asomó la más leve sonrisa.

Por lo demás se trata de hombres de una honradez cabal. No hay noticia de que un miembro de la tribu haya cometido nunca un robo, ni siquiera una ratería. Es que no conciben que nadie pueda apoderarse de lo que pertenece a otro.

No realizan ceremonias para el casamiento. Un hombre toma esposa sin ninguna solemnidad, pero permanece leal a ella hasta el último de sus días. Son hombres que no mienten nunca, ni aun para desfigurar levemente la verdad. En aquella tribu, todos pueden enorgullecerse de ese amor estricto e invariable a la verdad, que les impide hablar o afirmar cualquier cosa cuando no están plenamente seguros de la exactitud de lo que dicen.

Como las necesidades de esos indígenas son, por razón misma de la forma en que viven, muy limitadas, llevan una existencia fácil, dedicándose a la agricultura.

Peritos Mecánicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación


Señor Andrés Luoso.


Señor Roberto Raunowolf.


Señor Jenaro Calandrelli.


Señor César Avini.


Señor Rufino Albizu.


Señor José Balmaceda.


Señor Carlos Greco.

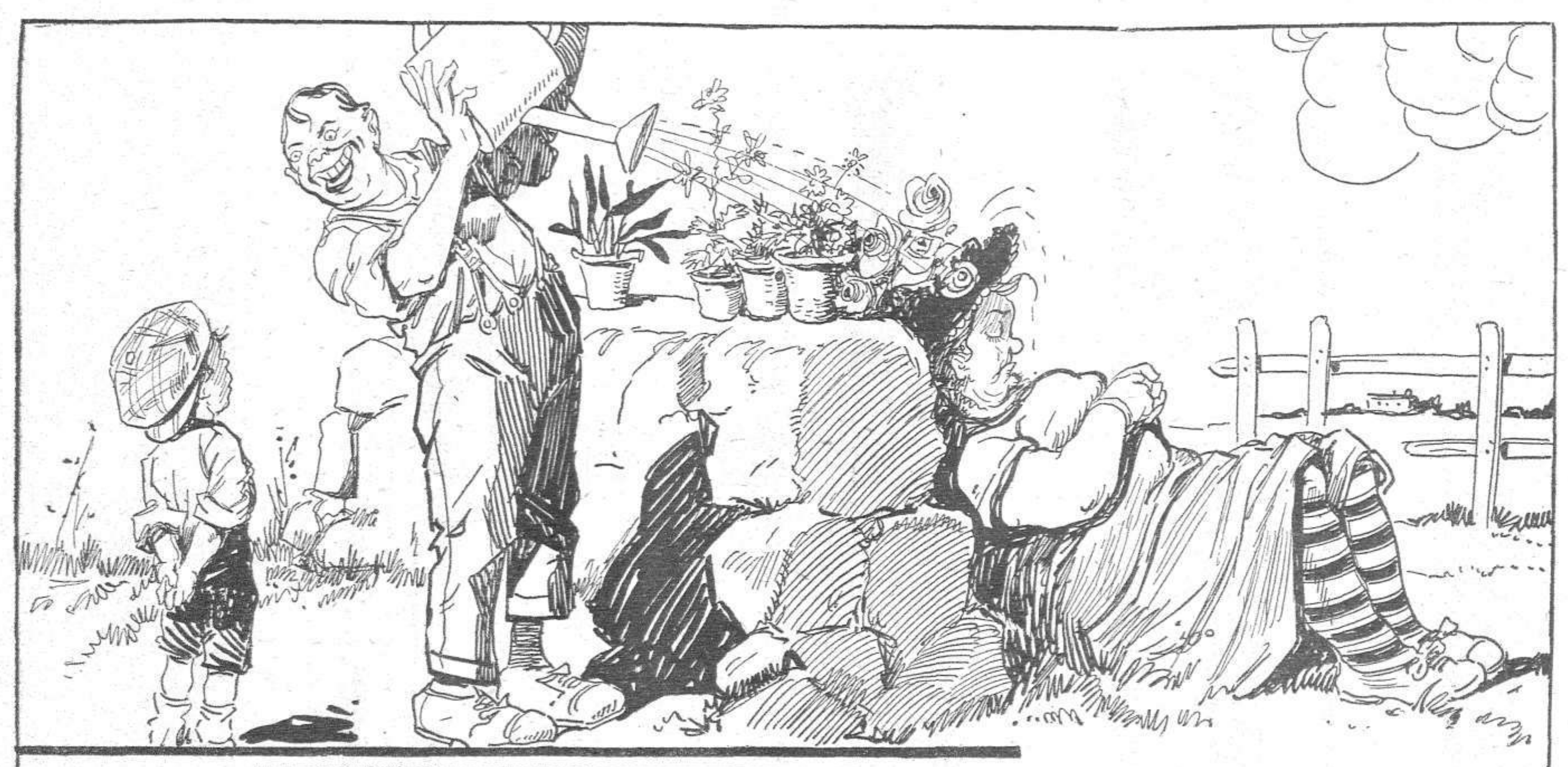

Señor Teodoro Tubio.

CURIOSIDADES

En China y Japón se fabrica un original cemento con arroz. Su consistencia y durabilidad lo hacen ser preferido a otras argamasas.

En donde empieza la desconfianza cesa la amistad. — Epicuro.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—¿Y reviven las plantas cuando se mojan?
—¿Que si reviven? Ya verás cuando sienta el agua el rosal, cómo se pone!....

Liceo de Señoritas de la Universidad Nacional de La Plata

Bachilleres del 5.º año, División B egresadas en 1923.



Señoritas: Celina Lambruschini, Sarah Alonso, María B. Castedo, Leonor Hráalo, Rosa E. Giménez, Celina Dell'Oro, Lina Cassieri, Lilia D'Onofrio, Carmen Román, Catalina Trovero, María E. Galán, Diana Escarza, Matilde Rodríguez, Mercedes García, Dora Ramos, Odila Raglia, Sarah Otero, Rosenda Placeres.


DÖRFEL

DESDE ITALIA

Un TEATRO ORIGINAL



Dina Galli

Ermete Zacconi

El bibliotecario del Instituto Ortopédico Rizzoli es un «amateur» de cosas de arte y al mismo tiempo un vademécum ambulante de todo lo que se refiere a las tradiciones y viejas costumbres de la ciudad.

Hace pocos días me estaba entreteniendo con él, admirando una edición minúscula de una carta escrita por Galileo Galilei a una duquesa de Médicis. Un librito que puede caber, encuadernado y todo, en un «breloque» de oro, de aquellos que se cuelgan de las cadenas del reloj.

El encuadernador, especialista en esta clase de obras, reside en Módena y hay que decir la verdad: es demasiado modesto en sus honorarios, pues francamente, le debe hacer perder más tiempo y paciencia la encuadernación de un volumen de ese tamaño, que la de cuatro o cinco diccionarios de la Academia.

Cuando manifestaba mi admiración, tanto por el trabajo tipográfico como por la encuadernación perfecta, entró muy apurado un señor, que solicitó hablarle urgentemente, pues tenía mucha prisa.

El bibliotecario, que debía conocer desde un tiempito a ese señor, hizo las presentaciones de estilo:

—El señor... periodista americano... El señor... periodista también...

Es siempre agradable dar con un colega, así que me alegré muy de veras del encuentro:

—¿Así que usted también?...

—Yo también... Sí, señor.

Y sin agregar una palabra más se dirigió al bibliotecario:

—Usted que lo sabe todo... Pero sí, hombre, no se haga el chiquito ahora... Usted que lo sabe todo, ¿no podría indicarme en qué documento sería posible hallar noticias del origen verdadero de los títeres?

—Hombre, hay volúmenes que se ocupan de este asunto...

—Ya sé, pero lo que más me importaría sería conocer la época en que empezaron a salir a escena...

Y aquí dió el nombre de uno de los personajes más conocidos de la historia de las marionetas, cuyo papel es siempre el de apalear a los malos, autócratas, tiranos, ladrones y demás.

—Más o menos los otros personajes del teatro marionetístico tienen su historia, pero éste... Y evidentemente, es una laguna que hay que llenar.

Me pareció que la empresa de llenar esa laguna no fuera tan urgente como para solicitar datos tan aprisa, pero no quise averiguar más allá, ya que el bibliotecario accedió gustoso a darle las indicaciones requeridas, de manera que muy pronto tendremos una monografía completa que acabará con todas las dudas que pudieran existir respecto al interesante personaje de las comedias de antaño.

—Vaya en mi nombre —dijo el bibliotecario— a ver al señor Director de la Pinacoteca y nadie mejor que él podrá encaminar sus investigaciones, pues el conde Malaguzzi Valeri dispone de una interesante colección de crónicas antiguas.

El periodista agradeció con una efusión como si le hubiesen indicado la llave con la que podría abrir el más interesante de los archivos secretos.

Una vez que lo vi cerrar la puerta para irse con la misma prisa con que se había venido, pregunté si todavía perduraba la costumbre de los espectáculos marionetísticos como otrora.

—No sabría decirle, pero creo que no. Muerto Cúccoli, un verdadero artista en su género, me parece que también las marionetas han caído en desuso. Por otra parte, ahora tenemos a Tirelli. Humberto Tirelli, que ha creado un arte más aristocrático...

—¿Tirelli? ¿Ha dicho Humberto Tirelli?

—Sí... ¿Acaso lo conoce?

—¿No habrá sido alumno del Colegio San Carlos, de Módena?

—Creo que sí... Yo sé que ha nacido en Módena...

—Entonces es él... Quiero darle una sorpresa...

—¿Compañeros de colegio tal vez?

—Precisamente. Pero si llegara usted a verle antes de que le hable, no le diga nada...

—Tirelli es sencillamente maravilloso... Los títeres de Tirelli son obras de arte, pues él penetra en el personaje, es un anatómico despiadado. Los personajes que él presenta son hombres del día: jefes de Estado, generales, artistas... No hay uno que se escape a su sátira feroz. Es un especialista que no tiene imitadores... Es único. Su manera de trabajar es la siguiente: primero plasma un busto de la persona que quiere poner en caricatura y el busto resulta una maravilla como parecido. Luego, poco a poco, llega a los rasgos característicos, que graban casi en el rostro, con una amarga expresión, los estigmas morales. Bastaría observar la figura de Guillermo II para sufrir una sensación repul-

siva profunda y fijarse en la del Sultán Abdul Hamid para darse cuenta de lo que era, aun sin haber leído su historia.

—¿Y con esos títeres hace teatro?

—El mismo escribe las comedias... Tiene ya un repertorio considerable. Figuran en él personajes de actualidad y al mismo tiempo algunos de los que caracterizaban las antiguas comedias populares.

—¿Entonces no abandona completamente lo antiguo?...

—No completamente. Pero los títeres de Tirelli son caricaturas en movimiento.

—Y el público, ¿qué hace? ¿Lo acompaña?

—El público admira.

—No es eso lo que quiero decir. ¿El público frecuenta esta clase de espectáculos?

—¡Quién sabe si poco a poco no se deje conquistar! Donde Tirelli consiguió un suceso enorme, también desde el punto de vista económico, fué en Londres.

—¿En qué época?

—Me parece que el año 1914. Cansado de ganar solamente laureles con sus caricaturas en periodiquitos semanales como el «Giornale delle Beffe», el «Punto», «Blanco y Negro», que se publicaban en Bolonia, un lindo día desapareció. Nadie supo adonde se había ido y solamente más tarde se llegó a saber el éxito enorme conseguido en la Exposición de la Caricatura, en Londres... Se le encargaron caricaturas al por mayor...

—Me alegro de estas noticias... Haré lo posible para ver a Tirelli y veré de recordarle una época bastante lejana. En el Colegio de San Carlos se publicaba un diariucho ingenioso y Tirelli tenía la ingrata misión de tomar el pelo a los maestros, que, naturalmente, le correspondían con castigos sobre castigos... Desde entonces era terrible. Cuando se le preguntaba cómo diablos llegaba a sorprender el punto débil de cada una de sus víctimas, contestaba muy serio: ¡Con el lápiz!

—En realidad, es un artista muy simpático, a pesar de que es de pocas palabras...

—Todos los verdaderos humoristas...

—Es cierto. Pero Tirelli, más que humorista, es un anatomista despiadado. Por otra parte, creo que contribuye un poco a darle ese carácter sombrío su dureza de oído, que tanto lo molesta. Hay que hablarle muy alto para que entienda. Humorista es Galantara. Galantara, con sus dibujos, ha hecho reir a medio mundo, eso aparte de las ideas políticas y religiosas combatidas por el «Asino». Tenemos otro artista en Bolonia: Majani. Augusto Majani es un alma idealista, muy genial en sus ocurrencias y sabe transmitir a sus caricaturas un poco de aquella bondad patriarcal, tranquila, serena, que le es característica. Pero Tirelli corta, mata...


Giovanni Grasso

Doctor
A. VACCARI

Antonio Gandusio

—Y dígame, Angel Cúccoli, el famoso marionetista que hizo las delicias por lo menos de dos generaciones con sus espectáculos ¿vive todavía?

—Murió hace años, en 1905. Trabajaba al aire libre: en Plaza De Marchi durante el verano y bajo las recovas del Palacio del Podestá, cuando el frío empezaba a hacerse sentir. Y no era solamente la gente menuda la que acudía a sus espectáculos: hombres de renombre mundial se sentaban para escuchar al ocurrente marionetista, que tenía el don de hacer reir a los hipocondríacos.

—Se habrá ganado un dineral...

—Llegó a formarse una discreta fortuna, pero en la vejez, debido a circunstancias muy dolorosas, quedó en una situación difícil... Se enfermó y no le fué posible seguir trabajando. Para vivir se vió obligado a representar con unos colegas las comedias de su repertorio en un teatrito popular. Pero los títeres en carne y hueso no pudieron renovar los éxitos de los títeres de verdad y el pobre artista que había divertido a miles y miles de personas por años y años, terminó su vida en un hospital.

La palabra hospital me da escalofríos.

He visto a tantos colegas terminar sus días en los hospitales, que siempre tengo miedo de tener el mismo fin.

Y mientras uno es joven es natural que los facultativos y los que cuidan a los enfermos se tomen interés para salvarlo, pero cuando uno se pone viejo, achacoso, rezongón, ¡qué simpatías tan escasas se pueden despertar!

—Ha llegado a los setenta. A esa edad mejor que se vaya. ¿Para qué más? A veces me preocupo, pero a título de consuelo voy evocando la predicción que se me ha hecho ya dos veces, aquí mismo en Italia:

—¡Quédese usted tranquilo! Su fin no es muy próximo que digamos, pero tendrá usted la suerte de morir de un ataque cardíaco que le dejará frito en pocos segundos.

Y pienso que para algo sirven todos los augurios que se me han enviado durante la vida por las personas que me quieren.

Nuevas Maestras



Egresadas últimamente de la Escuela Normal Popular de San Martín, que dirige el doctor Jacinto Cuccaro.

CANTO AL AMOR

Amar es poseer el hilo del laberinto, luz que alumbra todos los caminos, copa al alcance de todos los labios; amar es comprender el cielo; es tener, estando dormidos o despiertos, claridad para los ojos y música para los oídos; es inclinar el alma hacia la parte divina de todas las cosas; por eso tú, ídolo mío, confundes tu corazón y tus sentidos, en el retiro en que me recibes, con los diálogos que susurran las olas, los astros y las hojas. Los cristales dejan pasar la luz, y, de igual manera, a pesar de las brumas y de las dudas, al través del amor pasan todas las verdades, ángel mío. El hombre y la mujer, grupo feliz, cuyos corazones laten al unísono, ven el cielo a su alrededor y son transparentes el uno para el otro; retratan, como un lago que refleja un astro en sus aguas cristalinas, del Dios invisible la luminosa figura. ¡Amémonos! Los bosques están frondosos, el estío brilla resplendeciente de luz; los gérmenes se entreabren, las olas se derraman y la hierba crece. Que recorra lejos de nosotros la multitud caminos insensatos, amémonos, roguemos a Dios y dejemos que divaguen nuestros pensamientos. El amor ofrece a nuestra alma la prueba de que existe Dios: es indispensable que haya un cuerpo en alguna parte para que el espejo proyecte su sombra.—VÍCTOR HUGO.

FAJA DE CAUCHOUT

IDEAL PARA LA

ESTETICA



SEÑORA:

Usted también puede disfrutar de la gran oportunidad

LEONARD

Faja de cauchout colorada, modelos varios, con cuatro ligas seda, $ **25.-** m/n.

En cauchout rosa pálido, pesos **35.-** m/n.

La Faja **LEONARD** de cauchout se amolda admirablemente y realiza un conjunto distinguido. **Toda Señora puede usarla,** en una de sus distintas formas: **Completamente cerrada,** si presenta talle suave; **Abierta atrás o adelante,** para conformar o reducir cómodamente; o **Abierta a los costados,** cuando las caderas son pronunciadas.

Remita con su pedido las medidas de **cintura y caderas, clase y forma de confección.** Todo encargo es cumplimentado con esmero y rapidez.

A Vd. le interesa conocer el nuevo modelo **LEONARD** — patente N.º 21361 — **transformable, poroso, higiénico,** lo más útil y beneficioso para la estética. Las Fajas **LEONARD** únicamente se confeccionan y venden en:

LEONARD

ESMERALDA, 577 BUENOS AIRES

Mampostería en Cemento Armado sistema "RAFAEL CHACON"

LA CAMPAÑA es lugar de producción y de descanso; aproveche el tiempo para edificar. **$ 8.500 m/n.**

Precioso chalet de gran confort, para ser habitado, construído con la acreditada **MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO** sistema

"RAFAEL CHACON"

Aprobado por el superior Gobierno de la Nación, Departamento de Obras Públicas, Banco Hipotecario Nacional y Ministerio de Agricultura. — Patente N.º 18073.

CHACON

IMPORTANTE: No confundir con otra casa **CHACON**, ni otro sistema de mampostería armada con el nuestro.

REMITIMOS CATALOGO GRATIS

Pintura impermeable para paredes "Sulfurina". Pintura Prix rojo para fierros y maderas, y la más eficaz para techos de fierro canaleta.

R. CHACON y Hno.
Of. Téc. Construcciones
1537 - ALSINA - 1537
U. T. 5448, Libertad.
C. T. 3633, Central.



Un original sin manchas, inmaculado, una copia nítida, perfecta... Señorita, fuera de toda duda, el Sistema RONEO representa un notable mejoramiento sobre el antiguo procedimiento de obtener copias por medio del agua.

Dando a conocer el

Nuevo Método RONEO

para copiar cartas sin necesidad del empleo del agua.

Todo comerciante está acostumbrado a recibir cartas que, por lo borroneadas, resultan poco menos que ilegibles, pero la mayor parte olvida que muy a menudo sus propias cartas llegan a sus clientes en las mismas lamentables condiciones.

Al eliminar el factor humano, el nuevo Método RONEO suprime de raíz este inconveniente y provee, rápida y mecánicamente, copias claras, nítidas, perfectas, **sin que jamás el original aparezca borroneado.**

El papel RONEO para copias viene ya listo para ser utilizado. Tiene suficiente cuerpo como para ser empleado para archivos verticales, aunque, comparado con otros papeles, representa un ahorro de espacio equivalente al 25 %. Puede, también, ser archivado en forma de libro. Conviene anotar que cada una de las copias así obtenidas constituye un **facsímile** del original, tal como es éste al salir de su casa. Sin dificultad alguna, puede obtenerse de cada original un cierto número de copias extra.

En todo negocio que despache diariamente un regular número de cartas, un RONEO COPIER constituye un gran ahorro de tiempo y de dinero. Gustosamente haremos una demostración práctica del RONEO, en su propia oficina y en su propia clase de trabajo, sin ningún gasto o compromiso para usted. Escriba, telefonée o visítenos.

Cía. LA CAMONA

39, MAIPU, 43 — BUENOS AIRES

Unión Telef. Avenida, 5075-5076-5077.



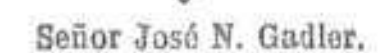
Maestros Mayores de Obras egresados de la Escuela Industrial de la Plata











Señor José N. Gadler. Señor Patricio F. Ditton. Señor Manuel E. Alvarez. Señor Roberto F. Fernández

LA FALSEDAD DE LA HISTORIA OFICIAL

El sabio investigador Franz von Wendrin, acaba de publicar un libro resultado de mucho años de trabajo y estudio, del cual se desprende que toda la paleontología oficial es falsa, desde el período geogénico de donde parte el error, concordando en sus conclusiones con las de los sabios ingleses que estudian este mismo ramo de la ciencia.

Dice von Wendrin que las inscripciones por él descifradas y descubiertas en las rocas de Bohusland, Suecia, datan de hace veinte mil años y revelan una gran civilización.

Total: que, según la historia escrita en los raros caracteres que el sabio alemán ha descifrado, los vandálos estuvieron en Méjico, Norteamérica y el Brasil unos catorce mil años antes de Colón; que ya aquellos sabían que la tierra era redonda; que exploraron y navegaron por el Nilo antes que la civilización egipcia, y, por último, que existen indicios de que la cultura china se derivó de la misma raza.

Por manera que Copérnico y Galileo han venido con muchos siglos de retraso, y Colón, al columbrar este continente, ha sido un pobrecillo vulgar navegante.

Dícese que los sabios desconfían de este descubrimiento prehistórico; pero no vemos la razón, por de pronto, para negarlo.

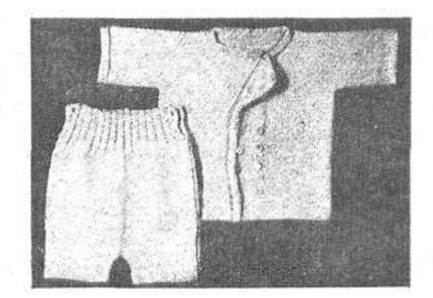
De las épocas remotas nos llegan alientos de civilizaciones que fueron, tan intensas y esplendorosas, que ninguna actual se le iguala; antes bien, tenemos que recurrir a ellas — tal como hizo el Renacimiento — para alimentarnos con aquella savia espiritual.

Desde Aristóteles acá, ¿qué hemos adelantado en Filosofía?

¿Superan a Demóstenes, acaso, los oradores actuales?

¿Qué se desprende de todo esto?

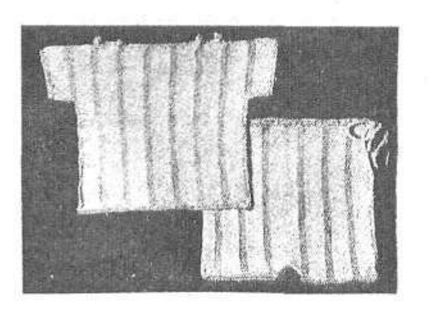
Que no hay progreso continuo; que la humanidad procede por ciclos, más o menos largos, más o menos esplendorosos.



EN PUNTA DE CROCHET

POR

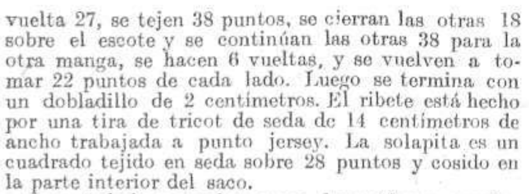
LUZ Y SOMBRA



A pesar de que ha disminuído este año la afición de las veraneantes para el crochet, siempre hay las que aman acompañar la alegre charla con la actividad silenciosa y vigilante de la aguja de crochet. Echarpes, sweaters, mil trabajos fáciles y coquetones para los mayores y los pequeños.

De los dos trajecitos a aguja que aquí ilustramos, el primero es en lana y seda, lana zephir doble seda de tres hebras y agujas número 3. La bombacha tiene 28 centímetros de ancho por 30 de largo.

Se empieza con la lana sobre 60 puntos, se hacen 10 vueltas, luego se tejen 4 de seda. Otra vez 10 vueltas de lana, 4 vueltas de seda, 16 de lana en las que está comprendido el entre-piernas para el cual se disminuyen de un lado 3 puntos aumentándolos del otro en forma de obtener un pequeño triángulo, luego se vuelve a empezar para obtener en la superficie total 7 tiras de lana y 6 rayas de seda. La espalda se hace en la misma forma. La parte superior de la bombacha termina con dos tiras de seda en las que se pasa un cordón. El saco se empieza por la manga. Se hacen 48 puntos de lana sobre 10 vueltas. La seda empieza el cuerpo, se precisan 4 vueltas sobre 128 puntos, la manga inclusive, y 10 vueltas de lana. El escote «bateau» se necesita trabajarlo sobre un solo lado, es decir, sobre 64 puntos: 4 vueltas de seda, 10 de lana, 4 de seda, 10 de lana, etc., hasta contar 5 rayas de seda y de lana. Luego se vuelve a tomar la manga como al iniciar y se termina la espalda como se ha hecho para la parte delantera. El saco termina en una vuelta doble de seda a crochet y dos gruesas bridas sobre cada hombro, en las que se entran dos grandes botones hechos también con crochet.



El otro trajecito es de zephir doble y las agujas son también número 3. El cinturón es montado sobre 28 puntos, 2 derechos y 2 al revés, por 20 vueltas. Luego se sigue con punto jersey por 56 vueltas, se disminuyen 6 puntos por cada lado para el entre-piernas antes de empezar, a punto jersey, un dobladillo de 4 centímetros. La parte delantera de la bombacha se hace en la misma forma, y las dos partes se unen con un pespunte que llega solamente hasta el cinturón, el cual se abrocha con 2 botones. El saco está montado sobre 46 puntos jersey. Después de haber hecho 66 vueltas, se toman 18 puntos de cada lado para hacer las mangas, que tienen 26 vueltas. A la vuelta 27, se tejen 38 puntos, se cierran las otras 18 sobre el escote y se continúan las otras 38 para la otra manga, se hacen 6 vueltas, y se vuelven a tomar 22 puntos de cada lado. Luego se termina con un dobladillo de 2 centímetros. El ribete está hecho por una tira de tricot de seda de 14 centímetros de ancho trabajada a punto jersey. La solapita es un cuadrado tejido en seda sobre 28 puntos y cosido en la parte interior del saco.

Otro trabajo a crochet, muy decorativo y agradable de hacer, es el entredós para sábanas, acompañado de vainillas. Ahora, que la sábana elegante alcanza casi siempre precios importantes, no hay mujer que no aprecie la ventaja de adornar ella misma la fina tela de hilo.

He aquí la explicación del entredós que ilustramos:

Primera vuelta: montar 59 mallas, un punto doble dentro de la 7.ª, dos en el aire, otro punto, etc., hasta formar 7 cuadros, 13 puntos dobles y otros 7 cuadros. 2.ª vuelta: 6 cuadros vacíos, 13 puntos dobles, 2 cuadros, 7 puntos, 6 cuadros. 3.ª vuelta: 5 cuadros, 7 puntos, 1 cuadro, 7 vueltas, 1 cuadro, 7 vueltas, 5 cuadros. 4.ª vuelta: como la tercera, la quinta como la segunda y la sexta como la primera. 7.ª vuelta: 5 cuadros, 10 puntos dobles, 3 mallas, en el aire, 1 pequeña malla cerrada, en el medio de la vuelta precedente, 3 puntos en el aire, 10 mallas dobles, 5 cuadros. Octava vuelta: 4 cuadros, 7 puntos dobles, 3 puntos en el aire, 1 malla cerrada, 3 en el aire, 1 cerrada, 3 puntos, 1 doble, 5 puntos. 9.ª vuelta: 1 doble, 3 puntos, 1 cerrada, 3 puntos, 7 dobles, 4 cuadros.

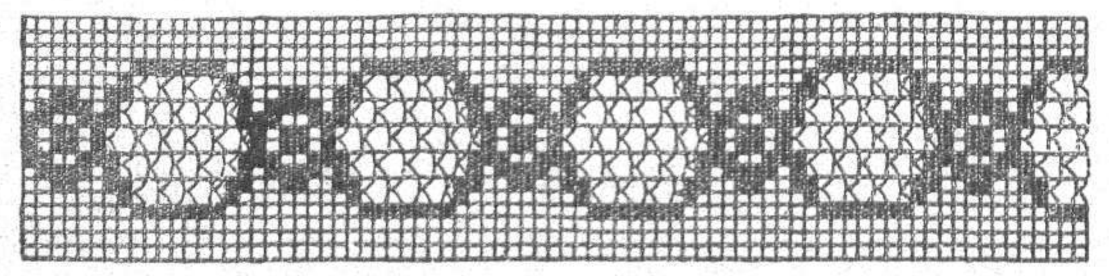
Novena vuelta: 3 cuadros, 4 puntos dobles, 3 puntos, 1 cerrado, 3 puntos, 1 doble, 5 puntos, 1 doble, 3 puntos, 1 cerrado, 3 puntos, 1 doble, 5 puntos, 1 doble, 3 puntos, 1 cerrado, 3 puntos, 4 dobles, 3 cuadros.

Décima vuelta: 3 cuadros, 4 puntos dobles, 5 puntos, 1 doble, 3 puntos, 1 cerrado, 3 puntos, 1 doble, 5 puntos, 1 doble, 3 puntos, 1 cerrado, 3 puntos, 1 doble, 5 puntos, 4 dobles, 3 cuadros.

Undécima vuelta: como la 9.ª; 12.ª como la 10.ª; 13.ª como la 9.ª; 14.ª como la 10.ª

15.ª vuelta: como la 9.ª; 16.ª como la 8.ª; 17.ª como la séptima.

Luego se vuelve a empezar según la explicación desde la primera vuelta.



Resulta verdaderamente agradable,

después de un partido de tennis, sentirse los pies frescos, livianos, holgados. Y esto puede obtenerse si para ello se emplean los Zapatos **"Rueda-Sport"** que, gracias a los selectos materiales con que son confeccionados y a los procedimientos seguidos para su fabricación, ofrecen la ventaja de permanecer constantemente frescos, livianos, flexibles y, de consiguiente, sumamente cómodos e higiénicos.

Son de lona blanca de calidad extrafuerte y cosida a una suela de cáñamo. Basta enunciar esto para comprender cómo es que los Zapatos **"Rueda-Sport"** hallan entre los innumerables deportistas de nuestro país una acogida y un favor que sólo pueden ser dispensados a artículos verdaderamente superiores como éstos que nos ocupan.



Los zapatos "Rueda-Sport", para Hombres, Señoras y Niños, se venden en todas las buenas zapaterías. Pídalos por su nombre.

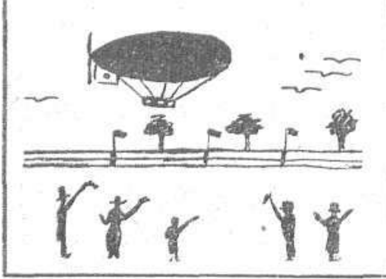
ZAPATOS
RUEDA SPORT

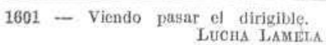


CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

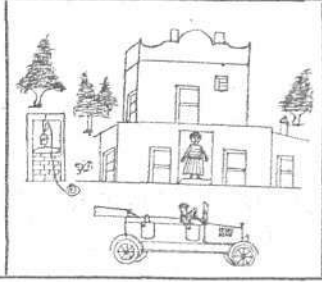


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

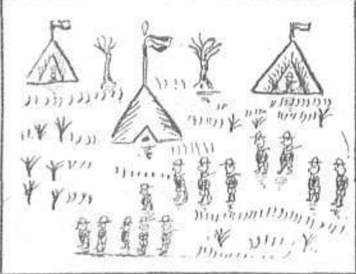




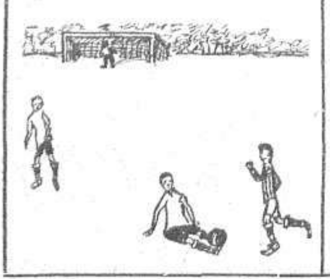
1601 — Viendo pasar el dirigible.
LUCHA LAMELA



1602 — Mi tío llegando a casa.
JOSE GINO.



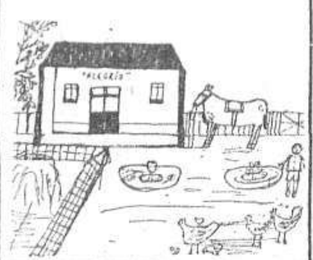
1603 — El campamento de los niños exploradores.
R. VÁZQUEZ.



1604 — Un partido de fottball.
ROMERO ARRATIBEL.



1605 — CARAS Y CARETAS.
JULIO LÓPEZ.



1606 — Mi casa en el campo.
SANTIAGO L. GIORGI.

LA SALUD DE LOS NIÑOS

"Germinase"

El alimento argentino más sano y racional para criaturas.

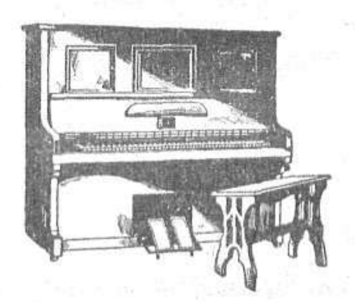
De venta en Farmacias y casas de alimentación.

EL SABADO 19 DE ENERO

quedará clausurado definitivamente el Concurso que BIXIO y CASTIGLIONI, han organizado en beneficio de sus favorecedores.

Una verdadera garantía de la legalidad y corrección que se tuvo en cuenta al plantear este Concurso, son las siguientes bases, que como podrá apreciarse se apartan en absoluto de los sistemas conocidos:

Se trata de acertar qué día de los comprendidos entre el 20 y 31 de Enero de 1924 inclusives, será el de mayor temperatura en la Capital Federal.



Primer premio

PRIMER PREMIO: Gran Piano "Augusto Roth" de concierto, con autonola, de la casa Breyer Hnos. y 20 rollos a elección. Valor $ 2.600.—.

SEGUNDO PREMIO: Gran Concertola de lujo, con 12 piezas, de la casa "América". Valor $ 380.—.

TERCER PREMIO: Bicicleta para niña o niño a elección, marca "Exquisite" de la casa M. Pacheco & Cía. Valor $ 135.—.



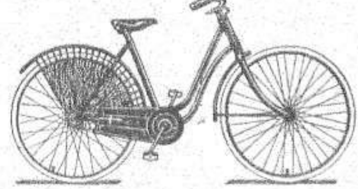
Segundo premio

FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni

C. Pellegrini 760

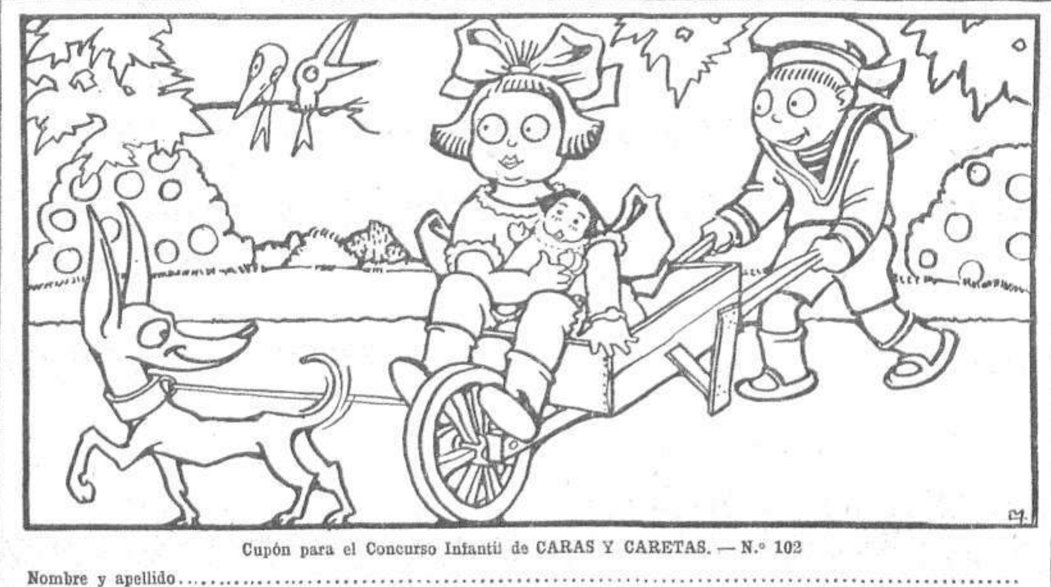
BIXIO y CASTIGLIONI no tienen Sucursal.



Tercer premio

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 102

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

EL VESTIDO DE MAMÁ

POR FAUSTO MARIA MARTINI



AMÁ que ya no existes, hoy quiero borrar un recuerdo tuyo que me pesa. Bien sé que es vana ilusión, porque las palabras sólo sirven para suscitar los recuerdos, mientras que, para borrarlos, conviene interponer entre ellos y nosotros, día a día, un nuevo silencio. Mas mi desesperado tormento me dice que al repetir a mí mismo y a tu sombra la humilde vicisitud de aquel entonces, vuelvo a vivirla con tan desconsolada pasión, que el recuerdo se va destruyendo. Mi renovado sufrimiento actual lo va quemando.

Para todo hombre maduro (ya voy declinando, mamá) la evocación de un momento de la primera niñez es siempre un imprevisto ondear de azul ante los ojos; pero la ternura perturbadora de este recuerdo pueril, en el que tú apareces viva con tu mudo sufrimiento, comparado con otros recuerdos, semeja a uno de esos azules tan intensos e inexorables que resultan casi disueltos y esfumados por la propia intensidad. Hoy tengo necesidad, para postrer padecimiento, tal vez, de ser ardido por el recuerdo angustioso. Que mi alma cansada se reencienda un instante en esa llamarada de amor, de dolor, de remordimiento; y será como si yo mismo, mamá, haya vuelto a recomponer tu figura, vistiéndote con tus ropas de las que no puedo precisar ni el color ni la forma; y será como si yo mismo me doblara hacia ti, resurgida de la nada, para besar un trocito de tu veste: allí sobre el corazón mismo que, en una mañana lejana, el gesto cruel del hijo de doce años hizo sangrar...

□□

EL color de tu vestido, mamá! Ahora no puedo, como no habría podido entonces, dar idea de su color. Es que, quizás, tampoco entonces lo había visto. ¿Acaso se ve el aire que respiramos? Te arropaba el color de nuestro hogar: el color de los muebles, el color de los muros. Bastaba ver tu vestido, mamá, para comprender que toda tu vida se integraba por los quehaceres domésticos. Una repasada a los vidrios de mi pieza donde estaban las huellas de mis dedos sobre la empañadura húmeda del aliento, un rápido golpe de plancha a los pantalones de papá, una espolvorada a los ángulos salientes de los muebles (Francisca, ¿no veía el polvo?...) y cada quehacer, cuando tú habías compuesto la indecible armonía del todo; sillas, mesas, lechos, armarios y enseres, esa armonía para la que la madre es como el Dios bueno de la casa, cada trabajo, dejaba un reflejo de sí propio sobre tu vestido; y el color de las piezas, la verde de Margarita, la amarilla descolorida de papá, te envolvía con su luz misteriosa, hasta el punto de que luces y tintes y reflejos y empañaduras y polvo removido, todo se fundía para dar existencia al color de tu vestido que no sé definir, pero que hoy en mi recuerdo es, mamá, como el uniforme de todas las madres del universo...

□□

R*osa:* la rosa, *rosae:* de la rosa...»

Vuelvo a verme bajar a la carrera, entre Sappia y Venturini, las escaleras del Liceo, saltando los peldaños de dos en dos, con la rapidez casi milagrosa que proviene de la inminente alegría de la libertad callejera, mientras mis dos compañeros que bajan conmigo con los libros debajo del brazo van mascullando, también ellos, la declinación del sustantivo, y parece que todos estuviésemos mascando con rabia una escuálida rosa de papel, entreabierta durante el tedio de la hora de latín.

Vuelvo a verme; y donde termina la escalera, en el portal que cobija las madres y las hermanas de los alumnos, entre los tonos multicolores de los vestidos primaverales, también vuelvo a verte, madre, que llevas tu vestido diario, que es color del polvo, color del encierro, color de tu humilde vida, color de la nada...

Tu vestido te hace tan borrosa, mamá, que si tu mirada ansiosa no me hubiese llamado, aterrado casi, ni bien me hube asomado al primer descanso de la escalera, tal vez no te hubiese visto.

A tu lado, mamá, hay brillazón de oro. Tú no la percibes siquiera, escondida como estás en la aureola de ese vivo fulgor, pero yo he reconocido inmediatamente, desde allí, a la joven madre de Sappia. Llevo en mis pupilas el color de sus cabellos, desde la primera vez que la vi en la sala de conversación, un día jueves, por la tarde, como se lleva en las pupilas que han estado demasiado tiempo al sol el reflejo que más profundamente nos devasta con su luz, aunque intentemos borrarlo presionando sobre los párpados cerrados. De entonces han transcurrido meses, pero ese fulgor no quiere apagarse dentro de mí y aun durante el sueño llamea en mis tinieblas de niño de doce años. Es entonces cuando, si esa llamarada relampaguea en la



El doctor: — ¡A ver la lengua! ¡Más aún!... ¡Toda!...
Toto: — Pero no puedo, señor. Está agarrada por la otra punta...



— Cuando acabe de limpiarme los dientes no olvide que he venido para que me afeite.

sombra, me despierto sobresaltado: es como si fuese pleno día y Francisca (la criada) hubiese abierto de par en par la ventana de mi pieza y un río de luz fluyera junto a mi lecho... En cambio aún es noche profunda, y un frío terror me hiela de súbito si mi mano busca a mi lado, en el lecho, una forma misteriosa, nacida de la sombra o quizás engendrada por la tibieza misma de mi carne agitada en el sueño por la fiebre de mi inquieta pubertad!

Esa forma misteriosa es la de aquella mujer joven que apenas conozco, la mujer joven que se destaca entre la pequeña muchedumbre de madres que aguardan en el fondo del portal y que descuella en virtud de la propia luz. Por ella, por haberla visto, he titubeado en mitad de la escalera; por ella he sofrenado mi carrera y he palidecido, acaso...

Fué un segundo, fué un segundo de duda; pero no se te escapa, mamá. Desde el rincón del portal donde te has colocado como en una hornacina, tú abres tus grandes ojos, cuya mirada me había asido poco antes, y dirigiéndolos hacia todos mis compañeros, aquí y allí, parece que preguntaras a cada uno por qué tu hijo ha interrumpido su carrera y se ha detenido. ¿No es la hora de la salida, la hora de la libertad? El recuerdo angustioso me afronta, el recuerdo de mi mayor culpa de niño. Tú me miras un momento y yo, desde lo alto, con un ademán de la mano, te invito a subir. He ahí que te escurres de entre las madres y las hermanas de los compañeros, ya estás a mi lado, y en la mitad de la escalera me interrogas con la vista antes que con la palabra, y luego, con voz velada: «¡Cómo! ¿No han terminado las clases? ¿No vienes a casa?»

Y me tiendes la boca para el beso de siempre, para el beso de todos nuestros encuentros... Pero yo (qué dolor recordarlo hoy que no existes ya, mamá), yo tengo el coraje de apartar de mi boca la tuya que espera...

Veo, al instante, dibujarse mi nombre en tus labios descoloridos; un momento tan sólo y luego desvanece inmediatamente porque tú no te atreves siquiera a pronunciarlo y me parece que nunca más deba llegarme pronunciado por ti; ¡a tan grande distancia me he colocado, rechazándote el beso!

Me miras, en silencio, aterrada. Yo no sé discernir lo que estoy por hacer; sin embargo, es necesario que haga algo para desatar el nudo de sangre que helada me sofoca; de otro modo no podría respirar más... Me doblo sobre tu hombro (eres tan baja, ¡pobre viejita mía!) y te murmuro al oído:

—Mamá, el rector quiere que le vea antes de irme. Espérame abajo, en la portería. Voy en seguida, mamá.

No he concluído de musitar a tu oído mis escuálidas razones y ¡a la carrera por el corredor que lleva al escritorio del rector! Pero no he podido huir tan velozmente como para no ver la oleada de dolor que cubre tu rostro y sentir, desde el fondo del portal, el sonido de los besos de Sappia en las mejillas de la propia madre...

□□

Tú, mamá, lo has comprendido todo: tú has comprendido perfectamente que el rector no deseaba hablarme y sabes muy bien que en lugar de ir a llamar a su puerta, me he detenido en el corredor, me he escondido detrás de un cortinado y he esperado que transcurriera el tiempo necesario para justificar mi mentira...

¡Cómo he sufrido, mamá, durante esa espera! Te veo, sabes, mientras vas descendiendo silenciosa la escalera, yendo hacia la portería: te veo con mi pensamiento aterrado.

Parece que has envejecido repentinamente, te tambaleas al pisar cada peldaño y parece que tu pecho no lograra contener, sofocar el dolor infinito de la madre que ha permanecido con su pobre ósculo extraviado sobre su boca tendida hacia el hijo; ¡quisieras sofocarlo, que no desbordara ese tremendo dolor mudo!

Ese tremendo dolor te bebe toda la sangre, mientras en la portería me aguardas, porque cuando sobrellego te hallo emblanquecida como una imagen de cera.

Estás casi oculta entre el marco de una puerta y un mueble, como una estatua en su hornacina. ¡La estatua de la aflicción materna! Pero mi pensamiento está aún en otro lugar, extraviado. ¿No ves? En lugar de echarme a tu cuello, ahora que renace mi alegría interior al escuchar sobre el empedrado de la calle el pataleo de un caballo, destácase nítido y como sobre un fondo de silencio, el rumor sordo e igual de las ruedas con gomas. Es el coche de Sappia. Mi compañero y su joven madre están ya distantes ahora y ésta no sabrá que soy el hijo de la mujercilla que ha estado, por algunos momentos, a su lado, en el vestíbulo, cubierta con el más humilde vestido que pueda llevar una mujer, sin hechura determinada, color de polvo, color del quehacer doméstico, color de la nada...

□□

Me he avergonzado de ti, mamá, y de tu vestido demasiado modesto, y por eso he esquivado tu boca, escapando por temor de que alguien me viera!

Pero el recuerdo no cesa de castigarme amargamente por esa crueldad sin nombre, pues siempre, no bien permanezco a solas conmigo mismo, vuelven a entreabrirse bajo mis miradas tus labios descoloridos que no pueden sostener el peso de su pobre beso perdido.

¡Y no hay dolor más áspero, más crudo para el corazón de este hijo que empieza a declinar, ahora que tu boca no da ya besos y palabras sobre la tierra de los que viven!

TRADUCCIÓN DE
ATILIO E. CARONNO



—No corras tanto, Mauricio... ¡No es sino un billete de 1.000.000 de marcos!



El guarda: — Vea, caballero: póngase usted el sombrero, porque el avestruz va a creerse que ha puesto un huevo...

EXPEDICIÓN CIENTÍFICA AL POLO ÁRTICO

Seis destacados capitalistas y manufactureros yanquis se proponen volar al Círculo Artico en el próximo verano, y dentro de las setenta y dos horas después de partir, estar cazando osos blancos y morsas.

Estos señores son: I. M. Upercu, presidente de la Compañía de automóviles Detroit Cadillac Motor Car Cor., de Nueva York, y uno de los *pioneers* de la aeronavegación; Howard E. Coffin, vicepresidente de la Compañía de automóviles Hudson Motor Car Co., y presidente de la Asociación Nacional Aeronáutica; Harold H. Emmons, presidente de la Junta de Comercio de Detroit; doctor James W. Inches, prefecto de policía de Detroit; Wm. E. Metszger, presidente del Club Atlético de Detroit, y Charles F. Redden, presidente de la Compañía de transportes aéreos «Aeromarine Airways Inc.», cuyos hidroaviones vuelan en la Florida, Nueva York y el lago Eric.

El aparato que emplearán para llevar a cabo su objeto es un avión del tipo aeromarino con camarotes en el interior, impulsado por motores «Liberty», en curso de construcción en la fábrica de la sociedad.

La colosal aeronave partirá de Nueva York a principios del verano y navegará, utilizando las vias fluviales, hasta Montreal, y desde este punto, remontándose por el río Ottawa y una cadena de lagos, hasta la Bahía de James. Siguiendo esta ruta, siempre tendrá el aparato un lugar próximo para aterrizar. Desde este punto volará a la Bahía de Hudson y de aquí al Círculo Artico. El recorrido total será unas cinco mil millas y el viaje durará, salvo contratiempo, de dos a cuatro semanas, puesto que se harán numerosas etapas.

Los deportistas de la expedición tendrán ocasión de cazar osos blancos y morsas, mientras que los financieros harán una investigación de las existencias de minerales, maderas y animales de pieles finas, que en lo pasado han sido traídas de las regiones septentrionales por los exploradores, después de largos meses de privaciones y peligros.

Con referencia a esta expedición a las regiones árticas, dice el señor C. F. Redden: «La idea de volar al distrito de la Bahía de Hudson nació en mi mente hace poco tiempo mientras volaba sobre la provincia de Québec. Pude observar entonces que existían innumerables ríos y lagos que suministraban una vía acuática, casi sin interrupción, desde Nueva York al Círculo Artico. Haciendo algunas investigaciones averigüé que en un viaje al distrito de la Bahía de Hudson en la actualidad, en trineos arrastrados por canes y en piraguas, se invierten de seis a ocho semanas (según la época del año), lo cual significa seis a ocho semanas de aventura y penalidades demasiado extremas para aquellos acostumbrados a las comodidades de la civilización.

«Estas consideraciones me llevaron a la conclusión de que si en la actualidad los banqueros y hombres de negocio buscan descanso y nuevas distracciones en los rincones más apartados de la tierra, sería una buena idea conducir a un grupo de éstos a las regiones poco conocidas del norte.

Además, el viaje que nos proponemos hacer no presenta ningún riesgo. Hemos probado conclusivamente durante los tres años de existencia de nuestro negocio de transportes aéreos, en el cual período nuestros aviones han volado más de un millón de millas, con pasajeros, y han *batido* varios *records* de seguridad, que nuestro viaje al distrito de la Bahía de Hudson no solamente es posible, sino también de resultados prácticos.»



Señor Ramón Lozano, que obtuvo el premio de "Caras y Caretas" y el primer "accésit" en los Juegos Florales de Pigüé, por su trabajo el "Quijote y la Raza".

Cartas de París.

APRENDED A DIGERIR

LA DISPESIA VENCIDA POR LAS UVAS

Si los malos microbios alteran y destruyen la salud, los hay, por el contrario — si se toma la palabra "microbio" en su sentido más amplio — que son bienhechores, y que la consolidan y mejoran.

Entre estos últimos, algunos preexisten en la sangre: tales los glóbulos blancos, "los fagocitos" (como los llama Metchnikoff) a quienes incumbe el cargo de defender el organismo contra los fermentos patógenos, los venenos que éstos destilan, y las otras substancias molestas o nocivas. La vida, en realidad, no es otra cosa que una batalla sin fin de esta guardia íntima contra los elementos mórbidos. Batalla que tiene sus vicisitudes, como todas las batallas. Sucede a veces, en efecto, que los buenos fermentos fagocitarios sucumben, aplastados por el número o la virulencia del enemigo: el rescate de su derrota es la enfermedad y, a veces, la muerte.

Por fortuna, es siempre posible enviarles refuerzos, bajo la forma de fermentos vivos, cultivados fuera del organismo, seleccionados, educados de manera que puedan triunfar de todas las resistencias.

Así se explica la eficacia de los FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN, en la dispepsia, por ejemplo, y los otros trastornos digestivos que provienen precisamente de fermentaciones anormales. Sistemáticamente elegidas entre los fermentos de uvas de países cálidos, aclimatadas por un método ingenioso, para vivir a la temperatura del cuerpo humano, estas preciosas levaduras prosiguen su evolución en el estómago, regularizan muy pronto la nutrición, purifican la sangre, reaniman la energía vital. Las digestiones cesan de ser penosas, desaparecen las náuseas, las hinchazones de vientre, las tufaradas de calor, renace el apetito, y reaparecen las fuerzas y el placer de sentirse vivir. Millares de testimonios lo prueban.

Tan activos, y aún más activos que tantas drogas a la moda, los fermentos de uvas no tienen ninguno de los múltiples inconvenientes de aquellas.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se envía gratuitamente a cuantos lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Buenos Aires.



EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

BORDONA

El Diccionario sólo consigna a «bordón», nombre que aplica, en los instrumentos músicos de cuerda, a cualquiera de las más gruesas que hacen el bajo.

El cambio de género y la acepción restringida que tiene entre nosotros, podrían explicarse quizá vinculando el empleo de la guitarra, instrumento preferido de nuestros campesinos, a un motivo puramente sentimental; el cual consistiría en la propensión de la gente de campo a las canciones elegíacas, donde los asuntos parecen inspirarse siempre en la tristeza y el dolor femeninos. Las palabras «guitarra», «cuerda», «tristeza», íntimamente asociadas en la mente del payador, han producido, pues, a «bordona», voz que, por ser femenina, conviene a las cuerdas cuyas vibraciones diríase que para nuestro campesino semejan angustias y caricias de mujer. «Cuando el último verso y la última pulsación de la *bordona* han quedado repercutiendo en la noche muda, ya no pueden esperar más tiempo, y haciendo un heroico esfuerzo, él se desprende de su banco, salta sobre el caballo que le llama con resoplidos y se aleja al galope». (J. V. González, *Mis Montañas*). «Y cuando el pecho se entona — Hago gemir a la prima — Y llorar a la *bordona*». (J. Hernández, *Martín Fierro*).

BULLARANGA

Es una verdad inconcusa que nadie emplea hoy «corónica» por «crónica» ni «Ingalaterra» por «Inglaterra»; no obstante, los libros de texto de castellano siguen anotando como únicos ejemplos de epéntesis, esto es, de agregación de letras en medio de palabras, a «corónica» y a «Ingalaterra».

Los autores argentinos podrían acrecentar el exiguo caudal con «bullaranga», que ha sido deducido de «bullanga» y cuya traza simpática es indiscutible: «Cuando el sol ha caído y dejan de ser temidos sus flechazos, la gente vuelve al oficio, hasta que el astro se oculta tras de la sierra; la *bullaranga* se desvance como por encantamiento y comienzan a volver todos a los ranchos». (J. V. González, *Mis Montañas*).

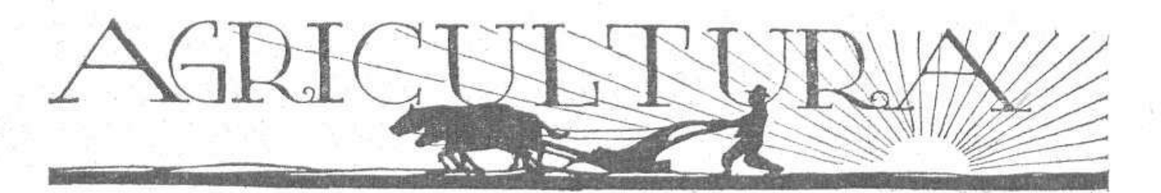
CARÁTULA

Empleada en la acepción de portada de un libro ha merecido la tacha de los lexicólogos.

Rufino Cuervo observa que «carátula» y «portada» (de un testamento, de un libro) tienen de común el concepto accesorio de *cubrir*, el cual, en su sentir, ha venido a igualar términos a primera vista muy diferentes.

Entre nosotros, Domingo F. Sarmiento, a quien se atribuyen muchas impropiedades de lenguaje, ha usado el término en «Facundo» conforme al concepto rígidamente purista: «Miento, que no concluye aún la fiesta; que a don Juan Manuel Rosas se le ha antojado llamar a sus enemigos presentes y futuros *salvajes, inmundos, unitarios* y uno nacerá *salvaje* estereotipado allí dentro de veinte años, como son federales hoy todos los que llevan la *carátula* que él les ha puesto».

(Continuará.)



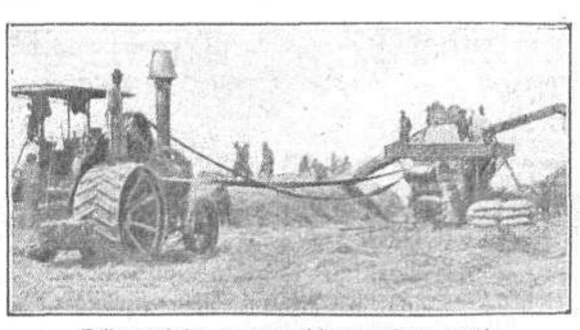
LA TAREA DEL MES: LA TRILLA

La civilización, con todos sus progresos, que trae comodidades para la vida y facilidades para el trabajo, alcanzó a beneficiar también a los agricultores; las jóvenes generaciones de la población rural, que han encontrado esos progresos en pleno auge, tienen a su disposición las maquinarias más perfeccionadas para la ejecución de sus tareas: el tractor para la arada, las sembradoras para la siembra, las espigadoras-atadoras para la cosecha y las grandes trilladoras para la trilla; por esto no conocen, porque no lo han visto, el antiguo sistema de los látigos trilladores, con los cuales, los obreros en filas, uno frente a otro, al ritmo uniforme y acompasado, golpeaban las espigas tendidas en las eras y las desgranaban, aventando después el grano con palas de madera; tampoco han visto la trilla con yeguas, las que acollaradas en grupos de 3 o 4, corriendo en círculo, en un corral redondo y pisando con sus cascos las espigas tendidas en el suelo, las desgranaban; con estos sistemas primitivos apenas se hacía un trabajo regular y lento; un obrero con látigo en mano, podía trillar cuando más de 120 a 150 kilogramos de trigo por día.

Trilla con yeguas: sistema primitivo.

Hoy, en cambio, los colosales y perfectos mecanismos que constituyen las trilladoras, accionados por poderosos motores a vapor se tragan una o más parvas en un día y con una dotación de 20 hombres pueden trillar hasta mil bolsas en el mismo período de tiempo.

Son casi seis mil juegos de estos que andan de chacra en chacra por nuestra campaña, durante este mes y los siguientes y que embolsan rápidamente nuestra colosal cosecha de trigo, lino, avena, cebada y alpiste; desde 1858 que se importó al país la primera trilladora, se han traído miles de estas máquinas poderosas y cada día más perfectas, hasta que hoy, con sus embocadores automáticos, sus motores a tracción y sus detalles mecánicos bien concluídos, efectúan el mayor trabajo, en el más breve tiempo, y con la mayor perfección y con un costo mínimo.



Trilla mecánica, a vapor: sistema moderno, usual.

En todas las zonas cerealeras del país no se emplean otros sistemas, que el de las trilladoras mecánicas; pero en las demás, donde el cultivo de los cereales no tiene, por su escasa extensión, mayor importancia, todavía se usa la trilla con yeguas; por esto fué un acontecimiento, saludado con explosiones de sorpresa y entusiasmo, cuando el año pasado fué a la provincia de Catamarca una máquina trilladora, enviada por el Ministerio de Agricultura, a cargo de un técnico, para hacer conocer, trabajando, la nueva forma del desgrane; no es difícil, que siguiendo este ejemplo, otras máquinas sean introducidas en las demás provincias, donde hasta ahora no han alcanzado a difundirse estos portentos de la mecánica al servicio de los agricultores.

Pero es el caso que éstos, aunque agraciados por la suerte con mecanismos que facilitan, perfeccionan y abaratan su trabajo, no saben siempre sacar de ellos el mayor beneficio; nos referimos al poco cuidado que se emplea en la trilla en nuestro país, respecto a la limpieza de los granos.

Es común ver, en casi todos los trigos y demás cereales, al salir de la trilladora, que abundan las semillas extrañas; cebadilla, yuyo colorado, nabo, quinoa, enredadera y otras numerosas y diversas especies, sin contar las materias extrañas inofensivas como son: paja, glumelas, no escaseando en fin los granos rotos o quebrados.

Los análisis que a menudo se efectúan con motivo de investigaciones, concursos y estudios, acusan a veces proporciones alarmantes de estas impurezas, que si bien derivan en origen, de los sembrados sucios, a lo último, resultan siempre de una trilla defectuosa o negligente.

Esta falta de limpieza en los trigos es frecuentemente intencional porque hay agricultores, y son los más, que creen que las materias extrañas aumentan el peso total del trigo embolsado; pero si esto es cierto, no lo es menos que aquellas disminuyen el peso del hectólitro de trigo y por tanto desmerecen el producto en proporción, esto es en tantos diez o veinte centavos, como kilogramos de menos que pese aquél; sin contar que ese mismo trigo que sale de la trilladora, se emplea para semilla y de ahí que tengamos siempre chacras sucias.

Ahora bien, todo esto tiene su fácil e inmediato remedio que está en manos del agricultor: tener mayor cuidado en el trabajo que efectúa el cilindro batidor para no tener granos rotos; observar la mayor atención en las zarandas para no juntar y embolsar semillas y materias extrañas y conseguir en cambio un producto limpio y bien clasificado; y en fin, la mayor vigilancia en la cola de la máquina, por donde se va mucho trigo con la paja, evitará las pérdidas consiguientes.

Como hemos visto, pues, no basta tener buenas máquinas para efectuar un buen trabajo; es necesario, ante todo, saber emplearlas y utilizarlas para sacar de su aplicación el mayor beneficio que puedan dar.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

LUBIN
PARIS

Sola Mia

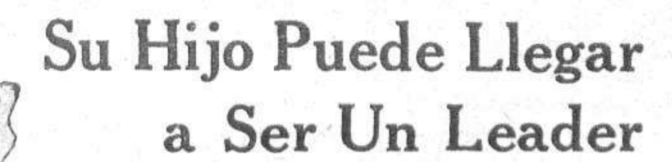
Enigma

Epidor

Douce France

NUEVOS POLVOS ADHERENTES EN LOS PERFUMES de FAMA MUNDIAL

$: 2,00 la Caja en todas partes.



Su Hijo Puede Llegar a Ser Un Leader

De entre los escolares de hoy, que se encuentran en estado de crecimiento, deben salir los futuros dirigentes del mundo.

Nuestros niños deben ser preparados para la responsabilidad que sobre ellos deberá pesar más adelante.

Es esencial que se conviertan en hombres fuertes, sanos, robustos y de sólida mentalidad.

Su médico le dirá que los 16 elementos vitales requeridos por todo niño durante su crecimiento, para su poder mental, nervios, energía y buena dentadura, se hallan en el QUAKER OATS, que es igualmente beneficioso para los adultos.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



FESTIVAL HIPICO EN LA RURAL. — Mayor Ernesto Ramírez, doctor Carmelo Busaniche, señor Simón Iriondo que integraron el Jurado. — Grupo de distinguidas señoritas que, con su presencia, dieron realce a la fiesta.



Señor Ricardo Estrada que obtuvo el primer premio. Señor Raúl López que se clasificó segundo.


OMEGA
AL comprar un OMEGA Vd. adquiere el reloj más perfecto que la Industria Suiza es capaz de producir. Los 6.000.000 de relojes OMEGA actualmente en uso en el mundo entero, son el testimonio más elocuente de nuestra afirmación, al mismo tiempo que representan para Vd. una garantía absoluta.
El OMEGA se fabrica en una inmensa variedad de modelos para señoras y caballeros; su precio oscila entre $ m/n 32.— a 1.000.— y se hallan en venta en todas las buenas casas del ramo en la República.
OMEGA WATCH Co.-BIENNE (Suiza)
Casa Fundada en 1848.
ROBERTO BRAND y Cía. Unicos Importadores-B. As.

De Santa Fe

Banquete de confraternidad realizado entre los miembros de las colectividades Española e Italiana con el loable propósito de estrechar vínculos de amistad.



Brissac.

Exquisito polvo grasoso, de perfume fresco y agradable es, no solo es inocuo para el cuidado del rostro, sino que por su adherencia e invisibilidad le dan una suavidad a la tez que con ningún otro similar puede alcanzar.

L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443/65
Unión Telefónica 2045, Belgrano

En venta en las principales Tiendas, Perfumerías y Farmacias.

Poudre Grasse Brissac
Parfumerie Hygiénique
POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC
MARQUE DÉPOSÉE
PARIS-BS. AIRES
Precio de venta $ 2.40 la caja
PARFUMERIE HYGIÉNIQUE

GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
entregará gratis una caja de Polvo Grasoso Brissac a toda persona que en canje remita veinticinco de estos cupones más 20 cts. para fleto.
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires

Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

El tratamiento verdaderamente eficaz y rápido para enfermedades secretas de las vías urinarias.

INYECCION 918

No tiene similar. Es electroactiva. No ataca el canal urinario y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.

Dos inyecciones diarias durante 8 a 15 días bastan para casos recientes de **gonorrea, blenorragia, uretritis, orquitis, prostatitis, catarro vesical, flujos varios, etc.** Casos crónicos necesitarán algo más tiempo pero el resultado es seguro en todos los casos.

Empleo sencillo y cómodo; no necesita régimen especial.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Si su farmacéutico no la tiene, pídalo directamente a los

Laboratorios Farmacéuticos D'Inzeo, Lda.

Departamento de distribución: GARAY, 339 - Bs. Aires.

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO



Precio del frasco $ 5.50 m/n. franco de porte



EL GRAN PROYECTISTA

Le conocí por primera vez en una ciudad de la provincia de Buenos Aires, en una de esas fondas heterogéneas donde las comodidades más progresivas de la civilización moderna se confunden en la mejor amistad con los usos y utensilios de la civilización colonial y de la misma cultura tehuelche. Su nombre tan español, Gutiérrez, (don Manuel) destacó en mi oído desde los primeros momentos entre la algarabía de los otros apellidos del hospedaje, gentes caídas al país de los cuatro puntos cardinales del mundo europeo.

Nos hicimos, pues, amigos muy pronto. Por otra parte, el flamante «Hotel de Roma» donde mi destino me hacía demorar unos días no contaba con demasiadas habitaciones, siendo allí usual que en cada alcoba durmiesen dos huéspedes, cuando no eran tres y cuatro. A mí me tocó compartir la alcoba con Gutiérrez, y esto, como es natural, ayudó a que la simpatía de nuestras relaciones se precipitase.

Tenía una agradable y bella presencia, y al momento se observaba en él una correcta educación, una cultura esmerada. De unos treinta años de edad, de ojos brillantes y negros, pelo abundante y gran barba sedosa en un rostro moreno pálido, indudablemente hacía una buena figura. Es seguro que, de intentarlo, hubiera trastornado el seso a más de una mujer. Pero Gutiérrez no andaba, ciertamente, haciendo el oficio de tenorio por los pueblos de la Argentina.

Me extrañó que a la noche, al acostarse, depositara sobre el mármol de la mesilla de servicio un paquete de papeles manuscritos, en vez de dejar, como yo había observado que hacían casi siempre los otros pasajeros, un revólver amartillado. La cosa, dado mi natural pacífico, me agradó sobremanera e hizo que me durmiese sin temor ni suspicacias cerca de un compañero de habitación tan poco preparado para el homicidio como yo mismo.

A los tres días ya nos habíamos franqueado. Y como suele ocurrir en estos casos, mientras tomábamos el aperitivo o a tiempo de retirarnos a dormir, nos fuimos contando mutuamente nuestras vidas con más detalle y sinceridad que si fuésemos próximos parientes. Supe que Gutiérrez (don Manuel Gutiérrez de la Pezuela) pertenecía a una noble familia de la provincia de Santander, y que habitaba en el país desde dos años atrás. Había llegado a la Argentina con un resto de su fortuna familiar, y se dedicaba, en fin, a la profesión de inventor.

Entonces me expliqué aquel manojo de papeles que solía depositar sobre su mesilla de noche, y que durante el día no dejaba de las manos ni un momento.

— ¿Ve usted? — me decía medio incorporado en su cama. — Son planos, gráficos, memorias y presupuestos de un plan de obras hidráulicas tan magnífico, que por su sola influencia ha de variar profunda y radicalmente la estructura económica, y por tanto social, del país.

Me llamó la atención que no se cuidase de aludir a la parte de negocio personal de la empresa. En aquel ambiente de codicias desenfrenadas, cuando todos pensaban exclusivamente en su dinero, era extraño tropezar con un hombre delicado que por pudor no mencionaba al dinero, sino a la prosperidad de un país que ni siquiera era el suyo.

— Aquí están los comprobantes — siguió diciendo, y extendió sobre la cama un montón de planos en papel tela. He tenido la paciencia de estudiar uno por uno todos los saltos de agua de alguna importancia que vierten hoy su fuerza inútil entre las angosturas de los Andes. Los he visitado todos. ¡Ah! ¡Qué maravillosa belleza en aquellos espumosos torrentes perdidos en las fragosidades deshabitadas, en aquellos ríos solitarios que se remansan en los altos valles y caen después al fondo de sonaros y terribles cañadones!... Pero hay en ellos otro belleza todavía más sugerente. Tras aquellos saltos de agua se adivinan los ejércitos de postes transmisores, toda la llanura argentina llena de fuerza eléctrica, las fábricas acumulándose a millares desde la cordillera al mar, las industrias nuevas formándose fácil y naturalmente, la vida y la población del país acrecentadas con una potencia irresistible... Fíjese bien: son cuatro millones de caballos de fuerza los que se trata de arrancar a los Andes para el servicio vital de la República.

Le vi pronunciar la cifra: ¡cuatro millones de caballos de fuerza! con un gesto grande, con una intensa contracción de todos los músculos de la cara, y haciendo con los dos brazos un ademán amplio, como si abarcase en él a los Andes y a la llanura inmensa conjuntamente. Le vi palidecer y tenderse en seguida, realmente aniquilado por aquel formidable esfuerzo de imaginación, sobre la cama, y quedarse mudo, con los ojos cerrados.

Me asaltó una vaga sospecha... Pero no; yo no tenía derecho a crueles suspicacias. Sólo se me ocurrió advertir, al cabo de unos minutos:

— Pero bien;

me habla usted de una empresa costosísima. Se trata tal vez de cien, de quinientos millones... ¿Cree usted posible reunirlos?

—En eso estoy—exclamó Gutiérrez sin tratar de incorporarse.—A eso me dedico, a reunir veinte millones con los cuales creo poder consumar esa obra que ha de transformar al país. He hecho gestiones y trabajos en tal sentido por diversas provincias, y ahora trato de convencer a los ricos estancieros que hay por esta comarca.

—¿Y lo consigue usted?...

—¡Son tan brutos!...

Dijo estas palabras, impropias de su habitual delicadeza, con el acento rencoroso que usaría un chico al verse defraudado en alguno de sus íntimos anhelos. Y se tapó con la sábana hasta los ojos, como para dormirse. Yo respeté su deseo, apagué la luz y todo quedó en silencio. Al día siguiente tuve que volverme a Buenos Aires.

Encontré de nuevo a Gutiérrez unos meses más tarde en el vestíbulo de un lujoso hotel de la capital. No había cambiado nada. Al contrario, sostenía como nunca su alto rango de gran proyectista.

—Vengo—me dijo—a tratar con Mr. Rood, uno de los más poderosos «lanzadores» de negocios de Norte América. Creo que llegaremos a un arreglo. Yo le propongo la administración de mi proyecto magno...

—Ah, sí, los saltos de agua de la Cordillera. ¿Y cómo marcha ese asunto?

—No se trata de eso. ¿Pero no sabe?... Pues los periódicos han hablado algo. ¡Es un proyecto gigantesco que transformará la faz de Buenos Aires!

Me hizo sentar frente a una mesilla, encendimos unos cigarrillos y lanzó con palabra fácil y entusiasta vehemencia todo el desarrollo de su nuevo plan.

—Usted conoce—dijo—cuál es el defecto elemental de Buenos Aires: carece de altitudes topográficas. La naturaleza reunió aquí cuantas ventajas son indispensables para la prosperidad de una población, desde un ancho río hasta un terreno fértil y suave. Pero la naturaleza se olvidó de la belleza. ¿Y es que el hombre civilizado puede prescindir de los goces del espíritu? ¿Lo hemos logrado todo cuando conseguimos reunir riquezas? No. La belleza no es lo superfluo, sino lo esencial. Y después que Buenos Aires se ha llenado de orgullo por las grandezas que ha ido atesorando, resulta que se siente infeliz sólo porque ahí a la otra banda del estuario se levanta la ciudad de Montevideo con la maravilla de su Cerro... ¿Me entiende usted ahora?

—No me atrevo a sugerir, la verdad... ¿Pero es una montaña lo que se propone usted crear junto a Buenos Aires?

—Ni más ni menos. Una colina de trescientos cincuenta metros, cincuenta más que la torre Eiffel. ¿Le asusta a usted el propósito? Tranquilícese, porque no le estoy hablando de memoria. El proyecto está perfectamente estudiado. ¿Quiere pasar la vista por los planos?

Y entreabrió una voluminosa cartera. Me quedé sorprendido ante aquel caso de imaginación que superaba a todos los más fecundos proyectistas que alcancé a conocer hasta entonces en la patria natural de los fantásticos buscadores de fortunas. En fin, mi antigua sospecha quedaba comprobada: el amigo Gutiérrez era un caso de clínica. Me dejó abatido el descubrimiento, porque el joven fantasista tenía un alma noble digna de mejor suerte.

—No necesito explicarle muchos pormenores,—siguió diciendo con jubilosa exaltación. El fondo práctico del proyecto salta a la vista. ¿Verdad que es magnífico? A mí no me gustan las empresas modestas; las dejo para los almaceneros y chacareros o gentes por el estilo. ¡Figúrese!... Un día, el viajero que llega de Europa verá alzarse al norte de Buenos Aires, un poco más allá de Palermo, una eminente colina cuajada de palacios y jardines. ¡Hermoso espectáculo, que hará de Buenos Aires la urbe más armónica de Sudamérica! Pero examine más a fondo el asunto. Póngase a imaginar el precio que por cada metro cuadrado de terreno pagarían los millonarios argentinos en una montaña que está sobre las mismas puertas de Buenos Aires. Tener un chalet en esa montaña será más envidiable que poseerlo en la misma avenida de los Campos Elíseos de París. Y en la cumbre de esa montaña, ¿qué cree usted que habrá de erigirse? ¿Un faro monumental? ¿Un monumento gigantesco a las glorias nacionales? Sí; todo eso. Pero además construiremos un inmenso casino-hotel donde se alberguen las mejores comodidades de la vida civilizada, con un tren ascensor, con camino para automóviles hasta la explanada de la cumbre... ¿Qué tal? ¿Comprende ahora la magnitud del negocio?

Yo no supe qué responder, porque realmente me sentía anonadado por un cúmulo de impresiones. De pronto, Gutiérrez se levantó de su mullida butaca y corrió al encuentro de un señor alto, cabello gris y mirada astuta que acababa de entrar de la calle. Se volvió a medio camino y me pidió excusas.

—Perdone que le deje; es míster Rood...

Le vi alejarse en compañía del yanqui, y en una larga temporada no volví a tropezarme con él.

Cierta tarde, mientras reponía mis fuerzas en un café de la Avenida de Mayo, distinguí en un rincón a un individuo que se parecía bastante a mi amigo Gutiérrez. Tardé en convencerme de que fuera él. ¡Qué cambio tan sorprendente y lamentable! La barba sin aliño, el semblante desmayado, el sombrero raído, el traje viejo, verdaderamente ofrecía un aspecto desolador. Pero la estructura moral era todavía más lamentable que su vestido.

Me vió, y observé que no se apresuraba mucho a darse por descubierto; tal vez hubiese preferido no haberme encontrado. Me dirigí a su mesa, sin embargo, y cometí la falta inconsciente de aludir a su proyecto de una montaña en los alrededores de Palermo. Hizo un gesto de disgusto. Sus ojos se ensombrecieron. ¿En dónde estaba aquél jubiloso entusiasmo del gran Gutiérrez? Por último pronunció como otra vez:

—¡Son unos brutos!

—¿De manera—le digo—que no han comprendido tampoco ahora la grandeza de sus planes?... Pero bien; usted habrá pensado otro proyecto, acaso más sencillo o realizable que los otros.

—Sí—respondió con cierta vacilación—tengo un proyecto...

Se interrumpió de pronto, como receloso; dió una chupada al cigarrillo y exclamó otra vez:

—Pero son tan brutos...

Era el grito del alma soñadora que encuentra al rozar con la realidad toda la injuria, todo el escarnio, toda la brutalidad insultante de la vida. Sentí una pena íntima e inexpresable ante aquel dolor tan dignamente sobrellevado, y tan sin esperanza de remedio. El gran proyectista, por lo visto, había agotado sus recursos de dinero y, lo que era peor, empezaba a fallarle su tesoro ilusorio.

Sobre la mesa estaba su célebre cartera; la noté flácida, pobre, como agotada. Junto a la cartera, un libro encuadernado lujosamente.

—¡Lee usted

buenos libros, por lo que veo? — dije señalando el volumen. Gutiérrez se sonrojó.

— No, nada de lecturas ociosas... Es un tomo de una enciclopedia inglesa... Me han rogado que trabaje algunas subscripciones...

¡Pobre Gutiérrez! El hambre, sin duda, le había empujado a aquella innoble faena de ir recogiendo subscripciones por las casas a cambio de quién sabe qué miserable estipendio.

— Hace usted bien — le dije — conviene ocuparse en algo productivo mientras llega el instante de realizar ese gran proyecto.

Pero Gutiérrez, siempre receloso, ocultaba ahora sus planes con una reserva que contrastaba con su antiguo entusiasmo. Tuve que obligarle a hablar, portándome del todo indiscretamente.

— Sí, un hermoso proyecto... Se trata de fundar una sociedad para la explotación de las riquezas de los territorios australes: pesquerías de ballenas, focas y pingüinos; minas de carbón, actualmente ocultas bajo los hielos eternos; probablemente yacimientos de oro...

Se detuvo. Me miró de un modo extraño, y aquella simple mirada, tan fugaz, me reveló todo el estrago que la desdicha había producido en su valerosa y aristocrática alma. Sí; el amigo Gutiérrez estaba empezando a encanallarse. Comprendí que por su cerebro acababa de pasar la idea del pechazo...

— En efecto, hay grandes perspectivas económicas, y ahora es el momento de aprovechar la ocasión. No crea usted que vamos a fundar una sociedad para millonarios; acciones de cien pesos, sencillamente de los cuales se pagan veinte nada más por adelantado...

— ¿Veinte pesos? No me diga más, querido Gutiérrez. Apúnteme en la lista y ahí van los veinte pesos de adelanto.

Entonces vi operarse en la figura de mi amigo la transformación más curiosa y más trágica que nunca había conocido en ningún otro hombre. El pobre Gutiérrez tuvo a la vista del billete que yo le ofrecía una crisis, una contracción de todo el ser; estoy por decir que vi, materialmente vi a todas las potencias de su alma sujetar la mano, que naturalmente había iniciado el ademán de tomar el billete. Pero un espectador menos atento que yo no hubiera observado nada. Sólo habría visto a Gutiérrez quedar un momento rígido, como a impulso de una contracción interior, y decir después, con acento tranquilo:

— No, todavía no. Ya me entregará usted esa cantidad cuando estén organizadas las oficinas.

Y se despidió, como huyendo de la tentación. Pero había olvidado, en la precipitación de su partida, un fajo de tarjetas donde leíase pomposamente:

«Sociedad Anónima de los Territorios Australes. Explotación de pesquerías y minas de carbón y oro. Domicilio social: Paseo de Julio, 350.»

Aquella misma noche le envié un billete de veinte pesos en un sobre cerrado. Ya no lo volví a encontrar más. ¿Se habría muerto? Realmente los hombres así merecen marcharse, dando la última pirueta, a la región donde mana la eterna y divina fuente de los sueños.

JOSE M.ª SALAVERRIA



ULTIMAS NOVEDADES en

Discos Victor

correspondientes al MES de ENERO

Discos Victor, doble faz, de 25 ctms., a $ 3.— c/u.

CANTADOS

77156
- **De mi Barrio.** Tango canción. R. Goyeneche. Rosita Quiroga. Acomp. Orq. Flores.
- **De Mañanita.** Zamba. J. M. Velich y F. Polonio. Quiroga-Del Carril. Dúo.

77160
- **El Carrero.** Milonga. J. Antonio Saldias y J. Aguilar Rosita Del Carril.
- **La Retrechera.** Zamba. E. Maciel. Quiroga-Del Carril. Guitarristas: Aguilar y Maciel.

BAILABLES

77161
- **Meco.** Tango. Manlio Francia. Orquesta Típica Fresedo.
- **Queridita mía.** Tango. A. Maurage. Orquesta Típica Fresedo.

77154
- **Gaucho Lindo.** Tango. Julián Dibasto. Orquesta Típica Cobian.
- **Locura.** Tango. A. Guerama. Orquesta Típica Cobian.

77157
- **El Encuentro.** Tango. Emilio Ferrer. Orquesta Típica Fresedo.
- **Algo bueno.** Tango. A. y P. Gagliano. Orquesta Típica Fresedo.

77158
- **Crick-Crick.** Vals. Juan C. Cobian. Orquesta Típica Cobian.
- **Alma de Mujer.** Tango. G. Cavazza. Orquesta Típica Cobian.

77159
- **A Tiempo.** Tango. J. Tarantino. Orquesta Típica Flores.
- **Tu Sombra.** Tango. M. López. Orquesta Típica Flores.

SOLO DE GUITARRA

77155
- **Miraflores.** Marcha. Francisco Polonio. Francisco Polonio con Acomp. por E. Maciel.
- **Chicho.** Estilo criollo. Francisco Polonio. Francisco Polonio con Acomp. por Rosita Quiroga.

BAILABLES

POR FAMOSAS ORQUESTAS INTERNACIONALES

19151
- **Te Quiero.** Fox Trot (I Love You). Orquesta Paul Whiteman.
- **El Vivir de una Rosa.** Fox Trot. (The Life of a Rose). Orquesta Charles Dornberger.

19155
- **Cortate un Cacho de Cake.** Fox Trot. (Cut Yourself a piece of Cake). Orquesta Paul Whiteman.
- **Oh! Diablo, Diablillo!** Fox Trot. (Oh! You Little Sun-Uv-Er-Gun). Orquesta Benson, de Chicago.

19156
- **Una Niña que el Hombre olvida.** Vals. (Just a Girl That Men Forget). The Troubadours.
- **Robale un Beso en el Baile.** Vals. (Steal a Little Kiss While dancing). Orquesta Green-Arden.

19161
- **Juntitos en el Rincón.** Fox Trot. (Sitting in a Corner). Orq. Paul Whiteman.
- **¡Margarita! ¡Mande Vd.!** Fox Trot. (Maggie, «Yes Ma'am»). The Manhattan Merrymakers.

19162
- **Mariposita.** Fox Trot. (Little Butterfly). Orquesta Paul Whiteman.
- **Con que Esto es Amor.** Vals. (So This is Love). The Troubadours.

19163
- **Amor.** Fox Trot. (Love, My Heart is Calling You). The Manhattan Merrymakers.
- **Solo Tú.** Fox Trot. (No body But You). Orquesta Brocke Johns.

19164
- **¡Ay, Ay, Ay! ¡Estoy Enamorado!** Fox Trot. (Oh Gee, Oh Gosh, Oh Golly I'm in Love). Orquesta Garber-Davis.
- **Antes, Después y Siempre.** Fox Trot. (First, Last and Always). Orq. Garber-Davis.

19165
- **Amor a la Antigua.** Fox Trot. (Old Fashioned Love). Orquesta Arthur Gibbs.
- **Charleston.** Fox Trot. Orq. Arthur Gibbs.

19169
- **Naranjal de California.** Fox Trot. (An Orange Grove in California). Orquesta Paul Whiterman.
- **Alegre Luna de Miel.** Fox Trot. (Dancing Honeymoon). Orq. Paul Whiterman.

19170
- **Tengo en Venta un Cantar.** Fox Trot. (I have got e Song for Sale). The Original Memphis Five.
- **Tin Roof Blues.** Fox Trot. (Frágil Melancolía). The Original Memphis Five.

19172
- **En el Oeste y Contigo.** Vals. (The West, A Nest and You). Waring's Pennsylvanias.
- **Duerme.** Vals. (Sleep). Waring's Pennsylvanias.

19174
- **Melodía de un Corazón que Sufre.** Vals. (Broken Hearted Melody). The Troubadours.
- **Valses Que Nunca Mueren.** Vals. (The Waltz of Long Ago). The Troubadours.

19175
- **La Vendedora del Mar.** Fox Trot. (Steamboat Sal). Orquesta Garber-Davis.
- **Nostalgias del Sur.** Fox Trot. (Down South Blues). The Virginians.

19178
- **Evocando Memorias.** Fox Trot. (Remem'ring). Orquesta Joe Raymond.
- **Sal con Azúcar.** Fox Trot. (Salt your Sugar). Orquesta Joe Raymond.

19179
- **Besar a la Luz de la Luna.** Fox Trot. (Moonlight Kisses). Orq. Joe Raymond.
- **Música de Amor.** Fox Trot. (Music of Love) Orquesta Internacional.



Victrola

REG US PAT OFF MOI F MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Estas marcas de fábrica de la Victor aparecen en la tapa de los instrumentos y en la etiqueta de los discos

Victor Talking Machine Company. Camden.N.J.E.U.de A.

Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

De Córdoba

Alumnas de la Escuela José María Paz que tomaron parte en la fiesta escolar realizada en celebración del éxito obtenido durante el año.



MORENAS

Más ricas
que los más
ricos bombones.

Pruébelas Vd.





PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO DE 1923.

Número 1288. — Número 1: Masacre; 2: Ratones; 3: Embajador; 4: Pura Parada; 5: Retorcida; 6: Arcángel; 7: Ave, Verde, Polo; 8: Adelina, Nélida, Delia, Aída, Lía, De, i; 9: Preocupado; 10: Cruzar los Andes en aeroplano; 11: Pirámide; 12: Dinamarca.

Número 1290. — Número 1: Hoy en día; 2: Estar en su centro; 3: Semejantes; 4: Minada; 5: Incomodado; 6: Atila.

Número 1291. — Número 1: Invento; 2: Presidente Marcelo T. de Alvear; 3: Entre dos amigos un escribano y dos testigos; y entre dos hermanos, dos testigos y un escribano; 4: Humillado; 5: Paragua; 6: Serenata; 7: Arnica, Rancia; 8: Soltero; 9: Tipos; 10: Abierto de atrás y de adelante; 11: Leonidas; 12: Enderezar; 13: Comadreja.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO DE 1923.

Número 1293. — Número 1: Jardín-dinero (Jardinero); 2: Hígado, Galeno, Donoso; 3: Hacerle sombra a alguno; 4: Unos pierden por otros; 5: Galileo; 6: Góndola, Algodón; 7: Carrero; 8: Entre padre y hermanos no metas las manos; 9: Arenoso; 10: Arco Iris; 11: Paraguayo; 12: Enredo.

Número 1294. — Número 1: Hay más pereza en el espíritu que en el cuerpo; 2: La duda es la sombra de la vida; 3: El indeciso pierde la mitad de su vida; 4: La fraternidad es la cadena que une los corazones puros; 5: En la duda, abstente; 6: Mercería, Cremería; 7: Es del noventa; 8: La gratitud está sobre la injuria, sobre el dolor y sobre la ingratitud; 9: Estar sobre una plaza.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO DE 1923.

Número 1296. — Número 1: Mientras se gana algo no se pierde nada; 2: Quien más tiene más quiere; 3: Viaje aéreo; 4: El que tiene necesidad vive en ciudad; 5: Polo, Eolo; 6: Marta, Trama; 7: La mar, ramal; 8: Sofocada; 9: Estela; 10: Además; 11: A mar revuelta ganancia de pescadores; 12: Dominó; 13: Mariano; 14: Ramiro; 15: Litera; 16: A fuerza de villano hierro en mano.

Número 1299. — Número 1: Tirano; 2: Epidemia; 3: Está por demás; 4: Rítmico; 5: Particular; 6: Plantel; 7: Legal; 8: Loor, Loro; 9: Cereza, Cerveza; 10: Miel; 11: Velorio; 12: Paraná; Pana; 13: Caballo, Callo 14: Incendio, Indio; 15: Bodega, Boga; 16: Cava, rana (Caravana); 17: Polen, Lenta (Polenta).

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE DE 1923.

Número 1300. — Número 1: Parálisis; 2: Droga, Grada; 3: Entallado; 4: Pandero; Pondera; 5: Lenitivo; 6: Granívoro; 7: Partido; 8: Patos, Pasto; 9: Cama, Mate, Tero (Camarote); 10: Diario; 11: Ver para creer; 12: Cada par con su igual.

RESULTADO DEL CONCURSO CORRESPONDIENTE AL MES DE JUNIO DE 1923.

Por colaboraciones. — Primer premio, seudónimo «Maestrita», señorita María de la Puente, Moreno (F. C. O.); segundo premio, señor Nicolás Alvarez, San Eduardo 36 (ciudad).

Por soluciones. — Primer premio, señorita Mercedes C. de Fossa Riglos, Talleres (F. C. S.); segundo premio, señor Mario Medina, Deán Funes, 914 (ciudad).

RESULTADO DEL CONCURSO CORRESPONDIENTE AL MES DE JULIO DE 1923.

Por colaboraciones. — Primer premio, seudónimo «Esfinge», señor Juan A. Strada, General Mitre, 1024 (Rosario); segundo premio, señor Víctor Pedro Volpe, J. E. Uriburu, 137 (ciudad).

Por soluciones. — Primer premio, señorita Julia Rovira, Yatay, 548 (ciudad); segundo premio, señor Antonio José Ribeiro, Muñiz (F. C. P.).

RESULTADO DEL CONCURSO CORRESPONDIENTE AL MES DE AGOSTO DE 1923.

Por colaboraciones. — Primer premio, seudónimo «Maestrita», señorita María de la Puente, Moreno (F. C. O.); segundo premio, señor Tomás Legarreta, Talleres (F. C. S.).

Por soluciones. — Primer premio, señor Pedro Enrique Picabea, Lobos (F. C. S.); segundo premio, señor C. Alvarez Terán, Chivilcoy, 467 (ciudad).

RESULTADO DEL CONCURSO CORRESPONDIENTE AL MES DE SEPTIEMBRE DE 1923.

Por colaboraciones. — Primer premio, seudónimo «Juan Romeo», señor Francisco Lugano, Carlos Calvo, 1027 (ciudad); segundo premio, señor Jacobo Zaslabsky, J. Jaurés, 689 (ciudad).

Por soluciones. — Primer premio, señor Carlos Javier Rosa, Pampa, 2796 (ciudad); segundo premio, señor Joaquín Hernández, Victoria, 1277 (ciudad).

Nota de la Redacción. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil, en nuestra administración, previa presentación de documentos que atestigüen la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios, debe dirigirse a nombre de la administración, y no al redactor de esta sección.

N.º 1

Logogrifo-jeroglífico, por «Capitán Hatteras» (ciudad).

M O N E D A

3 2 1

N.º 2

Combinación, por «Capitán Hatteras» (ciudad).

A	B	D	E	F	L	N	O	T	U	S
4	2	2	2	1	2	2	2	1	1	1

Nota. — Repetir cada letra tantas veces como lo indica el número que está debajo de cada una de ellas y formar el nombre y apellido de un escritor francés y el de una de sus obras.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

ENERO DE 1924.

CUPON N.º 1320.

CONCURSO DE ENERO. SE RECIBEN SOLUCIONES HASTA EL 10 DE FEBRERO INCLUSIVE.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

PRIMICIA LITERARIA

UN PENSAMIENTO INÉDITO DE RAWSON

PARA CARAS Y CARETAS

Guillermo Rawson, como Sarmiento, es figura histórica que actuó con singular brillo en el escenario nacional, siendo una de las más estimables de su época por su elevación de miras, la vasta fulguración de su talento y por su palabra melódica y serena, en aquellos tiempos de borrasca en que, por otra parte, actuaban tantos hombres superiores.

Rememorar, entonces, las virtudes y excepcionales dotes del gran ciudadano, que dejó a su paso huellas luminosas en la cátedra, en el Gobierno y en el Parlamento argentinos, como así divulgar todo lo que sea fruto de su peregrino intelecto, es, no sólo un deber de justicia, sino que también es una obra de patriotismo.

Por eso publicamos hoy una de sus brillantes elucubraciones que, como tantas otras, han permanecido inéditas hasta la fecha. Es un pensamiento que el doctor Rawson escribiera en el álbum de una distinguida dama sanjuanina, la señora madre del actual Juez en lo Correccional, doctor Victorino Ortega, a cuya gentileza — honrado es confesarlo — debemos la primicia de su divulgación.



Doctor Guillermo Rawson.

Dice así:

«*Hay un placer sin término, un deleite inefable para el corazón sensible y puro, un goce que embelesa y embriaga como el aroma suave de la flor, un compañero siempre fiel consolador del infortunio: es el dulce, el melancólico recuerdo de aquellas horas fugitivas en que nos fué dado contemplar un momento la faz risueña de la felicidad, es el eterno y apacible monólogo del alma que sabe replegarse en sí misma para reproducir a cada instante la memoria de las glorias pasadas. ¡Bendita seas, oh divina memoria, hija del Cielo!... Los desgraciados te saludan.*»

* * *

Como vemos, aunque breve, no deja de ser digno de conocerse este trabajo, fruto de su espíritu selecto de pureza transparente, y de escritor armonioso y cautivante como pocos, máxime cuando él trasunta una de las fases de su azarosa existencia de Apóstol de las libertades de la patria, en que el ilustre argentino viérase precisado a emprender el doloroso camino del destierro, víctima del despotismo que ejercía don Juan Manuel de Rozas, por aquella época, y del que fuera uno de sus más conspicuos y decididos adversarios.

Que ya lo ha dicho el excelso poeta florentino: «*Muy amargo es el pan que de otro se recibe y muy triste es subir la escalera ajena...*»

GONTRÁN ELLAURI OBLIGADO.

Hai un placer sin término, un deleite inefable para el corazon sensible y puro, un goce que embeleza y embriaga como el aroma suave de la flor, un compañero siempre fiel consolador del infortunio; es el dulce, el melancólico recuerdo de aquellas horas fugitivas en que nos fué dado contemplar un momento la faz risueña de la felicidad, es el eterno y apacible monólogo del alma que sabe replegarse en sí misma para reproducir á cada instante la memoria de las glorias pasadas. ¡Bendita seas, oh divina memoria, hija del Cielo!.. Los desgraciados te saludan.

S. Juan Setiembre 1º/859

G. Rawson.

REPRODUCCIÓN FACSIMILAR DEL PENSAMIENTO INÉDITO DEL CONSPICUO ARGENTINO.

Núcleo de maestras egresadas de la Escuela Pedagógica Sarmiento que, acompañadas por la directora y vice de dicha institución, hicieron objeto de una demostración de aprecio al exprofesor señor Roberto J. Ponssa.

Alumnas del Instituto Musical Tucumán que han obtenido su diploma después de rendir brillantes exámenes.

SIEMPRE LA CALIDAD GIBSON

No hay un solo cliente que no sepa que nadie cobra menos,

atento a la calidad y pureza de sus productos y la bondad estricta de sus preparados, que GIBSON. La variedad de precios que se encuentra en artículos tan delicados como los de farmacia, no tiene cabida cuando lo que se expende es producto de calidad que en drogas puras y en específicos es una sola. De ahí que los precios que rigen en nuestras dos farmacias, la de Defensa 192 y la de Florida 159 sean como lo saben nuestros clientes, los que convienen.

Lleve sus recetas médicas a GIBSON si las quiere preparadas tal cual ordena la prescripción y realice sus pedidos por carta o teléfono si no puede llegarse hasta nosotros.

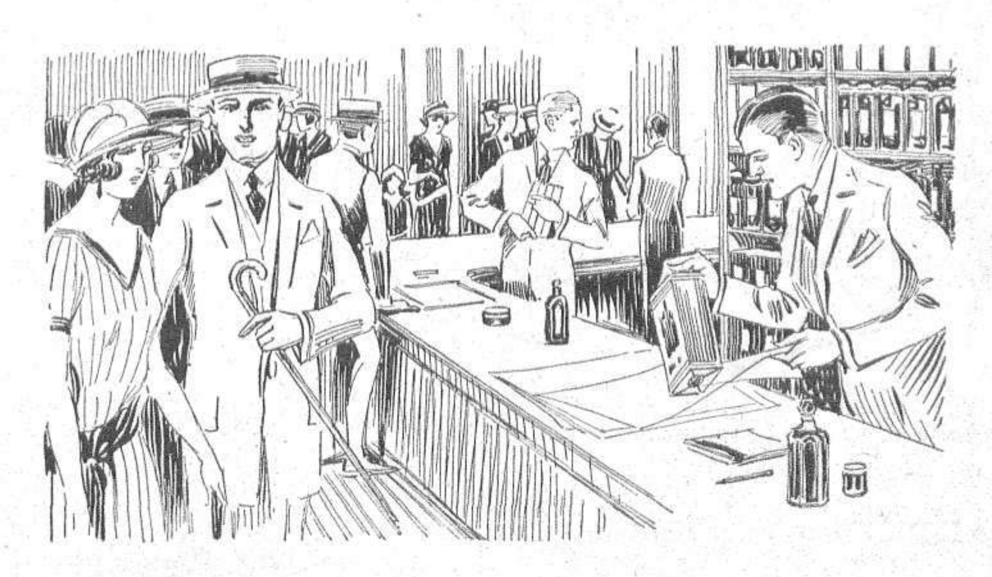


192, DEFENSA, 192.

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes).

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.



ES LA QUE ESTA CON SU PRECIO



NUEVOS PERITOS MERCANTILES: Grupo de alumnos egresados últimamente de la Escuela de Comercio.

Alumnos del Colegio Nacional que han obtenido en los últimos exámenes su diploma de bachiller.



NAUMANN
MAQUINA
PARA COSER Y BORDAR
Es la que reune el más amplio conjunto de perfecciones.
Desde hace 50 años, la Máquina NAUMANN ha venido experimentando todos los adelantos y perfeccionamientos posibles, hasta llegar a ser hoy la más moderna, práctica y completa entre sus similares.
Se vende al contado o a plazos.
Se dan lecciones gratis.
Pida informes a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en sus numerosos locales de venta de la capital.
Unicos Introductores:
KIRSCHBAUM y Cía.
Independencia, 401/37
Buenos Aires
U. T. 0293, Avenida



TIRADORES
Cunard
SON MUY BUENOS
LIVIANOS Y CÓMODOS
PROLIJA CONFECCIÓN
GRAN VARIEDAD EN GUSTOS Y PRECIOS
EXAMINELOS ANTES DE COMPRAR OTRA MARCA
VD. LOS ADOPTARÁ

DISPARATES INÉDITOS

Para CARAS Y CARETAS

EL QUE SE HUNDIÓ EN EL HIELO

Muchas veces se cae alguien en las tinajas del vino y éste se vuelve más espirituoso aprovechándose del espíritu anegado en su obscuridad. ¡Fermentación inmaterial! Pero nunca ha sucedido lo que voy a relatar. En la gran fábrica de hielo, la que ponía las compresas más eficaces a la gran ciudad, se cayó un obrero en el gran depósito. Nadie lo notó en los primeros momentos. La helación continuaba. Los grandes vidrios de la nueva hornada se iban consolidando.

Sonó el timbre de atención y se procedió a extraer los grandes bloques recién enrojecidos. Un grito severo e imponente dejó helado a todo el mundo.

—¡Venid, venid! — gritaba el que lo había lanzado. Todos corrieron hacia él y vieron que en el bloque de hielo que le había tocado extraer con la grúa a su servicio, estaba encerrado aquel compañero. Se le veía completamente y no se le podía sacar sin embargo.

Parecía dormir en aquella atmósfera más espesa y la sensación era de que se había quedado más delgado.

Llamaron al médico de la fábrica y éste dictaminó que lo extrajeran inmediatamente, pues quizás al reintegrarse a la vida calurosa renaciese su corazón.

Las perforantes agujas trabajaron sin descanso, con mucho cuidado de no pincharle.

Por fin se rajó el hielo en dos mitades y el obrero respiró y se sacudió su frío de nieve.

—¿Te acuerdas de algo? — le preguntaron.

—De un sueño delicioso — dijo al sentirse de nuevo metido en el caluroso día de agosto.

LA OJERIZA DEL PUENTE

Aquel puente le tenía ojeriza, le odiaba por lo que había dicho de él como cronista de la ciudad; «puente sin importancia, candado de la poca agua que así casi no puede pasar». El cronista apenas pasaba por él temeroso y desconfiado. Le parecía que al pasar por encima de él cometía una villanía, como la de ser el huésped de aquél de quien había hablado mal.

Quizás era una superstición, pero tenía miedo a la atroz ojeriza que notaba en el puente.

Un día, sin embargo, para ir al sotillo donde se solía columpiar por las tardes la mujer de sus ensueños, tomó aquel puente el cronista y el puente al sentirle sobre sus lomos se lo quitó de encima como quien se sacude el jinete. El pobre cronista murió ahogado en légamo.

LOS FOTÓGRAFOS EN EL CIELO

Los fotógrafos suben al cielo como las burbujas hacia lo alto. Los fotógrafos siguen siendo fotógrafos en el cielo donde su galería fotográfica tiene luces magníficas.

Allí hacen fotografías de los ángeles como hicieron las de los niños de un año y seis meses. Las almas como señoras y caballeros deslánguidos también posan en la alta galería.

Tiene fondos de nube otoñal mejores que los que pintaron nunca los pintores del gris perla que son especialistas de las galerías fotográficas. Forillos de distinto color les servirán para dulcificar las luces laterales y a veces una nube blanca le servirá como bastidor reflectivo para acusar más las facciones del retratado.

LA CAJA DE ABANICOS

La caja de abanicos siempre me ha producido sospechas indecibles. Yo veía de pequeño una estrecha caja de abanicos y sospechaba lo que sólo muchos años después había de saber, lo que he aprendido estos días.

La caja de abanicos estaba al borde de su tocador.

Ella se creía sola y la abrió. Iba a sacar el abanico para un traje de baile.

Sacó un abanico azul, con rutilantes estrellas de lentejuelas que no sólo daban luz sino que tocaban los platillos de su alegría.

Se miró en el espejo con el abanico abierto sobre el pecho como si se hubiese puesto una flor o un corpiño y haciendo un gesto despectivo volvió a meter el abanico en la caja y sacó otro de ella, un abanico de plumas que hizo un gesto al salir de la caja como ese que hacen las mujeres cuando con sus dedos abiertos se bufan el pelo.

De nuevo se miró en el espejo abanicada por las plumas rosas en que se desflecaba el más fino de los vientos y tampoco le agradó el abanico, dejándolo acostado con languidez sobre el mármol.

Nada. Por lo visto iba a ir sin abanico. Pero volvió a abrir la caja de abanicos y sacó uno de gasa, el puro abanico de la coquetería, el abanico de ningún modo práctico — ¡no faltaba más! — el abanico para no darse aire, el abanico por el que el viento provocado se filtraba y se desvanecía.

¡Qué inverosímil resultaba que hubiese podido sacar aquel tercer abanico cuando ya había sido sorprendente que hubiese podido salir el de plumas como el pato asustado e inverosímil que saca el prestidigitador de una cacerola!

Pero cuando el desfile llegó a ser sorprendente, cuando se verificó la parada absurda de los abanicos fué cuando nerviosa, displicente, tornadiza, como haciendo una rueda interminable, la más encelada, tornasolada y diversa de las ruedas, comenzó a sacar abanicos de la estrecha caja de sándalo desplegándolos en un parpadeo rápido y echándolos a un lado con desdén compungido.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

ANDAR

A las diez Catalina apagaba las luces del comedor y marchaba a su cuarto donde María, la vieja cocinera, fumaba su grueso tabaco y bebía, sorbo a sorbo, el vaso de vino de la cena.

— Ponte a coser, a zurcir, a rezar, — repetía invariablemente la vieja al verla entrar molida, deshecha por la fatiga diaria y echarse en la cama sin ánimos de desvestirse.

— No puedo.

— ¡Eres tonta! Haces todo lo que te dicen: te levantas al alba y no paras hasta esta hora; y eso está mal. Otra que venga no lo hará y... querrán exigírselo.

— Si no lo hago, me echarán.

— El mundo es grande y la vida es corta. Sal de esta cárcel, vete a correr mundo.

Catalina se dormía pensando en su libertad, mientras María, bebiendo y fumando, recitaba su eterna protesta:

— Hay que andar. Yo he servido acá, allá y más allá, y ahora espero tranquila mi último viaje, en este cuarto pequeño, porque me digo: «Cuatro metros por cuatro o dos de largo por uno de alto, es lo mismo ya»...

Una mañana Catalina se durmió profundamente hasta muy entrada la mañana y soportó con paciencia el reto tremebundo de la patrona, pero llegó al convencimiento de que era bueno dormir cuando se tiene sueño, y de que el cuerpo no es necesario castigarlo tanto para hacerlo andar.

Y empezó a libertarse silenciosamente de su esclavitud: hoy precipitando su tarea, mañana dejándola a medio hacer; hasta que la echaron sin pagarle un centavo de su sueldo.

María, desde el fogón, sin inmutarse siquiera por la noticia, le respondió:

— Me alegro, muchacha; así te librarás de esta cárcel. El mundo es grande...

Reconfortada, tomó la calle y echó a andar, ligera, contaminada de la alegría del sol y de la pureza de su luz. Cuando se detuvo había andado por todos sus años de quietud y reclusión. Sus ojos, cansados de ver, le dolían; sus pies rendidos, pedían descanso, y toda ella, bajo el peso de la fatiga, se desplomaba, se hundía.

La primera plaza y el primer banco marcaron el final de su primer paseo. Y allí le dió la noche. Y allí le hubiese dado el nuevo día si la autoridad no la levanta, y la interroga y la hiciera andar.

Una vez, siendo pequeña, oyó un cuento que le dió mucho miedo. Se refería a un hombre a quien Dios condenara a caminar. Y andaba y andaba y andaba hasta que cruzó el mundo y llegó al otro mundo, y pasó el otro mundo y se hundió en el misterio de los tiempos, siempre andando y andando.

Pero ella dejó de andar porque se lo impidió otra vez la autoridad. Y su segunda estación fué la comisaría. ¿Quién era? ¿Qué hacía? ¿Adónde iba? Nada dijo, temerosa de que la llevaran de nuevo a casa de sus amos, o junto a su padre, el viejo borracho de la estancia de sus amos, que no le enseñó otra cosa en su vida que las varas de junco con que la castigaba, para darle educación, según decía.

Durmió sobre un banco, y el sol del nuevo día le abrió los ojos con su luz radiante. Sentía hambre y sed; y bebió hasta saciarse en el surtidor del patio. Después, otro interrogatorio y otra vez su silencio.

¿Quién era? ¿De dónde era?

Se la amenazó, se la gritó, pero nada dijo. Pensaba que el mundo es grande y la vida corta y deseaba seguir andando.

Así, pues, al día siguiente, sin que nadie la reclamase, ni denunciara su fuga, siguió el proceso de todas las menores sin domicilio conocido y de moralidad dudosa: el juez, el asilo, etc.

Pero para Catalina el asilo fué un descanso y una alegría: las monjitas, con su humildad, una ternura olvidada; las recluídas, con sus bromas groseras, una fiesta; los talleres, lugares de recreo. ¡Qué bien se sentía y qué feliz era! ¡El mundo es grande! Ya lo creo, vieja María, pensaba Catalina, y reía con horror de los azotes de su padre borracho en el puesto de la estancia; del día en que, solemnemente, la entregó en regalo a sus patrones, para que no le echaran del campo; del viaje largo y somnoliento a la ciudad, y de las fatigas horribles de aquella enorme casa que ella tenía que barrer y lavar como si se tratara de un templo.

¡Ahora la cosa variaba! Allí, en aquella casa, con todas aquellas mujeres que la divertían y aquellas monjitas que nunca la retaban, su vida cobraba un aliciente enorme. Unicamente extrañaba el sol y la luz de la calle. Sí, sí, ese día entero en plena libertad habíale llenado el alma de cosas nuevas que no podía olvidar.

Pero una mañana, de entre las filas de muchachas alegres, fué sacada por una dama muy linda que la miró con detenimiento y dijo a la hermana:

— Esta parece trabajadora. ¿No es verdad? ¡Ven!

Avanzó.

— En casa estarás bien; somos pocos y la casa es grande. Además, hay sirvientes...

Iguales palabras dijeron sus antiguos patrones a su padre, y después...

Pero, ¿por qué la sacaban de allí? ¡Para qué? Ella no había pedido nada, ni quería nada más que ver de cuando en cuando la luz de la calle; pero si no querían que la viese... se conformaba.

Iba a hablar con las mujeres de la casa; a llorar a los pies de las hermanas, pero no tuvo tiempo de nada. Con lo puesto la llevaron a la administración, le dijeron algo que no entendió y la entregaron a la señora hermosa, que la esperaba, impaciente ya.

Y fué obligada a subir a un auto enorme, en silencio, frente mismo a la hermosa señora que iba diciendo:

— Yo trato muy bien a mis servidores si se portan bien conmigo. Mi casa es silenciosa, tranquila y limpia. Dormirás con la vieja cocinera y te acostarás siempre a las diez; pero a las seis tendrás que levantarte, regar y barrer los patios.

Catalina oía sin oir, y miraba de soslayo el claro sol de la calle, y el verdor de los árboles, y la alegría de la libertad; y pensaba, sin alzar la cabeza de su pecho:

— A las seis de la mañana saldré de su casa...

Y volvió a su memoria el cuento que oyera cuando era muy chica y recordara el día de su primera libertad: de aquel hombre a quien Dios condenara a andar; y anduvo y anduvo y anduvo, hasta que cruzó el mundo y llegó al otro mundo, y pasó otro mundo y se hundió en el misterio siempre andando, andando siempre...

Y ella quería andar.

F. DEFILIPPIS NOVOA

De San Luis



El gobernador de la provincia, señor Guillet, rodeado por los correligionarios y amigos que concurrieron a saludarlo en el primer aniversario de su gobierno.

Concurrentes a la recepción ofrecida al gobernador de Mendoza, doctor Carlos W. Lencinas, durante su última visita a esta ciudad.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL	
Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Necrología



Señora Andrea Alemany de Reig.—Capital.



Señorita Delia C. Jiménez Albaya. — Bahía Blanca.



Señor Liberato Reig. — Capital.



Señor Saturnino S. Diaz. — Capital.



Señora Rosa F. de Bari. — Las Flores.



Señora Angela Rocca de Lemme. — Capital.



Señor Domingo Severino. — Capital.



Señor Nicasio Fretes. — Villa Lugano.







EL SEÑOR DE LA MONTAÑA

LENTAMENTE, en su burrito pardo, el indio viejo, señor de la montaña, va salvando la distancia y los abismos en dirección a su «puesto», en la cumbre inhóspita barrida eternamente por las silbantes ráfagas.

Tres días ha que abandonara el hato en su lejana morada de la altura para apersonarse ante el «tatay», a rendir la cuenta anual del rebaño de cabras a su cuidado, y trocar los quesitos y cueros producto de su grey, por el maicito, la coquita, y otras «ocurrencias» indispensables al sustento de su vida mezquina.

Cumplida ahora la obligación, retorna a su guarida del yermo, caballero en su jumento cerril incansable a las fatigas del viaje y al incesante taloneo del amo.

Se interna en la montaña, dejando a espaldas la quebrada por donde la plata del río zigzagueante se desliza fecundando los limitados planos ribereños en los que el trigo y el maíz — sustento de los montañeses — lucen al sol sus pintadas cabelleras, entremezclando sus perfumes con el de los cedrones olorosos y el de los alfalfares en flor, ricos alfalfares en los cuales desde tiempos inmemoriales se alimentan los ganados que marchan a los mercados chilenos de consumo. Han quedado atrás también las regiones de verdor, de esplendidez montañesa en donde los «cerráte compadre», «cerráte comadre», la «corqueja» y la «cola de quirquincho», y la «viravira»; y en donde «guaipos», perdices, zorros blanquizcos, comadrejas y quirquinchos veloces, con todas sus leyendas, viven al calor del mismo sol que las fecunda como a una ínfima parte de la rica flora y variadísima fauna montañesa. Regiones son esas de clima tan sano que las enfermedades pulmonares son allí a tal punto desconocidas, que los nativos mueren de viejos, sin una dolencia, y se curan los enfermos que la ciencia desahució.

Cruza luego la zona de la «quirusilla», del amancuy y de los cardones, donde loros parleros de color terroso atruenan el ámbito con la cháchara de sus latines, interrumpidos de continuo por el metálico graznar de los caranchos que la implacable yarará asustara con sus silbidos finos y espeluznantes.

Asciende por entre múltiples elevaciones que semejan colosales pingüinos petrificados, pintados de verde, unos, de azul, de amarillo, de anaranjado, según el color de los ocres que las cubren.

Penetra al sayal, inmensa falda de fragmentos de pizarra. Al pisar del asnillo grandes avalanchas se desprenden, y como alud se precipitan hacia el abismo, más abajo de los espesos nublados que pasan lentamente lamiendo el flanco de la montaña.

Y cuando lo ha salvado, se adentra al fin decididamente en el corazón del macizo. Este se yerque majestuoso, soberbio, en todo el esplendor de su aridez, de roca viva, dejando percibir clara, nítida, precisa, la línea acerada de sus más altas cumbres.

Desde allí su única vegetación la constituyen las «tolas» y las «yanetas» que de vez en cuando asoman su calva en el peladar blanco, inmaculado e inmenso de las nieves perennes.

Allá, muy aito, en la inmensidad azul, dos cóndores planean, rebrillando a instantes, como un alfanje, el blanco de sus lomos; mientras la tersa uniformidad de la nieve es a lo lejos interrumpida por las gráciles manchas rojizas de las vicuñas, y a veces por la amarillenta de los guanacos o la obscura de los venados, que a oportuno aviso del relincho vigía destacado en punto estratégico, huyen en tropilla, a la fila, una detrás de otra, ante la sola presencia del hombre. Se quedan observándole luego, desde la distancia, con esa atención estupefaciente, con esa ingenua curiosidad que les caracteriza, como niños que son de la naturaleza.

* * *

EL indio viejo y pobre ha detenido su burrito en el tortuoso sendero. A la orilla se alza una apacheta. Se prosterna ante ella, pronuncia su milenaria oración, mezcla de diaguita y Kj'echua, toma una piedra que agrega al montón, expele sobre ella su «acullico», y luego continúa la marcha.

Ha cumplido con lo que sabe que es su obligación, porque sus padres y sus abuelos lo practicaban así. Mas, ese acto ha sido completamente automático. Para él no tiene significado alguno, ningún sentido grande y transcendente. Ignora el pasado de sus antecesores, todo el grandioso pasado de la raza mater. Conserva únicamente un vago recuerdo de Pachacámac, Dios de dioses, Vivacacha Supremo, Creador del Universo y de sus Criaturas, de las cuales ha compasión. Por ellas destaca a Coquena en la alta noche, en medio del vendaval y de la tormenta, para que proteja sus ganados; y para que alce de día los hoscos nublados que impiden a los extranjeros, a los que no pertenecen a la tierra y que por ello no la respetan ni la temen, el irrupcionar — irreverentes — los dominios del dios. El indio ha olvidado casi todos esos mitos, y su culto fetiquista no es, precisamente, un acto de adoración, sino un efecto de rutinarismo, de temor, de interés si se quiere; porque presume que cumpliendo el rito impuesto, la naturaleza no le será hostil, y que alguien promoverá el deshielo de las montañas, engordará a cabras, guanacos y vicu-

ñas, amainará el ímpetu de los huracanes, diluirá los nublados e impedirá que las horras surjan en los rebaños. Todo ello muy vago, muy general, muy difuso. Y se explica. Esas creencias y esos mitos no fueron patrimonio seguramente de los calchaquíes que habitaban estas regiones; apropiáronselo del conquistador Kj'echua, de una raza mucho más compleja, más sabia y perfecta. Por otra parte, desde entonces el núcleo primitivo ha degenerado tanto y tanto, que en la actualidad sus últimos sobrevivientes, ruines y miserables, cohabitan como bestias, en el más espantoso incesto.

Con la misma marcha lenta, monótona, serena; deteniéndose ante las apachetas del camino a renovar su culto ¡cuántas veces repetido a través de cuántas generaciones, hijas de la tierra! el indio viejo y pobre ha llegado al fin a su morada en la cumbre. Su faz se ha tornado radiante; le brillan las pupilas. Curvado de ordinario, chiquito, zaparrastroso, aparece erguido ahora, grande, dominador. En el conjunto, las desgarraduras y remiendos de su indumentaria no se perciben tanto, porque todo está allí hecho como a pedazos, violentamente. Todo es viejo y todo es luminoso a la vez. El indio es otro al presente, bien distinto de cuando se hallaba en el medio extraño, hostil, que acaba de dejar, ante el patrón, al que se acercara temeroso, cabizbajo, sombrero en mano, cubierto a medias con su raído «borracán», con su corto y burdo poncho de lana pintarrajeado de rojo o de azul, y haciendo resonar el suelo con el chás-chás de sus ojotas. Ahora él, ese trasunto de la tierra, esa expresión movible y humana de la altura, es el amo de las cimas, el señor de la montaña. Todos le rinden pleitesía: Sus «caschis» lanudos de rara inteligencia, que al avistarlo, reunen a la majada y la dirigen a su encuentro; los chivitos que se le entrecruzan por en medio de las piernas, pegando zapatitos y volando, estornudadores; los asnos que le miran y le miran con sus grandes ojos pensativos y negros, llenos de luz. Es admirable, es increíble esa maravillosa compenetración de sentimientos y de instintos entre amo y bestias.

* * *

Acaricia el montañés a sus cabras y observa a sus perros; en tanto, el asno busca algo qué engullir, y la noche va cubriendo con su negra vesta las altas cumbres, después de haber sumido a los bajíos en la obscuridad. El indio se dirige a su rancho de piedra, al que penetra a gatas. Allí, a la lumbre de un mísero fuego de estiércol y de tolas, sancocha su maíz y suasa una pequeña ración de carne. Esa es su cena. Afuera, en la concha azul del infinito, brillan temblorosas las enormes estrellas de parpadeos celestes. El viento aúlla entre los peñascales.

El indio, inmóvil, sañuda la faz, petrificado, con la mirada vaga como la de un cuerpo del cual se hubiese ausentado la vida, tiene los ojos fijos, con una fijeza estúpida, en los arabescos del hogar. Diríase que su espíritu, el de la raza vencida, se abate ante la soberbia de la llama. Diríase que al peso de su amargura y de su miseria le sangra el corazón, esclavo de una congoja infinita; mientras los caschis y las cabras rumian tres pastos encontrados al acaso entre las breñas. Diríase que ese alarido silencioso, interior, de desesperanza, ese llanto sin lágrimas, esa protesta muda son los de una raza otrora grande, poderosa; diezmada por la avaricia de los conquistadores, abatida por las exigencias de los nuevos tiempos.

Ante la llama parpadeante, en la noche absoluta del yermo, ese hombre alejado del trato de las gentes, sin familia, sin amigos; ese indio viejo y pobre, es, más que un hombre, un símbolo.

CIRO TORRES LOPEZ

MANERA DE OBTENER UNA NARIZ DE FORMA PERFECTA

Un Método nuevo, Científico y Sin Dolor Para Corregir Narices de Forma Defectuosa.



HOY EN DIA Y EN LA EPOCA ACTUAL el dedicar atención a su apariencia, es una necesidad absoluta si usted espera aprovechar la vida todo lo que ella vale. No sólo debe usted tratar de aparecer lo más atractivo posible por su propia satisfacción personal, sino que encontrará que la humanidad en general le juzgará grandemente, si no de un todo, por su fisonomía; por lo tanto, vale la pena el que procure «ser lo mejor parecido posible» en todo tiempo. NO PERMITA QUE LOS DEMAS FORMEN MALA OPINION SUYA POR EL ASPECTO DE SU CARA; esto perjudicará su bienestar. De la buena o mala impresión que cause su persona constantemente, depende el éxito o el fracaso de su vida. ¿Cuál ha de ser su destino final?

Mi último grandemente mejorado Aparato para Corregir Narices Defectuosas «Trados Modelo 25», patentado en los EE. UU. y países extranjeros, corrige ahora toda forma de narices defectuosas sin necesidad de operación, con rapidez, seguridad, cómoda y permanentemente. Exceptúanse casos de enfermedades nasales. El Modelo 25 es la última palabra en Aparatos para Corregir Narices Defectuosas y con mucho sobrepasa todos mis modelos anteriores así como las otras marcas de ajustadores de narices que se ofrecen en el mercado. Mi nuevo Modelo posee seis reguladores ajustables de presión, es fabricado de metal liviano pulido, es firme y ajusta confortablemente a toda nariz. La parte de adentro está forrada de gamuza fina, de manera que ninguna de las partes de metal viene en contacto con la piel. Usándose de noche, no interrumpirá su trabajo diario. Tengo en mi poder miles de testimonios no solicitados, y mis quince años de experiencia en el estudio y fabricación de aparatos para Corregir Narices, están a su disposición, garantizándole satisfacción completa y una forma de nariz perfecta. Escríbame hoy por folleto gratis, el cual le indicará la manera de corregir narices defectuosas sin costarle nada, sino le da resultados satisfactorios.



M. TRILETY, Especialista en defectos de la cara.

679 W. U. Bldg., Binghampton, N. Y., E. U. A.

Lotería Nacional

AL VALOR ESCRITO. Próximos sorteos: 24 y 31 de enero de **$ 80.000.** Billete entero, $ **15.75**; quinto, $ **3.15.** A cada pedido debe acompañarse $ **1.**— para envío y extracto. Todo pedido lo atiende en el mismo día la afortunada Casa L. A. Rodríguez, que es la que más premios mayores vendió el año 1923. Haga sus pedidos a esta conocida Casa.

L. A. RODRIGUEZ - 25 de Mayo, 140. - Bs. Aires.

NUESTRO OBSEQUIO

para nuestros clientes.

ALBUM CON LAS 100 RAZAS DISTINTAS DE AVES

en colores naturales que cultiva nuestro

CRIADERO "EXCELSIOR"

el más importante de la América del Sud, remitimos al que envíe pesos 1.— m/n. Ofrecemos además; para Industrias de gran porvenir los siguientes libros ilustrados: Manual de Avicultura, pesos **1.20**; La Cría de Abejas, $ **0.50**; Industria Lechera, $ **1.50**; Conservación de Frutas, $ **2.**— La colección completa con el Album, $ **5.**— Oferta limitada. Escriba en seguida.



EXPOSICION "EXCELSIOR"

BELGRANO, 499 — BUENOS AIRES



Crema Hinds

de Miel y Almendras

Conserva el cutis suave, fresco, aterciopelado

USTED puede poseer la belleza seductora de un cutis suave, claro, y una hermosa tez mediante el empleo de la Crema Hinds de Miel y Almendras. De blancura nívea y fragancia exquisita, la Crema Hinds es refrescante, sedativa, deleitosa para el cutis. Aplicándose en pequeña cantidad se experimenta un grato refrigerio, particularmente aportuno después de los afanes de un día de compras, deportes al aire libre o labores de trabajo. La Crema Hinds alivia prontamente el cutis endurecido, irritado por el sol, el viento o el polvo, lastimado, o anormalmente afectado en otras formas; y el empleo metódico de esta crema restituye al cutis su belleza natural.

La Crema Hinds se halla en uso en los Estados Unidos desde hace más de medio siglo, y el número de sus consumidores aumenta constantemente. La demanda se extiende hoy a muchos países extranjeros.

La Crema Hinds de Miel y Almendras no sólo mejora el cutis, sino también da un aspecto atractivo a los brazos y las manos. Suaviza la cutícula, sobre la raiz de las uñas, facilitando el cuidado de éstas; alivia las partes delicadas de la epidermis y da mejor brillo a las uñas. Los hombres la emplean también después de afeitarse para refrescar, suavizar y cicatrizar la tez.

Tenga cuidado de no usar imitaciones ni substitutos de esta crema, que tan admirable éxito ha obtenido. La única original y genuina Crema Hinds de Miel y Almendras es preparada solamente por la

A. S. HINDS COMPANY

Portland, Maine, Estados Unidos

Se vende embotellada y embalada en forma atractiva y conveniente

MAYON, LIMITADA

1245 Av. De Mayo 1257

Buenos Aires, Argentina

Representante exclusivo y agente para la Argentina y el Uruguay

CHILECITO.— Paseo campestre de las alumnas de la Escuela Popular Nocturna "Sarmiento", al que asistió el director, señor Eduardo Marasso Roca, y personal docente de la escuela.



CHILECITO. — Grupo de amigos y correligionarios políticos del señor ministro de gobierno de la provincia, doctor H. Novillo, después del banquete con que le obsequiaron a su llegada a esta ciudad, de donde es natural, después de treinta años de ausencia.





Su vestuario

podrá renovarlo fácilmente y con un gasto insignificante, usando el

COLORANTE IDEAL

FLORIOL

EN TODOS LOS COLORES DE MODA

FLORIOL SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS

a $ 0.80 la pastilla.



AGILIDAD Y VIGOR

LE PROPORCIONARA EL

DINAMOFERRIN

FLINDT

Una cucharada, después de cada comida, beneficia el cerebro y los nervios en forma maravillosa; devuelve el apetito y asegura la perfecta asimilación de los alimentos, con lo cual se enriquece la sangre y se robustece todo el organismo.
El **DINAMOFERRIN Flindt** es elaborado de acuerdo con los más modernos y probados principios científicos. Contiene Coca, Kola, Hierro, Fósforo, Arsénico y Estricnina en proporciones justas.

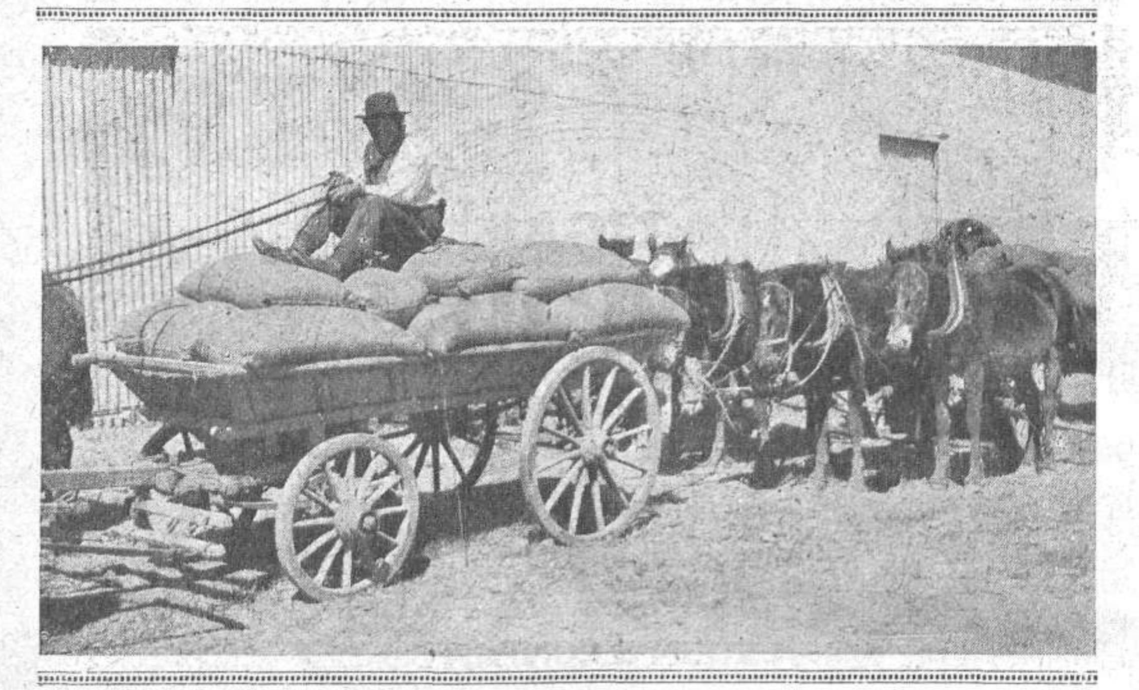
ENSAYE Vd. UN FRASCO

En todas las Farmacias El frasco, $ 3.20

Envienos $ 0,20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "LAS ENFERMEDADES MAS COMUNES".

UNICO DEPOSITARIO: **DROGUERIA AMERICANA**

Bmé. MITRE, 2176 Buenos Aires



Chatas de colonos rusos frente a los galpones de una estación del F. C. O., en la Pampa, esperando descargar el cereal.

EL TRIGO *DE LA* PAMPA

Lo que se ve y lo que no se ve.

Descansan las tierras de las regiones agrícolas del territorio, extenuadas después de la victoria; ya no se ven las trilladoras levantar su penacho de humo masticando las enormes parvas de trigo que convirtieron en granos rubios que, sacados en bolsas, el agricultor dió rumbo a las estaciones del ferrocarril, donde en estos momentos hay compactos depósitos del cereal.

Los pueblos de la campaña de la Pampa, favorecida por la agricultura, han cobrado actividad y tienen confianza en sí mismos; no es sólo por el rendimiento que ha dado el área sembrada, sino por los precios a que llegará a cotizarse el cereal a medida que los días pasen y la demanda sea mayor.

En las estaciones ferroviarias que hemos recorrido se nota la actividad que opera en las zonas; un enjambre rumoroso de negociantes, cerealistas, viajantes y las principales figura de los pueblos esperan la llegada de los trenes que vuelcan en las estaciones cargas y equipajes; no falta, sin embargo, en ellas el colono que también concurre allí *a proveerse de los últimos diarios* que le han de informar sobre las operaciones de bolsa y diversas alternativas que se operan en los precios del cereal, que acumulado en las estaciones y colonias espera el momento más propicio para la venta.

Reanuda el tren su marcha y una dispersión de vehículos se efectúa en dirección a los caminos que conducen a las chacras y colonias vecinas.

No es nuestro optimismo de cronistas el que ve cuanto describimos.

Recórranse las regiones agrícolas del territorio y penétrese en sus pueblos escudriñando su vida comercial y movimiento; se podrá asegurar que tanto en los agricultores como en el comercio hay más ánimo, mayor voluntad en su proceder y que cuantiosas fortunas se levantaron con la compra del trigo o en los mostradores del comercio cerealista.

Sería de desear que el colono no caiga en manos de los especuladores; que no resulte *su cosecha, como en otros años* atrás, a satisfacción de éste, pero sin dinero. Es difícil que así suceda, pues el colono en su mayoría ha saldado sus deudas, que en años anteriores no pudo sufragar por las calamidades de todo género que azotaron a la producción, haciendo su rendimiento parcial a veces y en ocasiones insignificante. El colono en su mayoría ha pagado sus deudas; su casa, muchas veces albergue de tristezas por los fracasos agrícolas, huelgas, etc., que consumieron en otros momentos su labor, su *dinero* y hasta sus esperanzas, se encuentra bien repleta de provisiones, goza de crédito y tiene depósitos en los bancos; este orden de cosas demuestra un cierto bienestar en los colonos.

En esta situación estriba también que haya miles de *toneladas de trigo* depositadas en los galpones de las estaciones del ferrocarril y todavía aún en las chacras de los colonos, a la espera que se coticen más elevados pre-



Un cerealista y un recibidor de cereales comparando la calidad del trigo que un colono acaba de entregar en la estación Winifreda, F. C. O. (Pampa).



Enormes cantidades del cereal que en uno de los galpones de la estación Mauricio Mayer, F. C. O., esperan mejor precio para la venta.

cios para el cereal, manteniendo sin vender una buena parte de la producción obtenida.

No se deciden a vender el cereal (no obstante los muchos cerealistas y especuladores que les ofrecen precios), buscan equilibrar la oferta con la demanda, a fin de que cada uno de los factores de la producción obtenga la parte que equitativamente le corresponda en la distribución del valor de la riqueza agrícola producida.

No obstante esta retención momentánea del trigo para su venta se observa en las estaciones de ferrocarriles cierta actividad, numerosas chatas cargadas del cereal llegan a los galpones para descargarlo, frente a aquellos miles de kilos de trigo húmedo reciben el sol



Un colono ruso controlando una pesada; al lado de la báscula y de un recibidor hace las anotaciones en su idioma. Este colono tiene 3.000 bolsas del cereal que entregar.





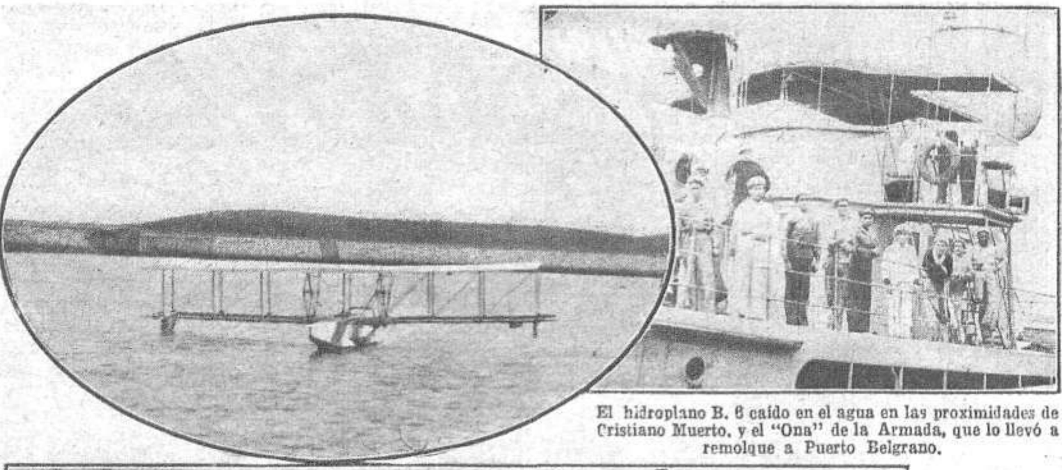
Hay alegría y felicidad en los peones, que con su labor ganan buenos jornales.

y el aire tendido en el suelo sobre grandes lonas, los recibidores con el calador puñalean las bolsas que entran o salen de los depósitos a fin de obtener las muestras, que observan detenidamente para fijar el peso específico del cereal, las que deben enviar a los cerealistas, mucho de ellos concurren en persona a inspeccionar el trigo comprado.

Allí también se ve al colono al lado de las básculas controlando los pesos y haciendo a la par del recibidor sus anotaciones, con la cara sonriente de satisfacción, también la de todos los que a su lado se entregan con fe a las faenas agrícoles, elaborando así la riqueza nacional.

DIÓGENES A. QUIROGA.

General Pico, 1924.



El hidroplano B. 6 caído en el agua en las proximidades de Cristiano Muerto, y el "Ona" de la Armada, que lo llevó a remolque a Puerto Belgrano.



El piloto militar, sargento Emilio J. Esquivel, instructor de la Escuela de Aviación del "Aero - Club Chaco", con el mecánico Manuel Rubio y alumnos.

SUICIDA

ORDEÁBAMOS el arroyo Maldonado. Era una noche gris, de esas que emborrachan a los faroles y se cuelgan de cada cosa como una mortaja. Yo sé que en la noche éramos nada más que un par de bultos anónimos, «dos locos lindos», como diría cualquiera que nos haya visto. Mi amigo iba engolfado en su grueso gabán, traído de lejanas tierras. Hablaba muy poco. Y, sin embargo, yo iba a su lado, esa noche, porque lo *sentía* más absolutamente; porque esa noche supe toda su vida, pues mi amigo fué un libro abierto donde todos habían inscrito su palabra..

—Es así—me dijo.—Todas esas cosas las olvidas un instante porque hay un pensamiento que te ocupa completamente el cerebro: te has enamorado... Luego...

A lo lejos, el pito de un tren retorció su angustia y se sentía el bramido de la locomotora hincando su garra en la noche. A medio metro de nosotros, se abría el cauce del Maldonado. Allá, en el medio, una amplia faja se divisaba con movimientos de culebra. De un lado, el arroyo con su olor un tanto fétido; del otro, las vías del tren.

—Muchas veces se me ocurre que el alma es como esos rieles: se alarga, se alarga... Un día advierte que es inútil alargarse y... ¡Bah!... tú me comprendes...

Proseguimos nuestro camino. ¿Hacia dónde íbamos? De trecho en trecho, luces coloradas y verdes atalayaban las distancias.

—Hace frío — dije.

—Sí — contestó mi amigo.

Saqué mi pañuelo para sonarme la nariz, no porque lo necesitara, sino por hacer algún ruido. Oprime demasiado el silencio de las noches grises. Tanto, que nos obliga a ir circuídos por su neblina. Luego dije:

—Yo comprendo que su vida no ha sido agradable. Ha sufrido usted mucho...

—Sí... sí... he sufrido. No podría decir que no. Sin embargo... créame: he sufrido sólo porque he querido. En la vida, todo es cuestión de puntos de vista, de predisposiciones de ánimo. Si tú quieres ser alegre, lo serás con un poco de buena voluntad. ...

Yo lo vi. Mi amigo no era sincero. El sabía que la vida es mala. Comprendía perfectamente que sólo es feliz quien no comprende la dramaticidad de cualquier vida, de la vida más simple. ¡Si allí estaba frente a nosotros como un telón, toda esa noche amortajada de bruma gritándonos la maldad de la vida!

Llegábamos a la calle Santa Fe. Hubo que saltar un charco. Mi amigo, siempre de voluntad más firme que yo, adelantóse y dió un salto. Pude, así, ver su amplia figura en el aire. Me parecieron más anchos sus hombros y su cabeza más grande. En conjunto, su silueta había adquirido un no sé qué de trágica. Algunos autos pasaron rápidamente, como afanados por huír de la ciudad. Ya debajo del puente de la estación Pacífico, quise reanudar la conversación con mi amigo.

—Sonreír, me había dicho usted...

—Sí: sonreír siempre. Esa es la verdadera fuerza de carácter. Sonreír ante todo. El llanto es de los débiles y la risa es de los superficiales. En la sonrisa está toda la fuerza. La sonrisa es una conquista del refinamiento humano. Nadie sabe qué hay detrás de ella.

—Sonreír...

Una lluvia menuda comenzó a caer. Yo no miraba a mi amigo. Yo pensaba en otra cosa: una cabecita rubia, unas verjas, allá, en un barrio suburbano, un beso, y una despedida que nadie sabía que fuera por siempre... Pero mi amigo estaba allí, a mi lado. El también pensaba, yo no sé en qué. Acaso en alguna cabecita rubia, allá, en un barrio suburbano. ...

—¡Bien; adiós! — me dijo de pronto.

—¡Cómo! ¿Se va usted?

—¿Y por qué no?

—No; no quiero decir eso... Pensaba que podía usted quedarse un momento más... Podríamos conversar... Cierto que la noche es fea...

—Sí; muy fea... Y pienso acostarme... Por otra parte, te he aburrido bastante, ya...

—¡Vamos! No diga eso.. Sabe que le estimo de veras y...

—Sí, sí. No creas que lo dude. ¡Buenas noches!...

Me quedé plantado debajo de aquel puente. Hubiese querido correr detrás de mi amigo. Casi diría que era para mí una necesidad correr detrás de mi amigo. Pero yo estaba atado al suelo como un árbol y no pude correr detrás de mi amigo. Y, así, le vi perderse, amortajado él también por la neblina cada vez más densa. Era como si la noche me lo hubiera quitado...

ROBERTO A. ORTELLI

EL VIENTO

¿Eso que ahora nos detiene el paso
Es un rumor jovial o es un lamento?
¿El viento en el jardín, se ríe acaso
O acaso llora en el jardín el viento?

La tarde, cual nosotros, no lo sabe.
Cómo saber tan fugitivas cosas,
Si el viento, en el ciprés, se pone grave,
Y en el rosal también, cuando no hay rosas...

Si la fuente, que canta, lo supiera...
¿Saberlo? Si ni aun logró explicarse
¡Cómo es que el viento en su feliz carrera
Entra en el agua y sale sin mojarse!

¿Cómo saber si el viento ríe o llora?
¿Cómo saber si arrulla o si se queja?
¿Quién durante la noche o en la aurora
Descifrará el error que nos aqueja?

Y un árbol dijo: el aura vagabunda
Tiene un misterio que sabré al momento:
Quiso escuchar con atención profunda,
Pero ya en el jardín no había viento.

HORACIO A. REGA MOLINA





SARAH.-F. C. O. (Pampa). — Concurrentes a la hermosa fiesta de carácter escolar con que fué clausurado el curso en la Escuela N.° 77, que dirige el señor Basilio Becerra.

QUEMU-QUEMU. (Pampa). — Distinguidas familias de Quemú, Colonia Barón y General Pico que asistieron a la fiesta de despedida del año escolar organizada por el personal docente de las escuelas locales.



Modelo N.º 5



Modelo N.º 6

Modelo N.º 7

Modelo N.º 4

Señora:

La CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

invita a Vd. a visitar su departamento de MODAS en el que presenta el más bello conjunto de modelos en ricas pajas ramallé, adornadas con finas cintas y flores de seda, al único precio de

$ 13.50

Tenemos 25 diferentes modelos y surtido completo en colores.

Los pedidos del interior los despachamos en el día y debe agregarse $ 1.— para embalaje y franqueo.

CASA IZQUIERDO

LA MÁS IMPORTANTE DE SUD AMÉRICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

UNIÓN TELEFÓNICA 38 MAYO, 0313



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

—¿En qué se fundan ellos para creerlo el asesino de Lesoeur?

—Sánderson no es un hombre muy brillante — comenzó diciendo Doyle como distraído. — El hombre averiguó unos cuantos detalles desde que vino por aquí; supo de la vinculación de Lacy en el asunto Armstrong y en vez de ser abierto y franco conmigo vió la oportunidad de hacerse una reputación por su propio esfuerzo hasta el punto de negar haber solicitado mi colaboración. Bueno; es cierto que ha descubierto algo acerca de Lesoeur que yo desconocía, y entonces, al ser éste asesinado, arrestó a Lacy, el que le relató alguna cosa que no creyó conveniente comunicarme a mí. La fuerza de la acusación contra su marido se basa en que salió de la casa poco después de haber salido Lesoeur y en que fué muerto con un cuchillo que lleva sus iniciales de usted, señora Reverly. Por eso Sánderson se apresuró en apoderarse de Mr. Reverly. Ahora bien — continuó explicando Doyle: — la mentalidad de Sánderson apenas alcanza una pulgada más allá de sus narices: no ya un mediocre detective sino un particular cualquiera con sentido común podría deducir que su esposo nunca iría a utilizar una pieza de su vajilla de plata para cometer un crimen. Su marido es hombre de pensamiento sereno, y la verdad es que lo que constituye para Sánderson una prueba de culpabilidad, para mí es una prueba de inocencia. Sin embargo, hay que buscar nuevas pruebas. Vayamos por partes. Yo presumo que usted desea retenerme para que actúe en su favor. ¿No?

Ruth asintió vivamente con la cabeza.

— Si usted es tan amable — dijo.

Su fe en Doyle comenzaba a revivir potente y se sonreía con lástima de sí misma al considerar lo mala discernidora que era para conocer caracteres ajenos. ¡Qué tornadizo era su espíritu! Cambiaba de opinión y se daba cuenta ahora, con extraña lucidez, de que solamente las personas necias se rehusan a cambiar de opiniones.

— Terminado el incidente—dijo Doyle. — ¿A nombre de quién está esta casa?

— A nombre mío—contestó Ruth.

— ¿Cuánto vale?

— Cuarenta mil dólares.

— Es bastante. *Ellos* van a fijar la fianza para poner en libertad a Lacy en la suma de veinticinco mil y creen que no los podrá aportar. Por lo demás, esperan que les sirva de valioso testigo *material* manteniéndolo encerrado.

Ruth se sorprendió.

— ¿Y usted pretende que *yo* firme tal fianza?

— Claro que sí — ordenó Doyle. — El hombre sabe cosas. En cuanto se vea libre se irá a alguna parte, y yo, naturalmente, deseo saber dónde. Desde luego que él no hablará, pero si es seguido en debida forma, sin que se le pierda de vista...

— Es usted un hombre inteligente de verdad — cumplimentóle ella.

— Me molesta la palabra esa. Resulta completamente inadecuada. Déjeme examinar sus cubiertos. Quiero saber en qué sitio los guarda.

Y luego, saltando a otro asunto como si tal cosa, agregó mientras se ponía de pie:

— A propósito: Gerlach, cuando usted se desmayó, le puso en la boca un frasco con algún líquido, sin duda para reanimarla. ¿Le supo a whisky o a aguardiente?

— Más bien me pareció ron — contestó Ruth; — me dejó sabor de licor fuerte o algo así.

Doyle se contentó con hacer un movimiento de cabeza con marcada indiferencia.

— Yo no bebo y no distingo por el olor — dijo por toda contestación. — ¿Quiere mostrarme la vajilla de plata?

Y los tres se dirigieron a otra dependencia.

CAPITULO XIV

EL CHOFER DE RUTH GOLPEA AL SHERIFF.—MR. PARKER, EL VIEJO ABOGADO LUNATICO.—LA ENTREVISTA DE BENT Y SU MUJER EN LA CARCEL.

La caja donde se guardaban los cubiertos hallábase en una mesa situada en una de las esquinas del comedor.

Era un sencillo mueble de madera «mahogany» con una bruñida chapita de metal en la cubierta y no resultaba un gran adorno en la habitación. En realidad, Bent siempre había sentido una especie de aversión por este pequeño mueble porque, en cierto modo, semejábase a una caja mortuoria. Pero como no sobraba sitio adecuado en donde colocarlo, Ruth decidiera ponerlo allí aunque su volumen no alegraba la pieza ni mucho menos.

Doyle se aproximó hasta tocarlo y levantó la tapa y luego de examinarlo a la ligera se volvió hacia la mujer.

— Según observo, no está cerrado con llave — dijo.

— Nunca le echo la llave durante el día — expli-

có ella. — Los criados se molestarían demasiado si se vieran obligados a venir a mí en busca de la llave cada vez que necesitaran sacar y meter piezas.

El detective movió la cabeza.

— ¿Pero por la noche? ¿Lo cierra con llave por la noche?

— Siempre — contestó Ruth. — Por cierto que la cerradura es bastante débil. Puede ser violentada con poco esfuerzo, pero, sin embargo, aunque deficiente, ya constituye un obstáculo ante cualquier posible ladrón. ¿No le parece?

Doyle, sin contestar de momento, extrajo de la caja un cuchillo idéntico al que sirviera para asesinar a Lesoeur y lo examinó minuciosamente, dándole vueltas en las manos y sopesándolo hasta que, ya bien visto, lo colocó en su lugar.

— Es un modelo curioso — comentó. — ¿Es vulgar entre ciertas familias? Quiero decir si sería posible o frecuente que otras personas poseyeran piezas semejantes.

— Un modelo de la época victoriana y no muy fuera de lo común — explicó ella. — No es difícil que existan por aquí más ejemplares.

— ¿Dónde fué adquirido? — inquirió él.

— Bueno — contestó Ruth después de darle el nombre de un establecimiento: — no puedo comprender el interés de esto. Resulta que uno de mis cuchillos falta de la caja. Usted está viendo el sitio justo que le correspondía juntamente con los demás cubiertos. Es evidente que Lesoeur fué asesinado con el cuchillo que falta.

— ¡Ah, sí! También es notorio para Sánderson y Gerlach que su marido utilizó ese cuchillo la noche última. Pero lo que es evidente, notorio y obvio no es necesariamente exacto, según mis teorías. Además, señora Reverly — agregó Doyle con una voz un tanto irritada ¿será usted tan amable para no caer en la tentación de criticar a tontas y a locas?

De nuevo, ante la abrumadora y brusca vanidad del hombre extravagante, se cortó Ruth avergonzada de su aparente falta de discreción.

— Siento molestarle. Yo no pensé parecer criticona al formularle las anteriores apreciaciones.

— No criticona; acaso desesperada y nerviosa en exceso debería usted decir, señora Reverly. Usted me fuerza a hacer largas explanaciones de carácter superfluo y a mí no me agrada la garrulería, a lo que me obliga con su verbosidad. Me explicaré: Lesoeur fué asesinado con un cuchillo de modelo victoriano cuyo mango lleva las iniciales R. B. Ahora bien; un arma en todo semejante se ha extraviado de su caja. A unos pasos de su hogar ha sido muerto un hombre. La respuesta, el comentario inmediato que se deduce es obvio. No obstante, como a mí no se me pasa nada, resulta improbable, y mucho, que el cuchillo cuya hoja arrancó la vida a Lesoeur sea el mismo que falta de esta caja. Por otra parte, si un modelo semejante ha sido adquirido en algún establecimiento y si el comprador le hizo grabar las iniciales R. B. en el mango, precisamente en igual forma y disposición, entonces el asunto ofrece un aspecto muy distinto.

— Algo increíble — se atrevió a murmurar Ruth.

— Pero no imposible — repuso Doyle. — No es que yo abrigue una teoría tan rebuscada; no es ese el procedimiento a que recurre Patrick H. Doyle, a quien no suele escapársele nada de importancia. Sin embargo, a métodos más dificultosos debo mi reputación en gran parte. Es indudable que sin el genio que poseo no hubiera podido alcanzar el lugar y la consideración que ocupo. Y sepa usted, si es que no lo ha leído en algún libro, que las sobresalientes facultades se aquilatan y fortalecen con el sufrimiento. En fin; enviaré un telegrama a Buruham, el joyero que le vendió la vajilla. Ahora permítame andar por su casa libremente. Me gustaría, sino le parece mal, hacer mis investigaciones yo solo.

— Disponga lo que guste — le autorizó ella.

— ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Es un cualquiera? — le interrogó Dick, el primo, apenas se alejara Doyle. — ¿No te dije que no hay quien le iguale?

Ruth, a pesar de sentirse en extremo nerviosa y agotada, no pudo evitar responderle con una significativa sonrisa.

— Calificándolo con cierta originalidad, como tú acostumbras cuando se te presenta la ocasión, podría decirse que Doyle no se odia a sí mismo. ¿No te parece así?

— Acaso — contestó con gesto complaciente su prima.

— Claro que cuando habla de su persona se siente afectuoso, pero es un hombre excelente — añadió Dick.

Fuera, un tenor improvisado y callejero elevaba su voz alegre y aguda, entonando una canción que comenzaba:

Le golpeé una vez en Mayo
y el guardia murió en la cárcel.

El cantante fué en seguida identificado. Era Mike el chófer, y Ruth se sorprendió un poco de que su conductor mecánico, cuya lealtad conocía, se sintiera tan contento aquel día de tristeza para sus amos. Es más; la alegría de Mike adquiría en la canción un tono casi desafiante. A juzgar por la dirección del sonido, el hombre debía de estar debajo de una de las ventanas de la casa y el estribillo de la estrofa repetíase cada vez más fuerte.

Ruth se encaminó hacia la ventana y se asomó. Sin duda alguna esperaba su aparición Mike porque, apenas divisó su figura, balanceó en el aire una de sus manos ensangrentadas.

— Mire usted un momento, señora Reverly — gritó el chófer.

— ¿Qué ha sido? ¿Qué ha ocurrido? — le preguntó en seguida ella.

— Bueno; que no me gustaba la colocación de la dentadura de Gerlach. Feos dientes. Y por eso le salté un par.

Ruth, estupefacta, comprendió la agresividad realizada.

— Pero yo le dije a usted que John Gerlach cumplía con su deber, Mike.

— ¿Su deber? Bueno; su deber era devolver las «cosas» el mismo día que las sacó.

— ¿De qué está usted hablando, hombre? — inquirió ella con la curiosidad multiplicada.

— De la llave inglesa que le había prestado la semana pasada, un día que con su automovilillo se detuvo aquí cerca y necesitaba tal herramienta. Yo se la presté y él se marchó con ella, «olvidándose» de devolverla. Por eso me fuí hoy a su encuentro y, sin más preámbulos, le llamé ratero, animal y puerco, y antes de que me gruñera mucho ya tenía encima un golpe por mi cuenta. En plena boca. Así, si le queda un poco de seso, sabrá evitar en lo sucesivo otro encuentro desagradable. Le estoy viendo, con su faz irlandesa contrita y cobarde, llevarse las manos al hocico... Bueno; ¿usted me preguntaba que porqué? ¡Bah! Usted presume que yo le golpeé porque arrestó a Mr. Bent. Pues no. Usted sabe que yo no iba a desobedecerla cuando me dió órdenes acerca del asunto. Le golpeé por ratero.

Ruth, contemplando a su servidor, que seguía esgrimiendo, con aire triunfante, su mano con manchas rojas, rememoraba al viejo John Gerlach,

a quien había siempre tenido por un fuerte boxeador de ruda resistencia. Este pensamiento quedara, por decirlo así, estancado en algún rincón de su cerebro, desde los tiempos de su niñez, cuando el ahora shériff se hallaba en el apogeo de su virilidad. Sin embargo, al presente no contaría más de cuarenta y cinco años y extrañábale que un personaje tan pequeño como Mike, de peso pluma, le hubiera dado con tanta facilidad una sacudida. Indudablemente se había éste adelantado, no dándole tiempo a Gerlach para reaccionar. Por lo demás, su simpatía por la autoridad local, encarnada en el agredido, quedara desvanecida desde el arresto de su esposo. Recordaba que en aquella oficina, durante el interrogatorio a que fuera sometida por el detective Sánderson, el rostro del shériff le pareció cambiado... un rostro nuevo y sombrío que ella jamás le viera antes.

En su interior no deploró la violenta acción de Mike y halló justificación para su conducta.

La llegada de Doyle a la ventana le evitó la enojosa tarea de tener que sermonear a su chófer, cosa que la habría violentado, pareciéndole un acto de hipocresía.

— ¿Le arrestaron o intentaron arrestarle después de la pelea? — le preguntó el detective en cuanto se hubo enterado del asunto.

Mike meneó la cabeza de izquierda a derecha con manifiesta satisfacción.

— No — contestó. — Procedí con rapidez, arreándole delante, de modo que la lucha duró apenas un minuto porque, en cuanto advertí que intentaba darme el primer golpe, ya tenía él el segundo en plenas narices. Bastante gente presenció el hecho, pero yo apuesto a que no me mandará arrestar.

— Bueno, basta — dictaminó Doyle. — En lo sucesivo evite usted toda cuestión desagradable. Nada de rencillas ni de golpes. La señora Reverly le necesitará a usted con frecuencia, de manera que hay que estar preparado a toda hora. Si es



Ruth sintió la presencia de alguien a sus espaldas y la presión de una mano en un hombro. — Señora Reverly — oyó una voz.

que de veras desea usted serle útil a su ama, no se comprometa actuando como aturdido. ¿Recuperó usted la llave inglesa?

Mike, que había escuchado el corto sermón con la cabeza baja, contestó:

—Seguramente. El incidente está terminado y olvidado.

—Usted es lo bastante buen chófer para permitir que sus herramientas se le pierdan —habló el policía particular con tono severo. —¿Cuándo se la llevó Gerlach?

—El viernes último —contestó el interrogado.

Doyle se volvió hacia Ruth.

—Usted está interesada en mis métodos, señora Reverly —dijo. —Pues bien; ya que posee usted una inteligencia que pasa de lo ordinario, le demostraré algunas de las dificultades que deberá resolver un verdadero detective. Por ejemplo; resulta imperdonable confiarse en la memoria de nadie. Su chófer acaba de decirnos ahora que Gerlach le sacó la llave inglesa el viernes último. Apuesto lo que quiera a que no está seguro de tal fecha.

—Perderá usted, señor —se apresuró a contestar el aludido. —Yo siempre engraso, limpio y engraso los automóviles los viernes... a no ser que se presente algo imprevisto que me lo impida, y nada de eso ocurrió el viernes pasado. Lo recuerdo muy bien; estaba parado a la entrada del garage fumando un cigarrillo durante un corto descanso cuando se detuvo frente a mí el automovililllo de Gerlach. Me aproximé a ver lo que le pasaba y entonces él me pidió prestada la llave inglesa y entró en la casa para hablar por teléfono. Antes me preguntó si se le permitía y yo le contesté que la señora Reverly, que se hallaba ausente en aquellos momentos, no tendría nada que reprocharme por darle el consentimiento.

—Usted es una excepción, una brillante excepción —exclamó Doyle, cuyas ideas e interrupciones se exteriorizaban a bruscos intervalos. —Si al principio desconfié de la capacidad de usted para reconstruír mentalmente la entrega de la llave inglesa, ahora me doy cuenta de todo lo contrario. Muy bien, Mike.

Y hasta dejó vagar una sonrisa entre sus finos y enigmáticos labios.

Luego, dirigiéndose a Ruth, le dijo:

—La lealtad es una cualidad poco corriente y sólo se cultiva entre personas no vulgares. Además, hay que saber inspirarla. La felicito por sus sirvientes, señora.

—¿Ha descubierto usted algo de importancia? —preguntó ella sonriendo al cumplimiento.

—Sí, algo. Que un ratero cualquiera encontraría poca dificultad en penetrar en esta casa y apoderarse de la vajilla —contestó Doyle.

Y ante un gesto de sorpresa que brillaba en los ojos de ella, se apresuró a decir:

—Le ruego que no me interrogue demasiado. Usted necesita un abogado para que represente y defienda a su marido.

—Avisaré a sus abogados de Nueva York, los señores Dawson y Webster —propuso ella.

Doyle, al menear la cabeza con un rápido ademán, hizo que su mechón delantero se alborotara, azotándole la frente.

—¿Abogados de Nueva York? No, no los llame. Entiéndase mejor con un abogado de Southfield o de Beaulieu. ¿Aquí hay dos, no es cierto?

—Sí; pero uno, Mr. Doyle, es Mr. Parker, un viejo lunático, y el otro, que se llama Paul Blair, acaba de terminar su carrera.

—Escoja al viejo lunático. Si usted nombra abogados de Nueva York en estos momentos, hará creer a la gente que el caso de su marido es desesperado. La opinión pública debe de tenerse muy en cuenta, sobre todo en poblaciones pequeñas como esta. Si el asunto es llevado a la corte de justicia, tampoco deberá usted recurrir a Dawson y Webster. En tal caso necesitará de los servicios de los mejores criminalistas del país. Por ahora un profesional de la localidad podrá encargarse de todo.

—¿Podrá Mr. Parker conseguir permiso para verse desde luego con mi marido?

—Seguramente. Y también podrá conseguir la libertad de Lacy —afirmó Doyle.

Sin saber ella cómo, su mente volvió a embrollarse y aturdirse hasta el extremo de sentirse incapaz de tomar parte activa en cualquier plan conveniente a seguir. Comprendía que era necesario ponerse en campaña para proceder a la libertad de Bent, cuya prisión le torturaba angustiosamente, y sus nervios en tensión amenazaban rebelarse indómitos.

Cinco minutos después, del brazo de Dick, se decidió a visitar las oficinas del abogado Parker.

Doyle se despidió, anunciando que iba a inspeccionar el lugar de la tragedia, prometiendo informarla y guiarla dentro de algunas horas.

Su entrevista con el abogado duró un cuarto de hora escaso. Aparentando una serenidad que no poseía, Ruth supo dominarse y explicarse con calma y dignidad.

En compañía de él se dirigió a las oficinas de la autoridad en uno de cuyos pequeños compartimientos y detrás de un enrejado, se hallaba su marido.

El shériff John Gerlach ocupaba un escritorio en el mismo edificio.

Cuando ella se dió cuenta de su presencia, notó que su boca y nariz presentaban un aspecto desconcertante, habiendo perdido por completo su expresión de bondad habitual y, en cambio, ganado en volumen. Aquella nariz y boca en las que, no hacía mucho, advirtiera gestos bondadosos, ahora mostrábanse irritantes y ridículas. Natural resultaba colegir que el golpeado no se comportaría muy cortés con ella, pues sin duda atribuiría a órdenes del ama la sacudida que le propinara el chófer.

El abogado Parker, viejo y de caballerosa figura, delgado y con su traje negro que parecía colgado de una percha, se acercó al shériff y le interpeló:

—No existe ley alguna, al menos que yo conozca vigente, por la cual se le impida a un abogado visitar a su cliente.

Su voz tenía un típico acento nasal muy yanqui.

—Si usted me lo impide, se atendrá a las consecuencias.

John Gerlach, evidentemente en un apuro, balbuceó algunas palabras ininteligibles y al fin accedió, conduciéndolos hasta la puerta donde los dejó a cargo de uno de los ordenanzas para que los llevara hasta la celda del detenido.

Con un tacto y una delicadeza que ella nunca habría sospechado en su vecino el abogado, éste, al llegar frente a la puerta, le cedió el paso.

—No se apresure usted, señora Reverly —le aconsejó amablemente: —entre y véalo. Yo no tengo ninguna prisa. He pospuesto ya otros asuntos para dedicarme al suyo. Cuando deseen hablarme golpeen la puerta. Me quedo aquí esperando sin apresuramiento alguno.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Comentarios

Adopta Elpidio una actitud muy digna
y
— No se va — murmura melancólico.
Y, como es buen católico,
pone en Dios su esperanza y se resigna.
* * *



Un pechador, mohino,
se queja del destino
y dice:
— Lo que ocurre me viene a fastidiar.
Figúrense, señores,
que hasta a los pechadores,
no sé por qué motivo, nos quieren jubilar.
* * *

— Este chico se impondrá.—
Así sostienen la abuela
y el abuelo y la mamá
y la tía y el papá
y toda la parentela.
En su lucha trabajosa
triunfará al fin el artista.
Debe ser una gran cosa
tener esa numerosa
familia propagandista.
* * *



El incansable charlatán Fernando
frente al mar se pasea.
Y hablando, hablando, hablando, hablando, hablando
marea a la marea.
* * *

— Quiere economizar.
— Es inflexible.
— Quiere *economizar en lo posible*;
y no va a suprimir, aun cuando es caro,
al vicepresidente.
— Es claro.
— ¡Es claro!
— Molina es un *talento indiscutible*
en cuestión de finanzas.
— Eso suelen decir los ordenanzas.
— Lo dice todo el mundo.
— Convenido.
— Y lo va a demostrar.
— Nadie lo niega.
— En vano se le ruega
que no suprima al joven conocido
o al viejo distinguido.
Por más que los *respete* y los *estime*,
los quiere suprimir y los suprime.
— ¿Y qué suprimirá más adelante?
— No sé. Escuché hace un rato
esta conversación interesante:
«— Ese ítem no lo toco.
— Pues hay que suprimir.
— Sí; de ello trato.
— Suprimamos un plato.
— ¿Cuál?
— El plato de Loza.
— Cuesta poco.»
* * *

A un zorzal oyó cantar
un burro y dijo, agriamente:
— A mí no me va a embromar.
Desafío a rebuznar
al zorzal que se presente.
* * *

Piensa el Hombre:
— Considero
que Alvear es un compañero
que por servirme se muere;
hace todo lo que quiero,
cuando quiero lo que él quiere.
* * *



Le ha salido un bulto a un mozo muy culto
que hace unos poemas llenos de emoción.
Debe ser el bulto
de la inspiración.
* * *

Un diputado grita
y lleno de *furor* se desgañita.
¿Qué sucede en su casa?
¿En su casa qué pasa?
¿Qué es lo que así le irrita?
Es que quizás, de menos echa ahora
las pasadas refriegas,
e insulta a su señora
no pudiendo insultar a sus colegas.
* * *



— ¿Quién da el banquete?
— Los compañeros
de un quinielero.
— ¡Qué atrocidad,
si vienen todos los quinieleros
de la ciudad!
* * *

— A una joven destrozó
un chauffeur el otro día
y ninguno protestó;
¡pero es que la atropelló
con tanta galantería!

MONOS DE REDONDO

SUMARIO DE NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Vale la pena vivirla, por **Arturo Vázquez Cey.** Leyendas de Oriente, por el **Emir Emín Arslan.** La perra Fany, por **Delio Morales.** Las lavanderas de El Rincón, por **Félix Paredes.** Tríptico, por **Ricardo Gutiérrez.** Cuando me arrulló tu amor, por **Clarisa Gaviola de Diego Arbó.** Adelfas, por **José Martínez Jerez.** Noli me tangere, por **Alberto Pidemunt.** Retreta, por **Eduardo María de Ocampo.** Juegos olímpicos, por **Javier Núñez de Prado.** Palabras de Sangre Azul, por **Miguel de Unamuno.** El cumpleaños de Rosita, por **Santiago Maciel.** Dónde comienza el hombre, por **A. Hernández Cid.** Carnet de una niña casadera, por **Jackeline.** La verdadera historia de Paquita. La absolución, por **Mauricio Level.** Un disparo memorable, por **A. S. Pushkin.** Un accidente, por **Andrés Beury.** Por la Patria, por **Laza K. Lazarevich.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** Hombres célebres: Crómwell, por **Eduardo del Saz.**